

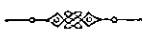
13

LOS CONSPIRADORES,

POR

A. CHIENU,

ex-capitan de los guardias del ciudadano Causidiere.



LAS SOCIEDADES SECRETAS.

LA PREFECTURA DE POLICIA

BAJO

CAUSIDIERE.

LOS CUERPOS FRANCOS.



MADRID.

IMPRESA DEL CABALLERO DE GRACIA.

1850.



PROLOGO.



Estas Memorias son los recuerdos de un hombre que por la fatalidad se ha visto complicado en los negocios que trata ahora de referir con la mas escrupulosa exactitud.

Las innumerables persecuciones, las infames calumnias que contra su persona se han dirigido, no han acerbado su carácter á punto de convertirlo en calumniador.

Se han dirigido ataques á su honor que es el honor de su familia, y quiere rehabilitarse á los ojos de los hombres de bien. Pero, mas hábil en el manejo del martillo que en el de la pluma, se contará por dichoso si su inexperiencia en el arte de escribir le consiente alcanzar el fin que se ha propuesto. Con esta inexperiencia habian contado sus enemigos, y sin embargo espera demostrarles que una firme voluntad es capaz de vencer todos los obstáculos.

Independiente hoy, y sin amargura en el corazon, olvida los padecimientos pasados; pero al vengar su honor ofendido, cree, que dando á conocer la ingratitud y los proyectos de las gentes á quienes

habia hecho holocausto de su vida, hace un servicio á la sociedad, y logra impedir los nuevos desastres que nos preparan los eternos fautores de las revoluciones. Con el santo nombre de amigos del pueblo, que les sirve para encubrir su desenfrenada ambicion, arrastran consigo á infinitos desgraciados: los extravían, gracias á sus doctrinas subversivas y brillantes promesas; y despues de haberlos hecho escabel de su locura, los arrojan lejos de sí con desden, y todavía pueden las víctimas decir que han salido bien, si no tienen que deplorar mas que la ingratitude de sus antiguos amigos convertidos ahora en sus tiranos. Muchas veces para librarse de cómplices incómodos, estos hombres sin entrañas los llenan de cieno y de infamia.

¡Qué les importan, en efecto, los llantos y los gemidos de las familias atribuladas! ¡No llegaron al poder sin que por un momento les arredrase la idea de que cada uno de sus pasos dejaba en pos de sí una huella de sangre!

¡Viéndoos de cerca el autor de este folleto, ha aprendido á conoceros, viles explotadores! Puede preguntaros ¿qué se han hecho vuestras antiguas promesas, vuestros escritos, vuestros discursos, vuestros actos? Todos los conocen ahora, porque os han visto en el momento de estar en accion. ¿Qué habeis hecho? Nada. ¡Ah... sí... habeis trabajado para enriqueceros! He aquí toda la tarea. ¡Egoistas! ¿Qué

os ha faltado sin embargo? Estábais en sazón de cumplir todas las promesas que habíais hecho: la administracion, el tesoro, el ejército, el pueblo, todo en fin estaba á vuestras órdenes. ¿Os habéis aprovechado de todas estas ventajas para enaltecer á los ojos del mundo entero la gloria y el prestigio del nombre francés que andaban por el lodo, segun vosotros deciais, durante un vergonzoso reinado de diez y ocho años? ¡No! Lo mismo que los que os precedieron, enviásteis embajadores á la Santa alianza; dejásteis subsistir los tratados de 1815: ni siquiera protestásteis contra ellos, y sin embargo no hallábais cuando hacíais la oposicion palabras sobrado amargas para vituperarlos.

Una vez dueños del campo, os ha parecido cosa cómoda gobernar la república con las ruedas de la antigua máquina de la monarquía. Nada habeis inventado que pueda ser importante y duradero. El tiempo que manejásteis los negocios públicos, será una página muy funesta en los anales del país.

Los hombres eminentes que el temor de la opinion pública os habia obligado á aceptar como compañeros, no se atrevían á proponer nada grande y verdaderamente democrático, porque temian aflojar las riendas, y dejar que corriesen sin tino vuestras desarregladas fantasías. Pero ¿qué os importaba el pueblo? Vosotros, señores míos, teníais trenes de Príncipe, y hacíais que os sirviesen en la vajilla de

los reales alcázares. Oh demócratas, cuán dulces eran vuestros días: y cuánto debíais bendecir la varita mágica del pueblo, que había transformado vuestras sucias habitaciones en espléndidos palacios!

Es delicioso ¿no es verdad? ir en lujosos carruajes, tener guardias, oír aclamaciones al transitar por las calles, lucir libreas, mantener queridas en todos los teatros de París, y nadar en el oro y en la abundancia: ¡oro, cuando antes solo teníais deudas! ¡qué contraste con vuestra vida pasada!

Pero este cuadro tendrá su lugar oportuno en el discurso de las presentes Memorias, y el autor, si en él insistiese, daría á entender que conserva el recuerdo de los males que le habeis causado despues de Febrero; siendo así que no escribe mas que para justificarse, y que solo se acuerda de vosotros para compadeceros.

Ademas los papeles han cambiado; vosotros, tan terribles y poderosos antes, sufrís ahora la cárcel y el destierro. Teneis derecho á que os compadezca el que ha vuelto de nuevo á su vida pacífica y laboriosa.

Con un verdadero sentimiento se ve obligado por la fuerza de las cosas á descubrir lo odioso y lo ridículo de vuestros actos. Hecho esto, desea volver á su humilde esfera de trabajador, de la cual jamás debió haber salido.

PARTE PRIMERA.

LAS SOCIEDADES SECRETAS ANTES DE FEBRERO.



CAPITULO I.

Insurreccion de Junio de 1832.

El 5 de Junio de 1832 fue el dia en que impedido por no sé qué funesta inspiracion, vine á juntarme con la inmensa multitud que acompañaba el entierro del general Lamarque.

Antes de que el acompañamiento comenzase á andar, observé ciertos individuos, entre los cuales habia algunos artilleros de la Guardia Nacional: se movian mucho: iban y venian, y pedian órdenes: de lo cual inferí que los que estaba viendo eran hombres políticos. Grande fue mi admiracion al hallarme en presencia de estos héroes que en mi imaginacion me figuraba de seis codos de alto! (yo tenia 15 años). Los veia andar y moverse como el resto de los mortales; á ellos á quienes oia apellidar los amigos del pueblo.

De repente se oyó una voz que anunciaba que el comité debía ir á la cabeza del entierro: los seguí: «El dia es nuestro, decian: el pueblo, la Guardia Nacional, las escuelas, las sociedades populares estan de nuestra parte; preciso es aprovechar la ocasion. Por qué vacilar!» Despues, con esa falta de tino que ha frustrado siempre las conspiraciones republicanas, marchaban vanagloriándose de que la multitud los seguiria, y lisonjeándose con la idea de que estaba por ellos.

He observado, en efecto, que los republicanos no han sabido nunca calcular el número de sus adeptos; ven cien mil hombres, y con cien mil hombres cuentan. Al primer tiro de fusil los curiosos se dis-

persan, y no quedan mas que algunos centenares. Combaten con valor; pero sucumben oprimidos por el número de sus adversarios; los soldados quedan prisioneros, y sufren su condenacion y su destierro. En cuanto á los gefes desaparecen. Hé aqui la historia del 13 de Junio.

Al llegar á la plaza de la Bastilla el acompañamiento sufrió una carga dada por un escuadron de dragones. Recibi un sablazo, y el trompeta que me lo dió quedó tendido en tierra. Desarmamos una guardia cerca del Granero de la Abundancia, y construimos una barricada con cinco ó seis carros de madera. Un gefe del escuadron de Dragones, cercado por nosotros, pudo escapar cuando ya iba á rendirse. Con seis de mis compañeros me vi arrinconado en la casa de la Inclusa, donde tuvimos que sostener un ataque tan vivo, que no pudiendo los dragones alcanzarnos, nos arrojaban los sables á la cara. El Teniente Coronel y algunos de sus soldados fueron muertos ó heridos de gravedad. Una partida que salió del barrio de San Antonio nos sacó del mal paso.

Unidos con nuestros libertadores fuimos á saquear el depósito de pólvora del *boulevard* del hospital. Despues, habiendo tenido noticia de que los veteranos del cuartel del Jardin de las Plantas habian hecho prisioneros á algunos de los nuestros, resolvimos ponerlos en libertad. Hecho esto, tuvimos que luchar con una compañía de municipales, pero la mayor parte de los nuestros emprendieron la fuga.

Despues pasamos por el Panteon á la calle de Santiago, bajamos á la guardia del *Pétit Pont*, que tomamos y volvimos á perder y á recobrar hasta dos veces, quedando al fin en poder nuestro. Entonces nos dijeron que habia mas de mil insurrectos prisioneros en la Prefectura. ¡Librémoslos! fue el grito universal.

Esperábamos que vendrian á engrosar nuestras filas; pero al llegar enfrente del patio de la Santa Capilla, cuya entrada defendia una barricada hecha por los agentes de la policia, fuimos recibidos con

descargas de fusil que hacían los municipales y los alguaciles disfrazados de guardias nacionales. Tuve la candidez de salvar la barricada para animar con mi ejemplo á mis compañeros; pero me sujetaron y me echaron al suelo dos individuos que habían seguido mis pasos, y que ayudados por los municipales me condujeron al cuerpo de guardia. Al ir por el camino me dieron muchos golpes con las bayonetas. Entonces conocí que los que me habían preso eran dos sabuesos de Mr. Vidocq. En el cuerpo de guardia estaba ya Birlot, el hermano Juan é Hindrick, cogidos como yo con las armas en la mano.

Desde el cuerpo de guardia nos condujeron aquella misma noche á la Prefectura de policía, donde tuvimos que sufrir el trato mas cruel de parte de sus agentes. Nos ahrumaban á fuerza de palos; nos mostraban sus puñales, y los fingidos guardias se reían de nuestros gritos y lamentos. Perdí el conocimiento, y á la mañana siguiente me encontré sobre un jergon en el depósito. Lo que ví y oí aquel día jamás se borrará de mi memoria: los alguaciles se mostraban mas feroces á porfía.

A la mañana siguiente Mr. Gisquet vino con aire jovial á anunciarnos que Paris estaba en estado de sitio, y que iba á formarse una Comisión militar para juzgarnos.

Tres dias despues nos sacaron de la Prefectura para conducirnos á otra cárcel. Al pasar lista el cómitre nos pegaba con el baston; y de este modo hicieron que unos veinte y cuatro entrásemos en un calabozo en que á todo lo mas cabían doce personas. Estos señores se chanceaban con nosotros, diciéndonos: «Vais á Vincennes: buenas noches, beduinos.»

Tomamos el muelle del Mercado nuevo; llegamos al de la Greve, lo que nos hizo creer que en efecto nos llevaban al fuerte de Vincennes. Unos se lamentaban; otros cantaban: de repente el carruaje dió la vuelta por el puente Austerlitz; pero aquí nos aguardaba una de aquellas terribles escenas que

jamás se olvidan. Hacia el medio del puente algunos miserables, puestos allí por Mr. Vidocq, empezaron á gritar: «al agua los republicanos, al agua!» y se arrojaron sobre el carruaje. Este fué para nosotros un horrible trance: nos esforzamos, aunque en vano, para romper las puertas de hierro del carruaje. Esta muerte, así encerrados, me parecía espantosa; hubiera preferido un balazo en medio del pecho.

Mujeres y niños mezclaban sus acentos con los de aquellos desesperados: cierro los ojos, y por un momento me creo lanzado en medio del espacio; me parecía que ya el agua entraba en el carruaje. ¡Oh felicidad! oigo el trote de los caballos, los gritos han cesado, y muy en breve llegamos á Santa Pelagia.

El director de la cárcel nos trató bastante bien: nos hicieron entrar en el patio del pabellon de los Príncipes. Habia entónces en Santa Pelagia dos clases de presos: carlistas y republicanos. Era fácil distinguirlos: los primeros tenían gorro verde adornado con una avellana de plata; los segundos gorro frigio. Andaban unos con otros en querellas continuas.

En fin, empezaron á ejercer sus funciones los consejos de guerra: el primero que fué llamado era un peluquero, que quedó absuelto: esto pareció de buen agüero. Al dia siguiente, Geoffroy, el que llevaba la bandera roja, fué condenado á muerte: tocóle en seguida á Pepin el especiero, que despues fue ejecutado de resultas del suceso de Fieschi: Vidal, mercader de ajuares de la calle de Bretaña, y Tilmann, que se hacia llamar el coronel Tilmann, estos dos últimos fueron condenados á veinte años de trabajos forzados. Al entrar de nuevo en el cuarto «¿qué os parece el especiero Pepin?» exclamó Tilmann: ha osado dar el grito infame de *viva el Rey* en la sala misma del consejo de guerra; se ha deshonrado para siempre! Tilmann estaba ébrio de indignacion y de furor.

En el mismo momento Collet, conocido por Pierna

de palo, se encargó de organizar una encerrada múnstruo. Apenas el infeliz Pepin hubo bajado al patio, se levantó por todas partes el grito irónico de «viva el Rey.» Despues le pasearon en triunfo al rededor del patio; bailaron formando cerco al rededor suyo, le dirigieron mil inyectivas: «; Ah! tú gritas viva el Rey, especiero! aristócrata! (El nombre no era cosa nueva); sin duda pretendes una plaza de alguacil.» Despues lo colmaron de insultos, no permitiéndole dar explicaciones. Tal fué la despedida que dieron los republicanos á este hombre que mas adelante debia perder la cabeza en el patíbulo por haber intentado asegurar el triunfo de su partido por medio del crimen mas horroroso. Siempre he creido que la escena de Santa Pelagia tuvo mucha parte en la resolucion extrema de Pepin, hombre en hecho de verdad honrado, pero débil de ánimo, gracias á los que le asediaban de continuo para explotar su mucha candidez. Léjos de haberse malquistado para siempre con los hombres del partido republicano por el trato tan innoble como estúpido que de ellos habia recibido, quiso rehabilitarse á sus ojos; y el grito que dió ante el consejo de guerra hubo de costarle la vida.

Habiéndose levantado el estado de sitio, como es sabido, por el alegato de Mr. Odilon Barrot ante el tribunal de Casacion, fui por fin trasladado á la Conserjeria: algunos dias pasé en el tribunal de Assises, donde gracias á mi juventud me pusieron en libertad lo mismo que á mis compañeros. Desde entonces no he vuelto á ver mas que á uno de ellos, á Birlot, en la cárcel; y esto al cabo de doce años.

CAPITULO II.

Sucesos de Abril.—La calle de Ménétriers.

Dos años despues se verificaron los sucesos de Abril. Todavía no formaba yo parte de ninguna sociedad secreta, pero habia encontrado alguna que

otra vez á mis antiguos compañeros de cárcel. Algunos dias antes de esta insurreccion vi á Deshayes, centurion en la sociedad. Los derechos del hombre, que dijo: «Vamos á empezar de nuevo; toda la Francia está con nosotros: Leon, Burdeos y todas las grandes ciudades solo esperan la señal convenida:» ¿quieres venirte con nosotros?» Rehusé, diciéndole que no tenia gana de volver á la cárcel. No desistió por eso, y vino á verme muchas veces con diferentes pretextos, pero en realidad para inculcarme los principios republicanos, aunque carecia de educacion. Deshayes congeniaba conmigo: admiraba yo en él el valor y la franqueza. Una mañana vino á buscarme, me habló de batallas, y á pesar de que yo sentia dar disgustos á mi anciana y buena madre, me fui con él á una tienda de vinos. Allí encontramos á los gefes de la seccion que se habian situado en aquel paraje.

Nos mandaron fuésemos á la calle Beaubourg á hacer barricadas: desarmamos algunos guardias nacionales, y nos dieron dos paquetes de cartuchos. La tropa nos atacó, habiendo habido muertos y heridos.

Al dia siguiente á las cinco de la mañana fui herido peligrosamente de un bayonetazo en un ataque dado por un peloton del 35 de línea: sucedió esto en la calle de Ménétriers, que hoy ha desaparecido por las nuevas construcciones de la calle de Rambuteau. Me condujeron á casa de un droguero y pocos momentos despues la tropa tomó la barricada. El droguero y su muger curaron mi herida. A la hora de suceder esto recobré el aliento y manifesté el ánimo que tenia de volverme á la casa de mi madre, que debia estar llena de inquietud por mi ausencia. Estas honradas gentes me prestaron una blusa, porque la mia estaba manchada de sangre y lodo: despues abrieron la ventana que daba á la calle de Beaubourg para cerciorarse de si yo podia retirarme con seguridad. Oí algunos tiros de fusil y despues un grito. Volví la cabeza; el marido habia caído muerto en el hueco de la ventana. Solo

tuve tiempo, auxiliado por el mancebo, para llevarme á la muger á la cama, donde espiró, diciendo: Dios mio! Dios mio!...

Voy á vengarlos! exclamé: Y cogiendo el fusil que estaba junto á la cama, lo cargué; pero el mancebo viendo á sus amos muertos, me rogó que no atrajese nuevos desastres sobre la casa.

Tencis razon, le dije; y me retiré con el corazon afligido por la escena que acababa de presenciar. Otros dos individuos refugiados como yo en esta casa salieron al mismo tiempo. Pero un espectáculo mas horroroso aun todavía nos esperaba en la calle de Trasnouain. Algunos soldados del 35, la mayor parte ébrios, estaban delante de una casa á la cual no dejaban que nadie se acercase; sus bayonetas estaban llenas de manchas de sangre y habia cabellos pegados á la cruz de sus fusiles. Era horrible el espectáculo. Hallé al volver á mi casa á mi madre en una horrorosa inquietud: fue á buscar un médico, y á pesar de su cuidadosa asistencia tardé un año en curarme de mi herida; juré por segunda vez no volverme á meter en estas sangrientas luchas. Pero el hombre propone y Dios dispone.

CAPITULO III.

La Sociedad de las Estaciones. — Insurreccion del 12 de Mayo de 1839. — Barbés y Blanqui.

El 29 de Febrero de 1838 fui á juntarme con mi regimiento que estaba de guarnicion en Lila. Despues de algunas aventuras muy comunes en la vida militar, y por consecuencia de un altercado con mi capitan, deserté y volví á Paris (1).

Luego que estuvo de vuelta, me puse á traba-

(1) Véase al fin de mis memorias mi carta en respuesta á la acusacion dirigida contra mí por Caussidiere.

jar: no me ocultaba, pero al menor ruido me ponía en alarma. Pero muy en breve me tranquilizaba, y por vía de distracción iba algunas veces á una sociedad lírica. Copréaux, que era el presidente y habia hablado conmigo algunas veces de política, me propuso entrar en una sociedad secreta de la cual era, segun él decia, uno de los gefes.

Después de rehusarlo varias veces y á pesar de mi repugnancia, acabé por aceptar la propuesta. Fui á su casa á la hora convenida, y hé aqui la ceremonia misteriosa que se celebró para recibirme como miembro de la sociedad de las Estaciones.

Al entrar ví reunidos en su cuarto dos hermanos y amigos que me esperaban, y una jóven que estaba asando chuletas.

Copréaux, como padrino, me vendió los ojos y me leyo el siguiente formulario

«P. ¿Eres republicano?

«R. Lo soy.

«P. ¿Juras odio á la monarquía?

«R. Lo juro.

«P. Si tienes la pretension de formar parte de nuestra sociedad secreta, ten entendido que debes obedecer á la primera orden de tus gefes. Jura obediencia absoluta.

R. Lo juro.

Te proclamo miembro de la Sociedad de las Estaciones. Hasta mas ver, ciudadano, y sea pronto.....

Bajó la escalera y volvió á subirla muy sossegadamente. Copréaux me quitó la venda de los ojos y ví á los mismos dos hombres de antes sentados á mi lado. Hice ánimo de descubrir al que me habia proclamado miembro de las Estaciones. La jóven, durante la ceremonia, habia dejado quemar las chuletas.

Y bien, me dijo Copréaux, ya eres de los nuestros, vamos á beber un vaso de vino para celebrar tu reconocimiento.

Mientras íbamos por el camino mis compañeros permanecieron mudos como muertos; pero al en-

trar en la tienda de vinos uno de ellos gritó: mu-
chacho, trae un cuartillo. Reconocí entonces la voz
del gran Sacerdote que me habia iniciado. Me separé
de ellos despues de haber pagado el gasto. Algunos
dias despues fui llamado á una reunion en casa
de un tabernero de la calle Pastourel. Fuimos unos
veinte. Allí supe que el gefe del grupo se llamaba
Gaujard; Copréaux era su segundo; poco despues
entró otro gefe mas influyente.

«Buenos dias, ciudadano Couturat», le decian, y
todos se disputaban el honor insigne de apretarle la
mano. Este gefe, que tomaba el titulo pomposo de
agente revolucionario, recibia sus parabienes con
dignidad; despues se sentó, y leyendo una órden del
dia fulminante, nos previno que muy en breve de-
biamos prepararnos á salir á la calle. Despues de la
sesion cada uno dió 50 céntimos por la cuota men-
sual; despues otra cantidad para los presos políticos;
despues otra por el material de la imprenta donde
se tiraban las órdenes del dia; y otra por fin por
compra de armas y municiones de guerra. Aquello
no tenia fin. Entonces conocí cuán costoso era el honor
de formar parte de una sociedad secreta; pero estaba
entonces muy lejos de pensar que ese dinero estaba
destinado á engordar á habladores y holgazanes,
que muy dulcemente esplotaban nuestro patriotis-
mo. Despues de dos ó tres reuniones de esta especie,
que se renovaban mensualmente, un tal Sainte Croix,
que habia reemplazado á Couturat, vino á buscarme
á las seis de la mañana.

Levántate, me dijo reboando de alegría. ¡Hoy
es el dia grande!

Bueno! le respondí.

Me vestí de prisa y me fui con él á mas de cien
parajes, donde iba á convocar á su gente.

—Toma bien las señas de cada uno, me dijo, por-
que si caigo herido tú ocuparás mi lugar y serás
gefe del grupo.

Seguimos así hasta la una, y en lugar de cien
hombres con que contaba, solo pudimos reunir unos
quince. «Si con este ejército esperas destruir el Go-

bierno, de seguro que nos van á zurrar de lo lindo.»

—Tú verás á las dos, me respondió, en la calle de San Martín donde se ha dado la cita general, como somos mas de diez mil. Al entrar en la mencionada calle nos metimos en una tienda de vinos y Sainte Croix nos dijo: esperadme aquí; que nadie salga; aquí debeis permanecer todos. Al cabo de una hora volvió. ¡A las armas, gritó, seguidme!

Le seguimos hasta la calle de Bourg-l'abbé, donde nos apoderamos de la tienda de un armero y nos proveinos de escopetas. Se distribuyeron entre nosotros algunos paquetes de cartuchos. Pero el comité no habia caído en que las escopetas de nada nos servirían porque los cartuchos no podían entrar por el cañon; tuvimos que dividir en cuatro pedazos las balas, lo cual nos hizo perder algun tiempo. Al fin estando ya todo listo preguntamos por los gefes del comité.

«El comité soy yo, exclamó un hombre colocándose sobre un pilar: yo soy Barbés, mis colegas son Blanqui y Martí Bernard. Los que quieran echar abajo el Gobierno de Luis Felipe que me sigan. Pocos somos para acometer tan gran empresa, pero todo París gime bajo el yugo de ese infame tirano. ¡A las armas! Los republicanos no necesitan contar á sus enemigos. «Me admiré, no del discurso, sino del calor con que habia sido pronunciado. Hé aquí, dije para mí mismo, uno al menos que marcha con valor al frente de su partido. Me puse á su lado y seguimos aceleradamente hasta el Hôtel-de-Ville que tomamos sin resistencia.

Apenas nos habíamos instalado allí cuando llegó á galope la caballería municipal.

Reunirnos y precipitarnos sobre ellos fue cosa de un momento. Los rechazamos con vigor. Entonces Barbés, loco de alegría, exclamó: «¡Amigos míos, el día es nuestro! La Prefectura debe haber sido tomada por Blanqui: vamos á organizar un Gobierno provisional.»

«No por cierto, la Prefectura no ha sido tomada, dijo un individuo que venia jadeando.

Blanqui no quiere moverse; dice que somos unos locos, que vamos á hacernos exterminar y no quiere exponer á sus gentes.

Es imposible, dijo Barbés, todo estaba concertado esta mañana. ¡Ciudadanos, adelante, á la prefectura de policía; que vengan conmigo cien hombres.

Así que hubimos llegado al muelle de las Flores oímos tiros de fusil. Los guardias municipales de la guardia de la plaza del Chatelet se defendían con encarnizamiento. Nos aseguraron que muchos de los nuestros habian perecido. Avanzamos sin embargo hácia la guardia del palacio de justicia.

Rendid las armas, dijo Barbés al oficial.

No respondió este; en el instante mismo se oyó un tiro de fusil y el teniente Drouinot cayó muerto.

La guardia municipal, emboscada en la plaza Delfina y en el patio de la Prefectura, cayó sobre nosotros á paso de carga: le hicimos fuego, aunque tocando á retirada. En la calle de San Martín sufrimos algunas descargas, á las cuales correspondimos vigorosamente. Las barricadas que habíamos levantado tuvimos que abandonarlas despues de una porfiada defensa.

En fin, por la tarde Barbés mismo confesó que el lance era perdido. Estaba furioso con Blanqui y no sabia cómo calificar su conducta.

Pasé con Barbés y otros diez por delante de aquella fatal casa de la calle de Ménétriers; me parecia ver todavía al infeliz droguero y á su muger tendidos á mis piés; temblé de piés á cabeza con este recuerdo. A algunos pasos de allí nos acometió la tropa. Barbés, herido, echó á correr como un loco. Yo quicé hasta el último de mis cartuchos; despues hice como los otros, y me refugí en mi casa.

Este es el único lance en que no salí herido. Al día siguiente fui á la calle á saber noticias. Encontré á un tal Dugrospré, quien me dijo que la batalla empezaba de nuevo hácia el barrio del Marais, y que iba á una reunion á la calle de Blancs-Manteaus.

Me fui con él, y llegando á una tienda de vinos que hay en la mencionada calle, hallamos unos cua-

renta individuos, la mayor parte armados, que deliberaban bajo la presidencia del ciudadano Luis Guéret. A nuestra invitacion de ir á juntarnos con nuestros compañeros que comenzaban de nuevo la lucha, se nos respondió con una formal negativa. No era su Sociedad la que combatia; ellos eran discípulos de Cabet.

Entonces como siempre las disensiones de los gefes hicieron abortar una insurreccion que acaso fue la mas formidable de todas las que se habian verificado bajo el Gobierno de Luis Felipe, no por el número de los combatientes, sino por la impetuosidad del ataque.

Un mes despues, de nuevo fui convocado, y vi á los hombres del grupo de que formaba parte; algunos habian estado presos y habian sido puestos luego en libertad. Habiendo sabido Santa Cruz que habia en contra suya injustas sospechas, se retiró, y desde entouces no he vuelto á oír hablar mas de él.

Algun tiempo despues la madre de la jóven con quien Copreaux vivia en concubinato, le hizo prender como desertor. Goullard, que no se habia presentado el dia 12 de Mayo, fue tenido en concepto de sospechoso, y por lo mismo de incapaz de dirigir el grupo. Un tal Leprestre du Bocage hizo que me dieran la direccion en nombre de un nuevo comité.

Desde este día me puse en relaciones directas con los personajes mas importantes del partido.

CAPITULO IV.

Cabet. — Viaje á Icaria. — Disensiones en el partido.

Nuestras reuniones se verificaban, como ya lo he dicho, en las tiendas de algunos tratantes de vino que sabian perfectamente el fin que nos proponiamos yendo á sus casas. Aun algunos de ellos, tales como Coffineau, Pégrinet y Rousseau, eran del partido. No por eso estaban todos de acuerdo acerca

de los principios; los comunistas eran los mas numerosos. Pasábamos el tiempo muy á menudo mas bien en disputar que en discutir. Oíamos muchas veces discursos capaces de hacer dormir en pié al oyente mas constante.

Cabet habia extraviado el entendimiento de todas estas pobres gentes con su viaje á Icaria, libro que podria pasar por la obra de un loco si no se supiese que fue escrita con un fin puramente mercantil. Este alentado mercader de papel mantenía su clientela en un santo delirio por medio del diario que publicaba llamado el *Popular*, y merced á otros pequeños folletos.

«Meditad, meditad mis escritos y caminareis por la vía de la salvacion.»

No sé si esa via conduce á las riberas del rio Rojo; pero sí sé que he vuelto á ver á muchos pobres infelices que lo siguieron á los desiertos de Tejas; me han confesado que han perdido completamente la ilusion, y juraban, aunque algo tarde, que no volveria á engañarlos otra vez el reverendo padre Cabet.

En la época de que hablo, los gefes de las diferentes escuelas publicaban una multitud de pequeños folletos que causaban la ruina del partido. Los ataques mas violentos, las injurias y la calumnia sobre todo estaban á la órden del dia. Las calificaciones de traidor y de espia se prodigaban á hombres que muchas veces habian hecho enormes sacrificios, y que poseian la mas profunda conviccion. Bastaba para perderos que un individuo por descos de venganza dijese de vos:

— ¿Conoce V. á talano?

— Sí, y qué.

— Le veis á menudo?

— Algunas veces.

— Dicen que es espia.

— Hola! Y yo que el otro dia me hallé con él en una reunion. Está bien, prevendré á los amigos.

Y esta especie que iba cundiendo como de costumbre, pasaba de boca en boca hasta que algun

amigo venia á preveniros. Inútil era querer investigar el origen de esta calumnia: el que la habia inventado se ocultaba en la multitud. Estoy persuadido de que ningún hombre político del partido republicano pudo librarse enteramente de esas infames sospechas. Albert mismo, el honrado Albert, fue de ellas víctima por algun tiempo. La policía debía reírse de buena gana viendo que la mitad de un partido acusaba á la otra mitad de estar en relaciones con ella.

Tal era el brillante concierto que reinaba entre los republicanos cuando definitivamente me alisté bajo su bandera. A los pocos dias me puse al corriente de las intrigas de los grandes y de los pequeños. Iba á las reuniones de los agentes revolucionarios; despues leia las órdenes del dia en todas las secciones de mi grupo, ya en las casas de los que consentian en facilitar su domicilio, ya en las tiendas de vino. Habia tomado por lo serio mi oficio, y ejecutaba con la mas escrupulosa exactitud las órdenes que se me trasmitian por el comité. Así contraí relaciones con Albert á quien mi celo gustaba mucho. Siempre he notado en él la mas profunda conviccion, aunque con un poco de orgullo; pero este era su único defecto, hombre honrado, muy valiente, republicano sincero y capaz de guardar un secreto, poseia todas las cualidades de conspirador, á no ser porque se dejaba influir por aquellos cuyo hábil lenguaje le alucinaba; así fue siempre á remolque de esta gente.

Como vivia en mi barrio, nos visitábamos con frecuencia: en nuestras conversaciones hablabamos siempre de las esperanzas que teniamos en el porvenir. Si alguna vez triunfamos, deciamos, acordémonos que somos obreros: sostengámonos, no sirvamos de escabel á los intrigantes, y completemos nuestra educacion para ponernos á la altura de los sucesos que puedan sobrevenir. No tengamos mas que un solo pensamiento, un solo fin, la emancipacion de la clase obrera. Así es como vine á ser, no solo el amigo político de Albert, sino su amigo íntimo.

En poco tiempo dimos un impulso poderoso al partido: lo reorganizamos. Nuestro sistema de buscar auxiliares en los talleres y fuera de las sociedades secretas, lo aumentó considerablemente.

Albert quedó tan satisfecho, que rogó al comité que pasase una revista de nuestra gente en los barrios exteriores. Esta revista se pasó un domingo en medio del día, y hé aquí de qué modo: cada jefe de grupo convocó á su gente á una taberna inmediata al barrio extramuros; despues á cierta señal formaba á su vez.

En un café cerca del teatro Montmartre los gefes del comité estaban colocados en una ventana, debajo de la cual se verificaba el desfile. Los hombres marchaban de tres en tres con los gefes del grupo á la cabeza. A fin de darse mejor á conocer, todos llevaban abotonado á la izquierda su vestido.

Despues de la revista, los gefes del grupo, que serian cerca de ciento, fueron á un banquete en la barrera Rochechouard en casa del fondista Vieél-Escaze. Allí se decidió que siendo el partido bastante numeroso se saldría á la calle en la primera ocasion que se presentase. Se pronunciaron discursos ardientes, y un miembro del comité Dourille estimuló á los gefes de grupo á que percibiesen con exactitud la cuota mensual, y que apremiasen con todo rigor á los recalcitrantes, porque he olvidado decir que algunas malas cabezas sostenian que el dinero se distraia de su destino por los señores del comité, y los retaban á que les presentasen una sola caja de armas y de municiones.

Ellos respondian que era preciso guardar el secreto si no se queria que la policia hallase la huella de los depósitos. Pero la experiencia demostró que los acusadores tenian razon, puesto que en Febrero el comité no tenia ni armas ni municiones y las famosas órdenes del día que absorbian tanto dinero las impremia Becker por 40 francos al mes. Este hecho se averiguó en el proceso de la calle Pastourel en el cual Becker confesó que á pesar de lo módico del precio se le debian dos impresiones.

En cuanto á los presos políticos, no recibían mas que una parte mínima de los fondos que les estaban destinados. Durante un año que estuve yo en la cárcel, solo me dieron 15 francos que repartí con mis compañeros de cautiverio. Considérense ahora las sumas que se robaron á los presos políticos durante los diez y ocho años que duró esta explotación, que aun subsiste, sabiéndose que en París y en toda Francia cada reunion, cada banquete patriótico terminaban siempre con colectas muy abundantes.

La mayor parte de los presos políticos no tomaban nada porque no valia la pena mendigar para obtener los miserables socorros. Sus desgraciadas mugeres eran siempre enviadas de Herodes á Pilatos. Pero si un escritor amigo de los señores del Comité caia preso por casualidad, todo era poco para él. En las visitas diarias que le hacían le llevaban cestas con los mejores vinos y provisiones de toda especie; en tanto que el pobre obrero devoraba en silencio el pan negro y la mala pitanza de la cárcel. Estos señores solo frecuentaban á los banqueros quebrados y á los falsarios enriquecidos, con los cuales se entregaban á alegres fiestas. El pobre patriota no tenia mas compañeros que los ladrones y los forzados; y le era muchas veces preciso habitar en el mismo calabozo en que estos estaban.

CAPITULO V.

Suceso de la calle Pastourel.

Algun tiempo despues de la revista de que acabo de hablar, como nadie queria satisfacer las cuotas y ciertos miembros del Comité veian de este modo desvanecerse sus ilusiones, maquinaron fundar un periódico. Para esto eran menester fondos considerables y un hombre presentable para que lo dirigiese. Pusieron los ojos en Grandmesnil.

Era este hombre de mucha probidad; tenia numerosos amigos entre los hombres políticos y cono-

cia los conspiradores de las cuatro partes del mundo. No era hombre de acción sino de consejo. Por desgracia era de una extremada intemperancia, el verdadero tipo de Gargantua: nunca dejaba las piernas de carnero ni la botella; era el sostén del tabernero y del vendedor de cigarros: veía republicanos en todos los descontentos, y tenía muy escasa instrucción aunque había sido médico. Habíanse formado acerca de él algunas sospechas con ocasión del suceso de Berton. Aun más: un día que en la Cámara de los diputados se pedían socorros para los que habían padecido bajo el régimen de la Restauración, un orador exclamó: «¡Qué! ¿venís también á pedir socorros para Grandmesnil? pues fue él quien hizo prender al general Berton!» Quiso sincerarse de esta acusación. Esto prueba más y más cuán dispuesto está el partido republicano á concebir sospechas aun contra sus más fieles partidarios. Así da armas á sus enemigos y se asesina moralmente todos los días poniendo al descubierto las escandalosas divisiones que sin cesar lo agitan interiormente.

Grandmesnil fue nombrado director de *la Reforma*. Desplegó durante algun tiempo una grande actividad. Albert y yo nos pusimos á trabajar y muy en breve hubo una copiosa lista de accionistas. Se componía en gran parte de los miembros de las sociedades secretas. Grandmesnil nos convocó entonces en la calle de Grenelle Saint-Honoré en la sala del *reducto* para leernos el número-prospecto del periódico. Allí vi por la primera vez á Luis Blanc, Baune, Flocon y á otros.

Ocho dias despues de salir á luz el periódico, la policía, que no había gustado sin duda de mi actividad, me puso preso. Hé aquí como sucedió el lance: Albert, Dolere y Luis Gueret vinieron á mi casa donde nos repartimos las órdenes del día. Al dia siguiente debía yo convocar algunos hombres de mi grupo para leérselas.

Muy de mañana fui á buscarlos para verlos antes que entrasen en el taller.

Durante mi ausencia Luis Guret trajo un saco de armas y municiones de guerra que recibí mi cuñado: al ir de vuelta examinó el saco y lo puse debajo de mi armario. No tenía ninguna desconfianza en esta época. Iba á mis reuniones, pero en la última en casa de Parisot, vendedor de vinos en la calle de Pastourel, sucedió, que de repente como á las nueve y media de la noche, una nube de agentes, de oficiales de paz y tres comisarios de policía se precipitaron bruscamente en la tienda y cerraron todas las salidas. No hallando á nadie arriba donde teníamos habitualmente nuestras reuniones, bajaron á la pequeña sala en donde entonces estábamos. Había yo con prontitud arrojado al suelo bajo mis piés la orden del día, y como los otros me dirigía instintivamente á la puerta cuando fuimos todos presos. Nos registraron; pero no hallándonos nada los agentes nos hicieron subir con ellos á la sala del primer piso; despues uno de ellos volvió á subir triunfante; tenía en la mano la orden del día que había encontrado en el suelo. Otro aseguró que me la había visto arrojar. Entre tanto Catelier, habiendo reconocido entre los comisarios de policía á uno de los amigos de su infancia, el Sr. Elouin, se aproximó á él para pedirle explicaciones: vete al diablo! le dijo Elouin é hizo que lo custodiasen con mas rigor que á los otros.

Como yo persistiese en declarar que era una equivocación y rehusase dar mi nombre y mis señas, uno de ellos me dijo: nosotros os conocemos, quince dias hace que os vamos al alcance. Vivis en la calle de Puils-Vendome, número 4, cuarto piso; vais á seguirnos. Por lo demas, la casa está ya ocupada por nuestras gentes y nada se os quitará.

Conocí que había caído en la red, y que toda resistencia era imposible.

Preciso fue resignarme y acompañar á aquellos señores á mi domicilio. Procedieron en presencia mia á una pesquisa que no duró mucho tiempo por que fueron derechos al armario donde estaba guardado el saco con las municiones. Hallaron una pis-

tola de caballería, un saco de pólvora, cartuchos y una bandera; después en un cajón secreto de mi armario encontraron el formulario de la asociación, una orden del día y algunas cartas de Catelier dirigidas al Comité. Todo esto, con un sable mohoso, fue objeto de la aprehensión.

Señores, dije entonces riéndome, habéis sido bien informados.

—Nosotros no engañamos nunca, dijo una especie de oso llamado Figac.

Al entrar en la Prefectura no pude evitar un doloroso estremecimiento recordando el mal trato que otras veces había recibido en ella. Pero hallé una gran diferencia; en vez de los gritos y de las exclamaciones, no oí más que el chirrido de las puertas rodando sobre sus goznes, y el paso acompañado de las centinelas.

Al día siguiente me condujeron á la Conserjería, en donde estuve cincuenta días incomunicado. Después de tres meses de causa, no habiendo podido el tribunal encontrar contra nosotros el rastro del más pequeño complot, nos envió á la policía secreta como sospechosos de haber formado parte de una sociedad secreta, y yo además por haber tenido en mi poder armas y municiones de guerra.

En la vista supe una porción de cosas interesantes de mis coacusados. Catelier había sido condenado á cinco años de trabajos forzados por falsario y había sufrido su condena en el presidio de Tolón. Becker, el impresor de las órdenes del día, había sido condenado también á diez años de trabajos forzados por falsario. Yo esperaba que esto fuese una calumnia; pero lo confesaron, y la vergüenza me abrasó el rostro.

Dourille fue defendido por Manuel Arago, y este abogado, que sin embargo se llamaba republicano, siguió la costumbre de sus camaradas; quiso salvar al jefe sacrificando á los soldados, y se atrevió á decir á los jueces: «No vayais, señores, á comparar á Dourille con esos hombres. Los conoce acaso? Los

ha visto nunca?» Y lanzó sobre nosotros una magnífica mirada de desprecio.

Yo me contenté con decir á Deurille delante de su abogado y de los nuestros: «Parece que habeis dejado ignorar á vuestro abogado las relaciones que nos han unido.» Deurille guardó silencio.

Mr. Joly me defendió con maestría. No se dejó arrebatar á mezquinas recriminaciones, como habian hecho los demás abogados. Buscó sus razones en el fondo de la cuestion, y tuvo admirables movimientos oratorios cuando, con los documentos en la mano, probó que los Ministros de entonces habian sido conspiradores y miembros de sociedades secretas.

A pesar de sus generosos esfuerzos, salí mal de este asunto, y fui condenado á dos años de prision.

Entre los ladrones y los asesinos entre quienes me encontré, habia un ex-agente de policia secreta que habia sido expulsado de ella por su mala conducta, y que estaba entonces preso por robo. Habiendo sabido que mi condena era politica, se me acercó, y quiso vengarse de sus antiguos gefes iniciándome en los misterios de la prefectura de policia. Me dijo el nombre de todos los agentes secretos, me manifestó sus intrigas, me hizo saber los sitios de sus citas, y así me puso en estado de frustrar en adelante todos sus pasos.

Despues de un año de prision, se nos anunció que el Rey nos concedia una amnistia con motivo de su viaje á Inglaterra y de la victoria de Isly.

Mr. Pinel, secretario general de la prefectura de policia, vino personalmente á la cárcel; nos echó un sermoncito, y me recomendó que no volviera á ver á mis antiguos amigos políticos.

Algunos dias despues de mi salida, fui insultado por los mismos agentes que me habian puesto preso. Cometí la necedad de responderles, y se empeñó una lucha en la que maltraté tanto á dos de ellos, que quedaron sin sentido en el sitio. Sufrí por esta accion tres meses de prision.

En cuanto salí de ella, encontré á Albert, á Leroux, á Boivin, y á otros muchos republicanos: Albert parecia estar muy contento por verme, y por mi parte sentí un vivo placer al apretarle la mano, pues siempre le he querido. Le propuse ir á un café á hablar, y me citó en su casa para el día siguiente.

CAPITULO VI.

La fiesta en la Grand Chaumière. — Medios de existencia del ciudadano Caussidière.

Al día siguiente fui exacto á la cita. « Desde tu prision, me dijo Albert, nada nuevo hay en el partido. Bourille queria dirigirlo todo, pero como no es capaz de ello, me he retirado, y me he acercado á personas mas influyentes que él. El periódico *La Reforma* nos sirve para la propaganda. Los redactores forman con varios diputados de la oposicion un comité del que yo hago tambien parte, como representante de la clase obrera. Si quieres ser de los nuestros y ayudarme en la nueva organizacion, te diré quiénes son los hombres que están á nuestro frente. »

Como se adelantaba á mis mayores deseos, me apresuré á aceptar. Puse manos á la obra desde el día siguiente, y á los pocos dias ya habia alistado un gran número de adictos, de cuya cooperacion me cercioré de autemano. Organiqué estos hombres militarmente.

Un sábado, día de pago, conduje á Albert á talleres de doscientos á trescientos obreros. No se cansaba de admirar su entusiasmo. En efecto, no pedian mas que gefes que los condujeran al combate.

« Los tendréis, exclamó Albert, y que se batirán tan bien como vosotros. »

Albert me dió repetidas veces las gracias en nombre del comité; algunos de sus miembros manifestaron el deseo de verme.

Fui convidado á una comida en casa del fondista habitual de aquellos señores, el eterno Viel-Escaze, de la barrera Rochechouart. Allí ví á Caussidière por primera vez.

¡Cuán lejos estaba de sospechar entonces el ódio terrible, implacable que debía reemplazar á la cordial amistad que se estableció aquel día de un modo tan franco por una y otra parte!

Nos dimos buenos apretones de manos, y nos prometimos reunirnos todos los lunes en el mismo sitio para ocuparnos de los negocios del país.

Cumplimos nuestra promesa, y por espacio de mas de dos años Leoutro, Tiphainé, que fué secretario de Caussidière en la Prefectura de policía, Pillies, que fue representante del pueblo, Fargiu-Fayolle, Albert, Lagrange, Delahode, Grandmesnil y otros muchos observamos la costumbre de reunirnos allí.

Después de comer íbamos en verano al *Chateau Rouge*, y en invierno á una diversion llamada la *Gran Chaumière*. ¡Cuántas veces hizo Caussidière todo el gasto de nuestra alegría! Nada hay tan cómico como él cuando nos cantaba el *Veterano* de Beranger. Era su única cancion; pero la hacia oír á menudo.

Cuando los vapores de Baco empezaban á oscurecer sus ideas, gritaba:

«¡Atencion, amigos míos! Voy á cantaros el *Veterano* de Beranger.»

La cancion es muy bella; pero el abuso, el espantoso abuso que hacia de ella, nos la hacia temer hasta tal punto, que todos huíamos, unos por la puerta, otros por la ventana.

—Amigos, es la última vez!

—No, mil veces no!

Entonces viéndose expuesto á no tener oyentes, saltaba, y apoderándose con su mano de hierro del primero que encontraba

—¡Pues bien! le decia, tú la oirás, y toda entera. Habia que resignarse á una hora de tortura, pues el desgraciado volvía á empezar hasta tres veces se-

guidas. Tan grande era el entusiasmo que se inspiraba á sí mismo.

Un día estábamos en la *Chaumière*, y como el presidente no le concediera la palabra bastante pronto, entonó con su voz estentórea la *Marsellesa*, que estaba entonces prohibida. El presidente agita su campanilla; el dueño del establecimiento interviene; pero nada le puede contener. A la segunda copla, se eleva, á un diapason tan exagerado que se detiene sofocado.

El presidente le llama al órden por haber cantado sin ser invitado á hacerlo. Pero Caussidière ha respirado; recobra su voz. « Véte al... grita; sé muy bien que hubieras preferido oírme cantar: ¡ *Viva el uno!* ; *Viva ese jugo divino!* » Y sin escuchar al presidente, continuó la copla. Toda la sala resuena entonces con una lluvia de aplausos. Caussidière canta, baila y toma un aire grotesco queriendo parecer gracioso.

Al salir, tropezó con una vieja trapera mas borracha todavía que él. Se apresuró á darle el brazo, y buyó precipitadamente con ella. Despues de muchas pesquisas, logramos encontrarlos bebiendo juntos en una aguardentería. Leoutre, Albert y yo tuvimos gran dificultad en separar á los dos amantes.

Al pasar por la *Halle*, nos detuvimos un momento en una taberna, y Causidière, que debia encontrarse mas adelante al frente de la policia de París, luchó con los mozos. Le dejé con Leroux. Me salió bien, pues encontraron á Grandmesnil, y se instalaron en un fondin de la calle Montmartre. Allí se empeñó una lucha gastronómica, que con espanto del fondista duró dos días, gigantesca, incesante. Grandmesnil no debió su victoria sino á una astucia de guerra; se habia quitado las botas para estar mas cómodo.

Por aquel tiempo supe el medio ingenioso de que se valia Caussidière para procurarse el dinero necesario para atender á todos sus gastos. He aquí cómo acuñaba moneda: cuando por la mañana se habia repuesto ya de su embriaguez, ó como el decia

chanceándose, de su *fiebre de leche*, iba á buscar á un individuo á quien conocia por insolvente.

«Necesito dinero, decía, hazme una letra de cambio, la cobraré, y te daré cinco ó seis francos,» segun su importancia respectiva. Conocia perfectamente á su hombre, que jamás se le negó. Provisto con esta letra, iba á casa de uno de los muchos patriotas que le conocian, y le presentaba su valor. Recibia ya dinero, ya mercancías; rara vez salia mal, pues aseguraba que el que firmaba era honrado, y que en todo caso se podian presentar á él al vencimiento del plazo. Cuando Caussidière habla de asuntos mercantiles, ó de una empresa cualquiera, hay un acento de verdad en él tal que los mas prudentes se dejan engañar; y por otra parte, como desconfiar de un hombre que segun decía, hacia anualmente millares de negocios, y se daba tan buena vida?

Inútil es decir que cuando vencía el plazo de la letra, una desgracia imprevista habia venido á contrariar imprevistamente sus mas magníficas operaciones, y le obligaba á pedir tiempo. Cuando encontraba dificultades para colocar sus letras, se dirigia á otro negociante como él, y le enviaba á que explotara á su vez su clientela. No citaré mas ejemplo que el de un antiguo oficial del imperio, que habitaba en Mery-sur-Oise, y que dió entre otras sumas 7,000 francos para la empresa de iluminar por la noche los números de las casas. Caussidière era el asociado del inventor. Aquel antiguo oficial era una de las mejores explotaciones de estos señores.

No perdonaban á nadie: un día se presentó Caussidière en casa de M. Ledru-Rollin, y le pidió 25,000 francos, que Ledru le rehusó terminantemente. Entonces Caussidière, recurriendo á los grandes medios, sacó una pistola de su bolsillo, y amenazó saltarse la tapa de los sesos en el mismo gabinete del hombre inflexible que no queria salvar á un patriota á costa de un ligero sacrificio. Ledru-Rollin enternecido cedió, y firmó. Prestando así su dinero á ciertos demócratas, que no se lo volvian jamás, y

sosteniendo periódicos de la oposicion, es como Ledru-Rollin ha contraído las deudas que tanto le molestan.

Pero la cosecha mas rica para Caussidière fue la que le procuró la insurreccion de Cracovia en 1846. Provisto de cédulas de suscripcion y lleno de un ardor santo, iba diariamente á pedir para los polacos á las casas de todos los demócratas, explotando así el entusiasmo que inspiró siempre aquella nacion heroica y desgraciada.

Aseguran que despues de la recaudacion se dignaba partir con ellos como buen hermano. Aquellos fueron los mas bellos dias del ciudadano Caussidière.

CAPITULO VII.

Cuna del Socialismo. — Coffinèau y su partida.

Sin embargo, los sucesos caminaban á prisa; cada dia eran mayores los escándalos, la corrupcion aumentaba en osadía, la última hora de la monarquía se acercaba, bastaba un solo esfuerzo para precipitarla en el abismo. Entre tanto ¿qué hacíamos? Nos reuníamos en banquetes: oíamos discursos en los conciliábulos. Los hombres del partido se impacientaban, pedian combatir y no querian contentarse con nuestras órdenes del dia. Amenazaban dejar al comité de *La Reforma*, y formar otro compuesto de hombres de accion.

Participé su proyecto á Albert, y le obligué á ir á verles. Fue muy mal recibido: «Si no tenemos una solucion dentro de un mes, le dijeron, dejamos á vuestros escritores de *La Reforma* que gastan en festines y en orgias el dinero de nuestras suscripciones.

«Vuestro Leoutre, que se alaba de gastar diariamente 20 francos en el café, es un *aristo*, lo mismo que vuestro Flocon. En cuatro años se ha absorbido *La Reforma* mas de 500,000 francos. ¿Po-

días decirnos á donde han ido los 17,000 francos de las suscripciones en favor de los polacos? (1) Sin duda se han reunido con los 4,500 entregados para ofrecer una espada de honor al almirante Dupetit-Thouars. ¿Creen que esto puede durar así? Si á lo menos hicieran algo! Pero si no hacen nada!»

Los carpinteros especialmente, y los hombres de la capilla de San Dionisio eran los mas descontentos.

A la vuelta, dije á Albert: ¿Qué te han parecido?

—Nos van á desbordar, y á comprometerlo todo.

Me ofreció describir la situación en la primera reunion del comité.

Como yo habia previsto, aquellos señores se ocuparon muy poco de estas reclamaciones. Los patriotas indignados se dividieron en muchas fracciones. Los mas exaltados formaron con Coffineau una asociacion que tomó el título de *Socialista materialista*. Coffineau era un hombre bastante respetable, pero de un carácter sombrío y áspero. El público recuerda sus disputas con Cabet.

Las predicaciones insensatas de los comunistas habian extraviado á los hombres de Coffineau. Habian comprendido á su manera las teorías de Fourier, de Cabet, y de Considerant, y emitian las mas extrañas doctrinas, y erigian el robo en principio: esto era ser lógico con sus antecedentes. La mayor parte de ellos se habian lanzado en las conspiraciones, porque nada tenian que perder, y se hacian esta cuenta singular: «Arruinemos á los tenderos, y á los comerciantes; bastante tiempo nos han robado.»

Empezaron á poner en práctica sus teorías, saqueando la tienda de un zapatero, que despojaron completamente. Emplearon tambien el expediente

(1) Este dinero fue entregado mas adelante en la caja del comité polaco, en fuerza de las reclamaciones del *Nacional* que por un sentimiento natural de fraternidad, aprovechaba todas las ocasiones de molestar á *La Reforma*.

de Caussidière , é infestaron el comercio de letras de cambio. Asolaron los campos por la noche , y robaron á mano armada en los caminos.

Necesitaban tener gran número de cómplices para llevar á buen término operaciones tan extensas; así que, hablaron á muchos de sus amigos antiguos. Los unos los rechazaron disgustados, otros los denunciaron á las personas honradas de la policia, y algunos finalmente los entregaron á la policia.

Esta partida fue juzgada por el jurado de 1847, y los mas fueron condenados á penas infamantes. Tal fue el resultado de este triste negocio, que espació la alarma entre los ánimos. Los verdaderos republicanos quedaron consternados.

El socialismo apareció así bajo auspicios bien tristes; primero se presentó como una rama del comunismo; hoy amenaza invadir toda la sociedad, y no disimula ya sus esperanzas. Lo digo muy alto: ¡ay de la Francia! ¡ay de la civilización de la Europa, si ese partido llega nunca á triunfar por la debilidad ó mas bien por la impericia de nuestros gobernantes! Habrían concluido las artes, habría concluido la industria. Se verian renovar mas sangrientas las proscripciones de 93. Los comités de salud pública, la particion de los bienes, la guillotina permanente, el reinado del terror, con los paseos nocturnos para amedrentar á la clase media.

No se diga que recargo de sombras el cuadro. Es un fiel resumen de lo que se ha dicho durante diez y ocho años en las sociedades secretas; y si Febrero no produjo estos desórdenes, es porque los hombres moderados del partido republicano tomaron la direccion de los negocios, y supieron contener á los que antes habian conspirado con ellos. ¡Cuántos ódios se han atraído por haber salvado al país de las convulsiones de la anarquía en que queria sumirnos una secta bárbara! Quién no se acuerda de las terribles jornadas de Junio? Qué prueba mas se quiere?

Hoy mismo, qué hacen sus órganos? excitan, impelen á los descontentos á la rebelion, no disimu-

lan sus proyectos; si vencieran alguna vez, no escucharian ya la voz de los que los dirigieron con tanto ingenio en los primeros dias de la revolucion. En una palabra, lo que necesitan es un carnaval revolucionario: Proudhon, que los debe conocer, lo ha dicho.

Y entre tanto qué se hace para combatir á un enemigo tan temible? Qué se hace en presencia de las cien mil voces dadas en Paris á nombres hasta entonces desconocidos, escogidos á propósito por los hábiles del partido para hacer ver la disciplina con que funciona? Se habla de una *liga contra el socialismo*, de una cruzada: se amenaza suprimirle violentamente. Mal sistema: la persecucion crea prosélitos, y la doctrina mas mala, vejada y perseguida, no tardará en tener muchos adictos. Así lo dice la historia desde los primeros tiempos del mundo. Por otra parte, los verdaderos gefes del partido socialista presentan sus ideas de un modo hábil, y que á primera vista puede seducir á los ánimos mas fuertes. Esos soñadores con sus principios, por absurdos que sean en el fondo, fascinan fácilmente la imaginacion de las clases laboriosas; y despues los indolentes, los ébrios y los vagabundos querrian ponerlos en práctica de un modo inmediato y absoluto.

Tal vez, si no fuera peligroso para la sociedad, á la que expondria á una terrible conmocion, el medio mas seguro de combatir y de vencer al socialismo seria darles las facilidades para ensayar su sistema.

En seguida se veria á los gefes de escuela presentar sus teorías, todas contrarias las unas á las otras. Se desgarrarian sin tregua ni compasion; presentarian proyectos insensatos, y querrian hacer adoptar cada cual el suyo como el único capaz de asegurar el bien de la humanidad. Sus interminables y locas disputas habrian desengañado muy pronto á los que están de buena fe y el socialismo caeria bajo el ridiculo de su impotencia. Entonces los republicanos moderados propondrian las leyes rege-

neradoras y de progreso que deben asegurar el bienestar de los trabajadores, y harían bendecir la república. Mientras que hoy las preocupaciones de la prohibición detienen á los legisladores, y les hacen desecher toda mejora.

Así los desgraciados que han estraviado los fogosos oradores del socialismo, han llegado á no soñar más que el caos en vez de la verdadera república, única que podía asegurar su suerte. Y por el temor que inspiran se ve lanzarse en los brazos de los antiguos partidos á una parte notable de la clase media, cuyas simpatías sinceras había adquirido la república.

CAPITULO VIII.

El Comité disidente.—Las bombas incendiarias.

Después de este funesto asunto de Coffineau comprendió el comité que ya era tiempo de ponerse á la obra, de reunir las diversas fracciones esparcidas del partido republicano, y sujetarlas á una dirección superior é inteligente para evitar en adelante nuevas catástrofes. Yo me encargué de este trabajo con Albert.

Mi encargo consistía en ir á encontrar á los gefes más influyentes, y en explicarles las intenciones del comité central. En este trabajo tuve la fortuna de poder aprovechar las indicaciones que me había dado en la cárcel el ex-espía de que he hablado, para evitar confiarme á los falsos hermanos. Bien pronto conocí la verdad de lo que me había dicho, y seguí sus consejos.

En una de mis excursiones nocturnas, vi á Delahode paseando en el muelle Voltaire, entre el puente Carroussel y el puente de las Artes. Llovía en abundancia, y esta circunstancia me dió que pensar. Acaso, me dije, ¿percibirá también el bueno de Delahode de la caja de los fondos secretos? Pero

recordando sus canciones, sus magníficas estrofas sobre la Irlanda y la Polonia, y sobre todo, los violentos artículos que escribía en *La Reforma*, lo creí imposible, y dirigiéndome á él le toque en la espalda.

—¡ Buenas tardes, Delahode!

—¡ Hé! exclamó con la mayor sorpresa.

—¿ Qué demonios haces por aquí á esta hora, y con este terrible tiempo?

—Espero á un truan que me debe dinero, y como pasa por aquí todas las tardes, me va á pagar, ó si no..... Y golpeó fuertemente con su bastón el parapeto del muelle.

Al momento conocí que quería deshacerse de mí. Pero como observara que yo insistía en quedarme, dijo de repente: «¡Bah! ¡Bah! ya hace una hora que estoy esperando: ya volveré cuando el tiempo esté mejor.»

Después de saludarme me dejó dirigiéndose hácia el puente del Carroussel. Yo marché hácia el de las Artes.

«¡Ah! ¡Tú quieres engañarme! Pues no se dirá que me he mojado hasta los huesos sin haber descubierto el misterio que me quieres ocultar.»

En vez de tomar el puente de las Artes me coloqué bajo los arcos del palacio del Instituto. Era cerca de media noche, y á la luz de los mecheros de gas le ví volver mirando por todas partes si yo me habia emboscado en alguna puerta cochera. Parece que se tranquilizó, pues volvió á empezar sus paseos de un lado á otro como antes.

Un cuarto de hora después ví el carruaje con los dos faroles verdes de que me habia hablado mi ex-agente. Se detuvo en la esquina de la calle de los Vieux Augustins; un hombre bajó de él. Delahode atravesó el muelle para salirle al encuentro. Hablaron un momento, y ví á Delahode hacer un movimiento como de meterse dinero en el bolsillo.

«¿Cómo decía, pues, que tenía un mal deodor? se conocen! ya sé bastante.» Y partí.

Todo mi esmero se dedicó entonces á alejar á

Delahode de nuestras reuniones, y especialmente á evitar que Albert cayera en algun lazo. Porque era la clave de la bóveda de nuestro edificio. Recurrí á la astucia; pues si hubiera dicho entonces que sabia algo de Delahode, hubiera pasado por un calumniador.

Algunos dias despues no se le admitió un artículo que queria hacer insertar en *la Reforma*. Su vanidad de escritor se resintió. Yo le aconsejé que se vengara fundando otro periódico, y así lo hizo ayudado por Pilhes y Dupoty. Hasta publicaron el prospecto del periódico *el Pueblo*, y en este tiempo estuvimos casi libres de ellos.

Estas ocupaciones no me distraian del proyecto que habia concebido el comité. Descubrí una nueva fraccion que estuvo á punto de comprometer tambien al partido. Un tal Cullot me puso en relacion con ella. Era numerosa y estaba dirigida por hombres de saca y de cuerda. Cullot me dijo que habian resuelto atacar las Tullerías y matar á Luis Felipe. Como necesitaban comprar armas, pensaban robar la tienda de un cambista para procurarse el dinero necesario.

Fundaban bailes, se ejercitaban en fabricar pólvora y bombas incendiarias, de las cuales una sola debia bastar para incendiar un cuartel de guardias municipales.

Disimulé mi asombro al oír estas maravillas, y fui con él á una de sus reuniones, que se celebraba en una taberna de la calle de las Esclusas, en el arrabal de San Martín.

Allí oí discutir los proyectos mas insensatos. El tabernero me enseñó un molde que fundía cincuenta balas á un tiempo; despues trajo hierros de lanzas. En aquel momento llegó Barbast seguido de dos individuos, uno de los cuales era de mis sospechosos. Apenas sentados, el ciudadano Barbast pidió la palabra para leer una comunicacion importante. Ignorante y estúpido hasta el extremo, este hombre tenia pretensiones de elocuente. Su discurso que prometia ser largo fue interrumpido por Velhicus que me preguntó el objeto de mi visita. Yo le dije entonces

que estaba encargado por el comité central de reunir todas las fracciones dispersas del partido republicano. El ciudadano Velhicus uno de los mejores oradores de la reunion, tomó entonces la palabra; pero habiéndola empezado á usar al mismo tiempo Barbast y Vitou, tuve que sufrir tres discursos á la vez, de los cuales no comprendí otra cosa sino que yo era enviado por los *aristos* de la *Reforma* para dividirlos. Yo respondí que de los miembros del comité no conocia mas que á Albert, y que si ellos querian lo presentaria en la primera reunion. Apenas habia concluido de hablar cuando llamaron á la puerta, y vi entrar dos trabajadores cargados de plomo que habian robado para hacer balas. Esta circunstancia me decidió á no permanecer allí por mas tiempo.

El mercader de vinos al conducirme fuera me dijo que él mantenía á todos estos excelentes patriotas, pero que estando arruinado tenia deseos de verles empeñados en la lucha porque estaba si no precisado á mudarse de allí sin ruido y clandestinamente.

Yo me sobrecogí al pensar que acababa de reconocer un espía entre ellos y que en caso de haber sido sorprendidos por la policia yo hubiese sido confundido con los ladrones como le sucedió en otra ocasion á Coffineau.

Albert á quien yo conté todo esto participó de mis temores, y me prometió verles y hacer todo lo posible para obligarles á renunciar á sus detestables proyectos.

Algunos dias despues Cullot y Vitou se presentaron en mi casa y me convidaron á una reunion que debia celebrarse en la Villete, en casa de un mercader de vino: me dijeron que mi presencia era necesaria, que se tenian muy buenos informes de mí, y que si queria ser de los suyos, me ofrecerian una posicion preferible á la que yo tenia con los traficantes de papel de *La Reforma*, los cuales no eran republicanos mas que en el nombre.

Al llegar en casa del vinatero, que se llamaba Gorou, afiliado tambien en las sociedades, nos en-

contramos con una numerosa reunion. El orador Velhicus tomó la palabra para proponer que debía nombrarse una comision compuesta de cinco miembros que se declararia permanente. Estos miembros deberian cobrar cinco francos diarios cada uno, sacados de las suscripciones, y dar de cinco en cinco dias cuenta á los gefes de los grupos de las medidas revolucionarias que hubiesen tomado. Dos agentes revolucionarios sostenidos tambien á expensas de la asociacion, transmitirian y harian ejecutar las órdenes del comité. Cualquiera que hiciera públicos los nombres de sus individuos seria expulsado. Los miembros del comité no deberian nunca ser vistos en estado de embriaguez: su nombramiento seria revocable. Cuando los afiliados llegaran á mil deberia empezarse la insurreccion.

Yo queria retirarme, pero me detuvieron diciéndome que mi presencia no estorbaba para nada y que se contaba con mi discrecion.

Un sombrero negro bastante grasiento fue colocado sobre la mesa y cada uno depositó en él su voto. He aqui el resultado del escrutinio: Feret (alias) *Bigotes*, Poitiev, Vitou (a.) el *Papa*; Cullot y Velhicus (a.) el *Rupalo*. La policia no pudo salir mejor, porque como siempre, pudo contar con agentes suyos en el comité.

Todos los miembros presentes juraron no revelar nunca lo que acababa de pasar allí.

El primer cuidado del comité fue procurarse dinero para comprar armas y municiones. Ledru-Rollin, á quien el comité se dirigió pidiéndole un billete de 4,000 francos destinados á llevar á buen fin la revolucion, se excusó politicamente diciendo que 4,000 francos no eran bastantes para derrocar un Gobierno.

En la primera entrevista que tuve con Albert me preguntó si sabia algo de nuevo relativamente á los hombres de la Vilette, y habiéndole dado una respuesta negativa, me dijo: «Tú mientes, has sido nombrado de su comité, y marchas con ellos:» Mis explicaciones, sin embargo, le hicieron reconocer su

error. En este momento entró Vellicus en el café y se aproximó á nosotros con aire grave y severo, y dirigiéndose á mí: « Os guardais de nosotros » me dijo. — Es verdad, le respondió Albert soltando una carcajada verdaderamente homérica que yo no pude menos de imitar viendo la facha de Vellicus.

Cosa extraordinaria; estaba recién afeitado y llevaba unos anteojos azules. Su sombrero blanco de una altura prodigiosa, su corbata y chaleco blancos, contrastaban de una manera singular con el resto de su vestido. Sus zapatos de una largura desmesurada, parecían mas bien un par de chinelas: su pantalón negro, ó mas bien un envoltorio de este color, cubria sus huesos que apuntaban por todas partes: su casaca negra de cola de bacalao que le habia prestado un carpintero, de estatura colosal, le caía hasta los talones, y para darse aire de un consumado Dandy, llevaba en el brazo un eterno paletó de verano que le habia dado entre los suyos el apodo de *Rapado*. Por último, fumaba un cigarro de cinco céntimos, y llevaba en la mano un junco de dos cuartos.

Todos los que se hallaban presentes se acercaron á nosotros y toda la sala prorrumpió, al contemplarle, en risas estrepitosas. Vellicus, aunque muy susceptible, supo sin embargo contenerse: era un jóven de algun talento, pero de una vanidad excesiva y lleno de confianza en su propio mérito. Nos rogó que saliéramos porque tenia que hablarnos seriamente.

Cuando estuvimos fuera, me dijo: sé que no habeis guardado el secreto de lo que pasó en nuestra última reunion, y que habeis contado todo lo que en ella ocurrió á cuantos han querido excucarlo.— Os engañais, le contesté, refiriéndole las reconvencciones que me habia hecho Albert por mi discrecion. Entonces procuró excusarse, y me dijo con tono sentencioso: « Daré cuenta á mis colegas de mi error acerca de vuestra conducta, ciudadano.»

Desde el momento en que me ví tratar de ciu-

dadano conocí que había reconquistado su estimación. El título de *señor* entre los republicanos es sinónimo de malvado.

Nosotros comprendimos cuál era el objeto de su compostura en el vestido, cuando nos hizo saber que estaba encargado para con Albert de una *misión diplomática*. El y sus colegas del comité de la Villete habían resuelto por interés de la causa, y poniendo á un lado resentimientos particulares, procurar la union de los dos comités: pidió en consecuencia de esto á Albert que obtuviera para él una audiencia del comité de *La Reforma*. Albert le respondió que el comité no tenía mas que sesiones absolutamente secretas y que él no podía comunicar con sus miembros sino por medio de uno delegado al efecto: que por lo demas se había propuesto ponerse en relacion directa con él y sus colegas:

Vellicus, aunque con disgusto, aceptó la proposición de Albert y nos citó para el día siguiente en casa de Gorau.

No bien nos hubo dejado me dijo Albert: ¿comprendes tú á estos imbéciles? ¡ir á formar un comité! Ellos quieren echarlo á perder todo: la policía va á echarles mano, porque determinados á acabar como lo que son, van á empeñarse en cualquier empresa temeraria; y el solo medio de contenerlos es ir á verlos y emplear la astucia para obligarles á disolverse. En *La Reforma* se nos agradecerá cuanto hagamos en este asunto.

Fuimos al día siguiente en casa de Gorau. La Asamblea estaba completa: se había convocado á todos sus individuos para esta sesion de aparato.

Habian hecho ir, para que Albert encontrara un digno adversario, al ciudadano Lacambre, doctor en medicina, ex-profesor de retórica &c.; pero por desgracia yo había tenido desde por la mañana noticia de esta disposición, y Albert, advertido por mí, declaró no bien hubo entrado que se retiraría si permanecía allí Lacambre, porque sus excentricidades y sus inconsecuencias pasadas debian excluirle de toda reunion política. «Pues que mi pre-

sencia parece comprometer á Mr. Albert, dijo Lambre inclinándose con afectacion, yo me retiro; pero quedo siempre á la disposicion de los ciudadanos que me han honrado con su confianza.» Y salió acompañado de algunos amigos que no quisieron abandonarle. Con este motivo se oyeron lamentaciones dignas de Jeremías. — « Ah qué desgracia! Si se habrá resentido! Abandonarnos así!!!»

Estas pobres gentes acostumbradas á oírle discurrir por espacio de muchas horas sobre la familia, el libre albedrío, el Evangelio, la república de Esparta y las leyes de Licurgo, sobre la muger, el trabajo en comun, la igualdad de las fortunas, la supresion de la moneda y sobre otras muchas cosas mas, se creian sumidos para siempre en la ignorancia perdiendo este precioso orador. Y ¡despues contaban ellos con su retórica para deslumbrar á Albert!

La sesion habia empezado cuando se notó que el presidente de edad, el Papa Vitou, estaba ausente: empezaron pues á buscarlo, y despues de mucho tiempo se le encontró en una taberna bebiendo vino y devorando tortas de manteca á que era muy aficionado. Se le condujo con mil atenciones al asiento de honor, y en cuanto lo hubo ocupado quiso usar de la palabra y aun pronunció todavia algunas; pero la embriaguez que perturbaba su cabeza no le permitió concluir la primera frase, y cada uno de los presentes pudo conocer que el desgraciado habia olvidado uno de los principales artículos del reglamento.

Vellicus tomó la palabra, y Vitou, lleno de confianza en la elocuencia de su amigo, dejó caer la cabeza sobre la mesa y se durmió profundamente.

Despues de algunas discusiones, Albert leyó una orden del dia bastante belicosa escrita por Delahode, y cuya lectura no fue interrumpida mas que por los ronquidos del presidente de edad.

Al salir de esta reunion, Vellicus nos condujo por unos sitios en que se reunian miembros de esta misma fraccion, y cuando nos dejó, me dijo Al-

bert: « Son muchos, y he notado que hay entre ellos hombres de acción: tratémosles con consideración que nos pueden ser útiles algo día, aunque tengamos que hacer algunas concesiones á sus ideas mas razonables. » Despues me prometió ponerme á bien con los hombres de la *Reforma*, y en cumplimiento de esta promesa llegó con efecto hasta amenazarles con su separación si no tomaban una marcha mas revolucionaria: así se lo prometieron.

Todo iba ya bien, cuando Cullot tuvo la idea fatal de caer en una trampa grosera. Una de las *lumberas* del comité propuso fabricar nuevas bombas incendiarias, asegurando que un ciento de ellas bastaria para exterminar toda la guarnición de París. Púsose al momento el pensamiento por obra, y aunque no tuvo un éxito completo, creció el deseo de superar todos los obstáculos hasta el punto de gastar todo el dinero disponible en experimentos infructuosos.

Mientras tanto los hombres murmuraban: ellos preguntaban á grandes gritos por las bombas de que se les habia hablado, y decian: « Se han comido nuestro dinero; es preciso nombrar otro comité. »

Esta amenaza produjo su efecto. Se trató de poner manos á la obra, pero hacia falta dinero. Cullot reunió unos 50 francos, con los cuales se fabricaron algunas bombas que hicieron callar á los descontentos.

A mí me ocurrió entonces que se debía pasar una carta al señor Valier, aquel oficial de Mery-sur-Oise de que he hablado á propósito de Caussidière.

Este hombre hacia parte de todos los comités; bonapartistas, legitimistas, republicanos; los conspiradores le recompensaban en especies sonantes. Solamente su familia no estaba contenta con los honores de que se le colmaba.

Esta vez convine con Albert en prevenirle, é hice el viaje á Mery con Vitou, padre, que se quedó en una taberna del lugar. Valier me recibió bien pero me contó las quejas que tenia de los patrio-

tas. Yo le dije á Vitou que el bonapartista no quería desatar los cordones de su bolsa, á lo cual él me dijo: este es uno á quien se colgará por su repulsa.

El comité quedó aterrado con esta noticia, pero todavía vino Cullot á su socorro. Sacó 15 francos de un médico de la Villete y al dia siguiente habia reunido hasta 50: con ellos hizo bombas que de esta vez ofrecieron un éxito maravilloso: el choque solo bastaba para inflamarias. El comité habia triunfado. Barbast, que habia contribuido á la confeccion de las bombas con una fuerte suma, pidió dos para poner fuego al mercado del Templo, que arruinaba su comercio de sastrería; pero le fueron negadas porque yo hice notar que mas de quince mil personas del pueblo vivian de este mercado, y que seria hacer odioso el partido si semejante hecho llegaba á descubrirse.

Un dia fui en casa de Cullot en un momento en que hacia bombas, y habiendo visto al entrar que el fósforo que él metia por una pequeña abertura estaba inflamado, exclamé: la bomba va á estallar, ¿Tienes miedo? me dijo. Sin contestarle me puse detrás de él; Vitou, hijo, permanecia separado: un hijo pequeño de Cullot estaba bajado cerca de su padre, cuando de repente noté que se habia quedado un grano de pólvora en la abertura inflamada. Coger al niño, arrojarlo sobre una cama en la habitación próxima, cerrar la puerta tras de mí todo fue obra de un instante. La bomba estalló con un ruido espantoso y rompió las vidrieras de la casa. La muger de Cullot dió un grito horroroso.

Yo me apresuré á abrir la puerta porque el cuarto estaba lleno de humo y de fósforo, y yo me ahogaba. Busco á Cullot á tientas y lo encuentro en la cocina donde su muger le echaba agua. Veo que arde su blusa y se la arranco, ayudándole despues á ponerse otra. Despues de esto tomamos con ligereza las bombas y fuimos á ocultarlas en un terreno vecino, porque el portero y los inquilinos de la casa corrían irritados y amenazaban llamar al comisario. La bomba habia saltado y habia ido á estallar por en-

eima de la cabeza de Cullot : Vitou, hijo, había huido precipitadamente.

Algunos días despues ibamos con Cullot á hacer experimentos, cuando dos agentes de policia se arrojaron sobre él: Vitou, padre, y otros fueron arrestados; yo me libré con otros compañeros rechazando á los agentes que iban á poner la mano sobre nosotros. Yo habia notado que *Bigotes* habia rehusado contra su costumbre ir á beber un vaso de vino con nosotros, y que en el momento en que los agentes pretendian rodearnos, él estaba colocado á su ventana. *Ha sido bien inspirado*, dije entonces para mis adentros.

Ninguna prueba existia contra mí, y la muger de Cullot me dijo que nada tenia que temer de su marido ni de Vitou, padre; por el contrario me comprometieron á que cuidase de la organizacion de los hombres de la Villete, y así lo hice: únicamente tuve la precaucion de mudar de domicilio.

Como lo habia previsto Albert, el accidente ocurrido á Cullot no era del todo funesto, porque desembarazado de este comité turbulento y con la ayuda de un buen amigo, pude organizar y disciplinar bien pronto á todos los hombres. Entonces fue cuando Albert, viendo que esta ocupacion absorvia todo mi tiempo, pidió al comité á mi instancia que me acordara un subsidio para indemnizarme de la pérdida de mi trabajo. Flocon le remitió dinero para mí y para mi amigo; yo recibí algunos cientos de francos.

Cuande yo hube puesto á Albert en relacion con todos los gefes del grupo me dijo: «Ahora estoy contento; posco la clave y podemos hacer la paz ó la guerra. Voy á pedir algunos billetes de á 4,000 reales á mi casa para hacerme con pólvora, y si la *Reforma* no marcha bien, tu verás lo que hago.»

Algunos días despues fué arrestado por denuncia de Vitou, hijo: yo corri entonces á prevenir á Flocon. «Tengo algunas cosas que advertiros: nosotros tenemos un espia que no es extraño sin duda á la prision de Albert, y esta noche vamos á pedirle una explicacion. Leed esta carta dirigida al señor

Turmel, mercader de vino, calle de Poitou.» La carta decia así: «Si continuais metiéndooos en todo como hasta aquí os perdeis y no me servireis de ninguna utilidad. Existen ya algunas sospechas de vos: id todavía á la *Reforma*, porque me cuesta trabajo creer lo que me habeis dicho.» Esta carta habia sido echada en el correo de la Prefectura.

Turmel, á quien se habia mandado llamar, llegó. Pretendió justificarse, pero para algunos de nosotros fue siempre considerado como un espía.

Albert fue puesto en libertad á los pocos dias de su prision, y me dijo que habiendo oido pronunciar mi nombre al juez de instruccion, se habria expedido probablemente contra mí un auto de arresto, porque Vitou, hijo, tambien á mí me habia denunciado.

El famoso Caussidière estaba mezclado, no se sabe cómo, en este negocio, sin duda por *cuidarse* en la prision. El supo excitar de tal manera á los que estaban prevenidos contra mí, que todos, á ejemplo de Vitou, me señalaron como el promovedor principal de este complot.

Agoviado bajo todas estas denuncias, fui condenado por contuniaz á cuatro años de prision y otros tantos de vigilancia.

Tal es la verdadera historia del negocio titulado de las *bombas incendiarias* que Caussidière, delante de la asamblea nacional, siendo miembro de la comision de informacion, confundió á propósito con los petardos que un loco sembraba por la noche en las calles de París. El tuvo el atrevimiento de acusarme de haber repartido estos petardos para alarmar á la poblacion; hoy sin embargo no tengo necesidad de defenderme, porque el pobre loco acaba de ser cogido *in fraganti*.

Pero hubo en todo esto una cosa mas funesta para mí que mi condenacion: como yo no habia sido arrestado, mis cómplices me acusaron de traicion; ellos, que me denunciaban!

Esta inculpacion me fue muy sensible; y completamente desanimado dije á Albert que estaba re-

suelto á retirarme hasta el día del combate , que no debía hacerse esperar mucho tiempo , y que entonces yo haría ver á mis calumniadores quién sabia defender mejor la causa sagrada de la república. Dejé á Albert como se deja á un amigo y parti con el corazon desgarrado por la tristeza para Holanda, donde tenia algunos parientes.

CAPITULO IX.

La revolucion de Febrero. — Cómo se forma un Gobierno provisional.

Algunos meses despues supe por los periódicos de Francia que leia asiduamente en mi destierro , la manifestacion que debía tener lugar con ocasion del banquete del duodécimo distrito , y comprendi que el momento habia llegado , y que grandes acontecimientos se preparaban. Salí , pues , para París , adonde llegué el 21 de Febrero por la noche. Al dia siguiente desde por la mañana corri muchos talleres, reuní muchos hombres determinados , y nos dirigimos á los Campos Eliseos : allí encontré un tropel inmenso que gritaba : ¡viva *La Reforma!*

Excitados á la vista de todo este pueblo lleno de entusiasmo , por las numerosas cargas de caballería , nos resolvimos á resistir. Nosotros contribuimos á que lloviesen piedras y sillas sobre los sargentos de villa y municipales , y cuando conocimos que no nos era favorable el terreno de los Campos Eliseos , lo abandonamos para traer el movimienio al interior de París.

En el camino al pasar por la calle nueva Des-Petits Champs cerca de la Biblioteca , encontré á Albert , Caussidière , Pilhes , Dalahode y algunos otros: ¿Dónde vas , me dijeron , al reconocerme? Voy á seguir en París la obra empezada en los Campos Eliseos. ¿Y no temes ser arrastrado? me dijo Delahode: ¿De dónde vienes? Busqué mi destierro voluntario , le dije , por las sospechas que se hicieron recaer so-

bre mí: habia prometido á Albert venir para el dia del combate, y puesto que ha sonado la hora, aquí estoy á disposicion del partido.

Albert, Pilhes y Caussidière me apretaron la mano, y me aseguraron que ellos no habian sospechado nunca de mí. Nos separamos por prudencia; pero al hacerlo me dió Albert una cita para aquella misma noche en la plaza de Palais-Royal. Vi en el sitio señalado á Albert, de quien supe que el comité no habia previsto nada, y que faltaban armas.—¿Dónde estan, pues, sus promesas? exclamé. Ellos mentian, segun eso, cuando nos prometian armas y municiones para el dia del combate. ¿Qué se han hecho las sumas recaudadas? No importa, yo tengo cartuchos en lugar seguro, y mañana los repartiré entre los amigos que tú has visto. ¿Dónde es el lugar de la cita en caso de un buen éxito? En *La Reforma*, me dijo: de allí es de donde hemos de salir para el Hotel de Ville donde nombraremos un gobierno provisional.—Por esto se ve que nosotros vendiamos la piel del oso antes de haberlo matado.

Supe despues en el café que Causidière estaba resuelto tambien á trabajar por la causa y que se podia contar con él por dos razones: una porque tenia necesidad de hacerse matar por el mal estado de sus negocios; otra porque habia dicho muy seriamente, y en ayunas, que no se podia tardar mucho tiempo. Solo Delahodé se oponia á tomar las armas.

Al dia siguiente se empeñó la lucha, y yo fui herido en el costado izquierdo defendiendo la barricada de la calle Vieille du Temple. No entraré aquí en los detalles de los diferentes combates que tuvieron lugar durante dos dias; su recuerdo está presente en la memoria de todos. Séame permitido sin embargo afirmar que á pesar de las observaciones que se han hecho en contrario, el pueblo se batió en Febrero: cualquiera que viese entonces el aspecto de Paris, sabe que 100,000 soldados determinados á morir no pudieron salvar la monarquia.

Cuando nos apoderamos del Hotel de Ville, donde

habíamos tomado dos cañones, yo vi asegurada la victoria y corrí á la *Reforma* para anunciar al comité este feliz acontecimiento; pero no encontré allí sino á muy pocos. ¿Dónde está Flocon, pregunté entonces? — En el café; se me respondió: y al bajar lo encontré de uniforme de guardia nacional hablando con Baunc: los dos fumaban tranquilamente con el fusil echado sobre el brazo. — El hotel-de-Ville es nuestro, les dije; tenemos dos cañones; las tropas se batien en retirada por todos lados; los cuarteles estan ardiendo ú ocupados por el pueblo; la guardia nacional está con nosotros: todo Paris está erizado de barricadas.

¿Habeis visto á Caussidière? me preguntó Flocon. — No, le dije, no he visto mas que á Albert; pero estoy cierto de que se están batiendo como leones.

— Hé aquí lo que cambia terriblemente los negocios, añadió Flocon: es preciso nombrar un gobierno provisional. Despues, volviéndose á los que me seguian, les dijo: «Estais sofocados, amigos, debéis tener sed, entrad en un café.» Y me dió dinero para que pagara la bebida.

— Daos prisa, me dijo á mí; os volvereis á la *Reforma*, pues tengo órdenes que comunicaros.

Un instante despues fui á encontrarle, y hallé con él á Cahaigne, el hermano de Bocquet, Baunc, y algunos otros: en aquel momento nos anunciaron que un combate terrible tenia lugar en la plaza del Palais Royal, y que la tropa atrincherada en el puesto de guardia de Chateau-d' Eau, oponia una resistencia desesperada.

«Que se los metrallee, dijo alguno,» y se me dió orden de conducir allí los dos cañones del Hotel-de-Ville. Esta orden, redactada por Bocquet, estaba concebida así: « Ciudadanos, nuestros hermanos »son alevosamente muertos en la plaza del Palais-Royal. Autorizamos al ciudadano Chenu, portador »de la presente orden, para que haga conducir á »dicho paraje los dos cañones que estan en vuestro poder, á fin de acabar en breve con los últimos

»defensores del tirano Luis Felipe.» Firmado. — Bocquet. Debajo, el sello de *la Reforma*.

Díjose á Cahaigne que me acompañase á llevar esta orden, y se nos dieron además algunas proclamas para distribuir las al pueblo.

Llegados al Hotel-de-Ville, encontramos una multitud compacta, ebria de vino y de alegría. Hombres y mugeres se hallaban montados en los dos cañones y hasta en los caballos, y se hacían arrastrar al rededor de la plaza.

Nos pusimos á hacerles entender la razon, pero por mas que yo les mostré la orden de que era portador y les expliqué que algunos cañonazos ahorrarian la sangre de sus hermanos, no pude obligarlos á que se bajasen y nos siguiesen.

« Ven, dije entonces á Cahaigne; esta escena me repugna: ya no hay aquí uno solo de los combatientes de esta mañana; no hay mas que una turba insensata, que una compañía podria barrer en un instante. Volvámonos á *la Reforma*.»

En el camino me hallé separado de Cahaigne. En la calle Rambuteau encontré patriotas conocidos míos que guardaban sus barricadas; y habiéndonos dicho que Pornin y una multitud de nuestros amigos, arrestados el dia anterior, estaban en la Prefectura, resolvimos libertarles, para lo cual partimos con fuerzas imponentes.

« Todos los municipales y alguaciles están reunidos allí; *razzia* completa.» Tal fue el grito general.

Zapadores improvisados marchaban á la cabeza y los tambores de la Guardia nacional daban la señal de ataque. Llegados al Quai-aux-Fleurs, la columna se dividió en dos fuertes destacamentos: uno tomó por el muelle para atacar la puerta de la Cour-du-Harlay y nosotros seguimos por la calle de Jerusalem.

La puerta estaba cerrada, y ya íbamos á derribarla, cuando se abrió repentinamente. Nos precipitamos hácia ella y encontramos á los municipales armados y prontos á hacer fuego. La sangre iba á correr, cuando uno de nosotros se lanzó sable en

mano, y levantando con el ademán los fusiles que ya se preparaban, gritó:

«¡Abajo las armas! Si haceis un movimiento, el pueblo os va á acuchillar. En este momento se oyeron algunos tiros de fusil hácia el muelle, de cuyas resultas se armó un desórden indescribible. Cerca de 250 ginetes que se encontraban en el pequeño patio del depósito lo embarazaban completamente. El oleaje que invadía la prefectura engrosaba á cada momento. Los municipales no intentaron entonces hacer ninguna resistencia; pero algunos rompian sus fusiles antes que entregarlos. Los ginetes, sobre todo, querian irse con los caballos diciendo que eran suyos; el pueblo, por su parte, les contestaba: «Solo os llevareis vuestro pellejo y podeis dar gracias á Dios de no dejarlo en la punta de nuestras bayonetas.»

Las armas fueron depositadas en un rincon del patio, y para que los municipales desarmados escapasen de la cólera de la multitud, se les dieron blusas y gorras. Entonces pusimos en libertad á nuestros amigos que habian sido arrestados en los dias anteriores, los cuales desfilaron por delante de nosotros con Pornin á la cabeza gritando: *vivan nuestros libertadores!* Yo me dirigi á la plaza del Palais-Royal donde aun se escuchaban descargas de fusilería.

Cuando llegué á la calle del Museo ví torbellinos de humo producido por el incendio de los coches del Rey que ardian delante del puesto de Chateaud'Eau, de que el pueblo se apoderaba en aquel momento. Tal fue el último y el mas terrible de los combates de este dia. Allí ví á Pilbes, á Esteban Arago, de uniforme, á Caussidière, Albert y Delahode. Lesseré acababa de ser herido en el muslo y habia caído gritando: *Viva la República!* Estos fueron los únicos gefes á quienes ví combatir; los otros, tales como Bame y Flocon habian juzgado prudente no dejar la calle de Juan Jacobo Rousseau. Los moradores de esta calle que tienen memoria deberán reir mucho cuando oigan á estos dos

valientes vanagloriarse de haber combatido por la República; y el folletinista que escribía en el *Correo francés*: « En la barricada de la calle de Valois es donde mas se ha distinguido el ciudadano Fernando Flacon, » hubiera hecho mejor en decir: « En la calle de Juan Jacobo Rousseau es donde el ciudadano Fernando Flocon ha fumado mas bravamente su pipa, mientras se hacia matar el pueblo en la barricada de Valois. » Pero asi es como se escribe la historia!

Tomado ya el puesto del Chateau-d'Eau fuimos á las Tullerías y asistimos al sacó de las habitaciones del Rey y de la sala del Trono. Yo me volví á *La Reforma* y en el camino iba pensando en el corto número de republicanos que habia visto combatiendo. Pero el pueblo se olvidó de esto como ya hemos visto; y como si no se mostraron en el combate, tuvieron aquellos buen cuidado de darse á luz despues de conseguida la victoria; supieron sacar para sí todo el provecho de una revolucion que no habian hecho y que ni siquiera habian previsto.

Iba seguido aun de un centenar de combatientes, algunos de los cuales subieron conmigo á las oficinas, mientras los otros formaban un puesto en el patio, entre la primera sala de la izquierda. Unas cuarenta personas, á lo sumo, se hallaban allí reunidas, y entre ellas se encontraban:

Flocon.	Delpéch, fundidor en
Beaune.	cobre.
Caussidière.	Gaulier, pocero.
Sobrier.	Gervais, albañil.
Luis Blanc.	Tissot, carpintero.
Thoré.	Dupuis, zurrador.
Garnaux.	Gras.
Fayolle.	Cahaigne.
Tisserandot.	E. Aragó.
Albert.	C. Frottier, sastre.
Delahode.	Vallier.
Boivin.	E. Augier.
Chenu.	Petit.

José Ledoux.
Boileau.
Zammaretti.

Bocquet.
Pont.
& &

Muchos de entre ellos, que no me habían visto aun, vinieron á estrecharme la mano, y al ver inundada de sangre la piel de mi canana, me preguntaron si estaba herido.

«Esta sangre les respondí, no es mía, sino de un guardia municipal.»

Entonces Beaune, que parecia presidir, nos dijo «He aquí la lista de los delegados para el Gobierno provisional que *el Nacional* nos comunica. Nos dejan la mitad de las plazas.»

En seguida fueron propuestos y aceptados los nombres de los ciudadanos Flocon, Aragón, Ledru-Rollin y Luis Blanc. Despues Beaune propuso al ciudadano Albert para representar á los trabajadores en el Gobierno. Albert fue aceptado con entusiasmo.

Ahora necesitamos, añadió Beaune, un delegado en la Administración de Correos y otro en la Prefectura de policía. Aquí, sobre todo, necesitamos un hombre seguro para conocer los que nos han hecho traicion desde hace 18 años. Yo ví á Delahode echar una mirada de desconfianza. Nombróse á Esteban Aragón para la Direccion de Correos y partió en seguida á posesionarse de su administracion.

«¿Y á quién confiaremos la policía?» dijo Beaune.

Yo pronuncié el nombre de Caussidière y todas las voces clamaron porque aceptase estas funciones, para lo cual se mostraba algo indeciso. «Vamos, acepta: nosotros te serviremos de escolta» le dijimos, y se resignó. Sobrier pidió secundarle y ambos fueron nombrados delegados en el departamento de policía.

A partir íbamos, cuando Esteban Aragón volvió diciendo: «Los guardias nacionales me han j.... á la puerta, dice, y no quieren reconocerme por director.» Yo tomé unos 50 hombres y fui á instalarlo en sus oficinas.

Cuando volvimos de esta expedicion, Caussidière habia ya partido, acompañado únicamente de algunos camaradas.

SEGUNDA PARTE.

LA PREFECTURA DE POLICIA REGIDA POR CAUSSIDIÈRE:



CAPITULO X.

La noche del 24 de Febrero en la prefectura de policia.

Fuíme apresuradamente á la prefectura y la encontré custodiada por guardias nacionales. El ayudante mayor Caron se adelantó hácia mí y me dijo:

«Podeis retiraros, amigo mio; aquí no se os necesita. La guardia nacional es bastante numerosa para hacer el servicio.» Miré con mas atencion á aquel pretendido guardia nacional, y conocí que eran todos espías y alguaciles disfrazados! Caussidière no está seguro con esta gente, dije, y rechazando á Caron entré en la prefectura á pesar suyo.

Una vez dentro, coloqué á mis hombres en el patio y subí á ver á Caussidière, al cual encontré en el gabinete del secretario general, sentado en un sillón y hablando con Sobrier y con muchos empleados de la prefectura.

«Necesito hablarte á solas, le dije, y pasamos á un gabinete, donde le di cuenta de mis sospechas sobre los granaderos á quienes estaba fiada la guardia de la prefectura. «Tengo poca gente, añadí, y en el caso de un ataque imprevisto no sería bastante fuerte para rechazarlos.»

—Ve á convocar inmediatamente, me dijo, á los gefes de grupos y á los de barricadas, con los que podemos contar. No hay tiempo que perder. Voy á darte la órden por escrito: este será mi primer acto de poder.

Entonces volvimos á la habitacion de donde nos.

habíamos retirado. Caussidière tomó una pluma y escribió: «El capitán Chenu está autorizado para formar una guardia para el servicio de la prefectura de policía, y para alistar á los ciudadanos que quieran formar parte de ella.» Firmado: CAUSSIDIÈRE, y debajo el sello de la prefectura.

Escribí también á todos aquellos que él me había designado, y después de haber hecho llevar las cartas y de haberme asegurado de que se hacía regularmente el servicio, volví al lado de Caussidière.

Cahaigne llegó furioso en este momento del Hotel-de-Ville, á donde había ido á ofrecer sus servicios á su amigo Flocon, quien lo había acogido muy mal y había concluido por despedirlo brutalmente.

«Miserable! Cobarde!, gritaba Cahaigne; él á quien he visto yo huir en Julio!»

Su vuelta á la prefectura tenía por objeto encontrar cerca de su amigo Caussidière una acogida mas cordial, y sobre todo, un empleo.

Caussidière despidió á los empleados recomendándoles que anduviesen derechos, si querían evitar el disgusto de ser fusilados.

«Ahora que estamos solos (no éramos mas que cinco) ocupémonos de nosotros y visitemos todo esto.» Abrió los cajones de su escritorio, y encontrándolos vacíos, exclamó: «cero en la caja; no hay ni una blanca siquiera!» En seguida hojeó los libros que le había dejado el secretario general, diciendo: «esto pertenece á la administracion; pero lo que yo necesito es el libro de los espías. Ah! He lo aquí!» En efecto, había encontrado un libro escrito en cifras desconocidas, un verdadero embolismo; y aunque al principio creyó comprender en él alguna cosa, después de media hora perdida en combinar cifras y componer nombres, concluyó por perder la paciencia y enviar el libro á pasear.

Tocó la campanilla y se presentó el criado del secretario general, que había pasado á su servicio rápidamente.

—¿Dónde estan los legajos políticos?

—En los archivos y en la papelería que está sobre este escritorio.

El prefecto se lanzó á dichos legajos con cierta especie de rabia exclamando: «al fin voy á conocer los impenetrables misterios de esta terrible morada!» Y su mano temblaba de impaciencia al registrar el primero que habia cogido. En seguida leyó en voz alta lo siguiente:

«Señor conde: Si de aquí á dos dias no me habeis dado la suma de 500 francos que os he pedido, escribo á la señora condesa vuestra esposa vuestras intrigas con la señora de L.... y doy parte al Sr. de L.... de la conducta de su mujer.» Sin firma.

— Este legajo no es político: es un negocio de sople y nada mas.

Caussidière tomó otro legajo y leyó: «Caballero, la señorita M.... artista del Gimnasio, que vive calle del Nieldes, está amancebada con un ex-director de la academia Real de música, que la visita asiduamente. Un jóven alto, bastante bello, espía el momento de su salida para ir á reemplazarlo. La señorita M.... tiene un gran tren y sus parientes estan próximos á la miseria.» Firmado: Jules.

Despues Caussidière pasó revista á los legajos de estas damas y nos hizo contraer conocimiento con los bastidores de la ópera. Todas estas cartas estaban firmadas por el bribon de Jules, quien tenia un placer en contar al prefecto de policía todas las mañanas la vida íntima de tan amables pecadoras.

«¿Qué me importa, clamó Caus-idière, conocer los amantes y los queridos de estas mujeres? De qué puede servir á un prefecto de policía el saber todo esto? Voy á hacer desde luego que cese en sus funciones el Sr. Jules.

«Esta es una burla de ese farsante de secretario general. En vez de iniciarme en los misterios de la política me da á conocer los de los teatros. Le he escrito que venga mañana, si viene yo le sentaré el palo en las costillas.

— «Ten, dijo Israel Javelot, lee, pues.» Acababa

de encontrar una carta, olvidada sin duda en el apresuramiento de la huida. En ella se decía al prefecto que la vispera había sido cogida una caja de armas depositada en los almacenes de la Villa, y se citaban los nombres de los que habían tomado parte en semejante presa. Esta carta estaba firmada también por el Sr. Jules, el cual había tenido esta vez la imprudencia de añadir su verdadero nombre dando las señas de su nueva casa por haber cambiado de domicilio.

Caussidière tomó la carta y la metió en el bolsillo de su redingote.

«En fin, dijo, ya tengo uno! Recordadme que lo mande arrestar.

En este momento pidió el ayudante Caron hablar al prefecto de policía.

—¿Qué me queréis? le dijo Caussidière.

—Sr. prefecto, dijo Caron.

—Decid, ciudadano, interrumpía Caussidière.

—Ciudadano prefecto, vengo de la villa donde he tomado la orden, y al pasar he visto llevar cadáveres á la Morgue: ¿dónde será necesario exponerlos?

Caussidière le encargó que fuese á contarlos y que los hiciese trasportar á una de las salas bajas del Hotel-de-Ville.

«Señores, dijo Caussidière, os invito á cenar.» Y llamó á un criado. «Juau, servidnos la cena.» Juan salió.

«Parece bien este Juanillo, no es verdad? Esos «pícaros de aristócratas cómo se hacían servir á la «palabra!»

Mientras la cena, la conversacion rodó, como era de suponer, sobre los acontecimientos del día. Yo supe al fin por qué Caussidière había acogido tan mal la plaza que se le había ofrecido.

«Había jurado á mi padre, ros dijo, subir las gradas del Hotel-de-Ville (lo que equivalía á decir en el lenguaje del conspirador, formar parte del Gobierno provisional.) No soy mas que prefecto; pero paciencia! Hay muy malos elementos entre los escogidos del *Nacional*. A la primera sospecha de reac-

cion los aniquilo sin piedad. Tengo ya un pié en el estribo, y yo me montaré sobre el lomo.

Despues de la cena el prefecto sintió que estaba hinchado su pié á consecuencia de habérselo torcido al salvar las barricadas. Su criado le puso un cabezal con agua sedativa.

«Tambien padezco mucho,» dije á mi vez; y Juan se apresuró á curarme el pié; pero como tenia una desolladura muy profunda debajo del tobillo, el agua sedativa me causó un dolor terrible. Juan llevó la complacencia hasta prestarme unas pantuflas; y no bien nos quedamos solos;

—Sr. Chenu, me dijo, quereis hacerme un gran favor?

—¿Quién diablos os ha dicho mi nombre, Sr. Juan?

—Os he oido nombrar por el Sr. Caussidière que hablaba de vos. Vos que estais tan bien con él, decidle una palabra en favor mio, os lo ruego, para que me conserve mi plaza.

—Creo que os hace justicia. Os habeis mostrado muy inteligente esta noche, y puedo aseguraros que está contento de vos. Y como yo me iba sin tomar el vaso que me habia llenado despues del café;

—Os olvidais de tomar vuestro vaso, me dijo.

—Lo sé bien.

—Es que mirad, señor, este aguardiente es muy superior á todo lo que habeis podido beber.

—¿Lo creeis así? le dije; y al mismo tiempo bebí un trago. Es muy bueno en efecto. Escuchad, me pedis que hable en vuestro favor al ciudadano prefecto? Pues bien, voy á daros un consejo que valdrá mucho mas para vos que las mejores recomendaciones. Tened siempre á su disposicion de este excelente licor, cuidad de que jamas le falte, y vereis como no puede pasarse sin vos.

—¿De veras, Sr. Chenu?

—Os lo aseguro; le conozco algo y por lo tanto insisto.

—Entonces os aseguro que tendrá siempre bajo la mano un medio chico, ya que segun decís esto le será agradable.

—Si, amigo mío, esta delicada atención de parte vuestra le será en extremo grata.

—Mi consejo dejó á Juan muy complacido. Cuando volvi á entrar en el salon, Caussidière decia: «aquí es donde me recibia para vigilarme el secretario general de la policía, aquí donde me ha amenazado tan frecuentemente con hacerme salir de Paris. Ahora soy el dueño, y quiero recibirlo mañana á mi vez como verdadero déspota, en mi sillón, con el sable en c....., u..... de D.....!»

En esto anunciaron á un oficial de bomberos, el cual nos dijo que habia fuego en las Tullerías.

Qué j..... me importa! dijo Caussidière, dejad que se queme. Ya no habrá mas guaridas de tirano en Paris.

El oficial le hizo observar que la galería de madera contigua al Louvre expondría el museo si el fuego se comunicaba á ella. Entonces se decidió á dar órdenes para extinguirlo.

Entretanto el ayudante Caron volvió á entrar, y dijo que habia contado noventa y cuatro cadáveres de paisanos. Caussidière que acababa de recibir un mensaje del Gobierno se puso á escribir.

Durante este tiempo Cahaigne habia pedido la lista de los comisarios de policía. Nos pusimos á separar cuarenta de ellos.

—Los reemplazaremos con patriotas, dijo Sobrier.

—Quería, le dije, que se cambiase el de mi cuartel. El bribon me trataba con una insolencia y una malignidad raras hasta en un comisario de policía. Quisiera ver su facha cuando sepa que soy yo el que le he dado pasaporte.

—Mejor que eso, me dijo Sobrier, será que toméis su plaza.

—Esa idea me conviene, y acepto.

Nombróseme, pues comisario de policía en el cuartel del Temple, y se me dió la órden inmediatamente de expulsar aquel honorable magistrado. Mas ¡oh pequeñez de las grandezas humanas! Apenas tenia mi nombramiento en el bolsillo, cuando

Caussidière presentó á Sobrier lo que acababa de escribir.

Este hizo un gesto de sorpresa.

—¿Cómo, exclamó, das tu dimision.

—Sí, y vosotros dos vais tambien á darla conmigo.

—Muy bien, le dije : é hice mi nombramiento pedazos.

—Si, damos nuestra dimision pero vamos á permanecer aquí, y al primero que venga á tomar mi plaza le f.... á la puerta. Quiero que estos señores (y pronunció esta palabra acentuándola mucho) sepan bien que no se derroca á Caussidière tan fácilmente como se lo eleva. Tú, capitán, en lugar de ir á enterrarte en una oficina de comisario de policia, vas á organizarme militarmente un ejército revolucionario. Esta mañana todos nuestros amigos de las sociedades secretas convocados por ti van á venir aquí. He escrito á Cové que venga con cien hombres de la legion undécima, los cuales son buenos y harán en adelante el servicio al par que nosotros. Los presos políticos se unirán á vosotros y quiero manejarlo tambien que antes de poco todos sean nuestros. Tú, Sobrier, fingirás separarte de mí y vas al instante mismo para entablar polémica contra el *Nacional*, á fundar un diario en cuyo primer artículo despertarás el recuerdo de los clubs del 93, llamarás al pueblo á estas asambleas revolucionarias y resucitaremos las sociedades de los *Derechos del hombre*, y de los *Amigos del pueblo*, de las que todos los patriotas deben formar parte.

Entonces Sobrier y Cabaigne se colocaron sobre un velador y redactaron aquel famoso primer artículo del *Comuna de París*. Cuando concluyeron, Caussidière lo encontró tan perfecto que quiso que se fijara en todas las esquinas de la capital.

Grandmesnil entró en aquel momento y hubo algunos apretones de manos.

« Ahora bien, dijo Caussidière, aquí estamos nosotros. Esto no es mas difícil que aquello. » Y todos se tendieron en los sillones y canapés, entregándose á

la holganza como lo hacen los criados en ausencia de sus señores.

Grandmesnil nos hizo entonces una relacion exacta de la situacion: nos contó lo que habia pasado en la Cámara de Diputados; que toda la poblacion estaba llena de alegría; que se hallaban las casas iluminadas; que las Tullerías y la plaza de Greve hervian en patriotas armados; que las barricadas estaban custodiadas como si se encontrase á nuestras puertas el enemigo, y que Paris semejaba una verdadera fortaleza.

—Garnier-Pages ha sido nombrado *mairé* de Paris.

—Mala eleccion, dijo Caussidière; ya me ha enviado una orden y rehuso obedecerla.

—Si Garnier-Pages es llamado á la *mairie* de Paris, vamos á tener á Pagnerre, Saiuer-Roch y su perro. ¿Y Marrast? Será curioso verlo en el mismo consejo con Flocon ¡Los dos antipodas reunidos! El concierto no será largo. Hénos aquí otra vez en los buenos tiempos de la Gironda y la Montaña.

Grandmesnil aseguró que el Gobierno provisional preparaba un decreto para que todos los franceses de 21 años de edad fuesen electores. En seguida dió su opinion sobre la creacion de los clubs y de los comisarios extraordinarios. «Tenemos el sufragio universal, lo cual es comenzar bien, dijo; con esto tendremos mayoría en la Asamblea nacional. La tienda está iluminada; pero es necesario que todos los patriotas permanezcan sobre las armas y que formen tambien parte de la guardia nacional;» y obligó á Caussidière á redactar una proclama en la que recomendaba á los ciudadanos combatientes que conservasen sus armas é impidiesen la venta de ellas en las plazas públicas como se hizo despues de la revolucion de Julio.

Léoutre, gerente de *La Reforma*, entró á su vez: salía de Santa Pelagia. La revolucion le ahorraba un año de prision al cual habia sido condenado por delito relativo á la prensa, y venia á decir que los defensores de las barricadas del Fauboug Saint-

Dénis detenían la salida de los correos, bajo el pretexto de que destruía las barricadas. Leoutre fué encargado de hacerles entender la razón. Así la noche se pasó en dar órdenes.

CAPITULO XI.

Primer encuentro de los montañeses con los alguaciles.—Los Comisarios de policia Por-nin y Caussidière.

Quando vino el dia ví sucesivamente arribar á los gefes de grupos con sus hombres, pero sin armas la mayor parte, prueba evidente de que los viejos de la vispera no habian todos combatido.

Yo dí parte de esta circunstancia á Caussidière. —Quiero facilitarles armas, me dijo este; búscales un lugar conveniente donde puedan acuartelarse en la Prefectura.

Inmediatamente procuré desempeñar esta órden, y los envié á ocupar el puesto de los antiguos alguaciles donde yo habia sido otras veces tan indignamente tratado.

Un instante despues los ví volver corriendo.

—¿ A dónde vais? les dije.

—El correo está ocupado por una cuadrilla de alguaciles, me dijo Devaisse, que duermen tranquilamente: vamos pues á buscar con qué despertarlos y ponerlos á la puerta. Armáronse todos de cuanto les vino á las manos; de baquetas de fusil, de vainas de sable, de correas dobladas y de mangos de escoba. Despues mis valientes, que todos, mas ó menos, habiau tenido por qué quejarse de la insolencia y brutalidad de los dormilones, cayeron sobre ellos espada en mano, y durante mas de media hora les dieron tan ruda correccion que algunos estuvieron enfermos largo tiempo. A los gritos que daban acudí, y pude conseguir con dificultad que me abriesen la puerta que los montañeses (porque adoptaban

ya este nombre } habían tenido la precaucion de conservar cerrada por dentro.

Era necesario haber visto entonces á los alguaciles precipitarse en el patio á medio vestir! Salvaban la escalera de un solo paso, y les importaba conocer á los individuos de la Prefectura para ocultarse á los ojos de sus terribles enemigos que los perseguian con encarnizamiento.

Una vez dueños de la plaza, de la que con tanta cortesía acababan de relevar la guarnicion, nuestros montañeses se apoderaron orgullosamente de los despojos de los vencidos, y durante largo tiempo se los vió pasear en el patio de la Prefectura con la espada al lado, la capa en los hombros, y en el tricorno el distintivo tan temido otras veces de la mayor parte de entre ellos.

Desde que se instalaron en este puesto les recomendé el orden y la disciplina; les prometí armas, raciones y sueldo conveniente. «Tomareis, les dije, el título de primera compañía de Montañeses. En cuanto á la mia, como está exclusivamente compuesta de combatientes, tomará el de compañía del 24 de Febrero. Voy á ocupar con ella el puesto que se encuentra bajo la primera bóveda, y pienso que los huéspedes que la habitaban han debido desaparecer rápidamente, al ver la manera como habeis tratado á sus camaradas.

Subi en seguida á casa del Prefecto. Los salones estaban llenos de todos los antiguos vagos con los que Caussidière habia tratado toda su vida, deseosos de aprovechar la nueva fortuna de su amigo, y este tuvo la debilidad de colocarlos á casi todos ventajosamente. Allí vi cuanto habia de mas crapuloso en el partido republicano. Allí reconocí espías y ladrones que acaba ya de admitir como oficiales de estado mayor. Delabode se vió tambien elevado al rango de secretario general, y fue el encargado de arreglar que pudiésemos mas fácilmente reconocernos.

Despues del almuerzo al que nos invitó Caussidière, fuí encargado con Elie de desarmar á los

soldados que custodiaban las prisiones, para armar á los montañeses. Beoume recibió la autorizacion de organizar una compañía de jóvenes, que segun decia, habian combatido con él.

Yo iba á salir, cuando Juan pasando cerca de mí me dió cinco ó seis paquetes de cigarros de Manila. Son excelentes, me dijo; son del Sr. Pinel: cuando se os acaben os daré mas.

—Cuidado, le dije riendo; parece que queréis corromperme.

—Oid Sr. Chenu, (añadió con aire misterioso); anoche coloqué en su mesa un grau frasco del aguardiente añejo que ya sabéis, y os aseguro que me habeis dado un famoso consejo; pues habiéndoselo bebido todo, se ha encontrado sorprendido esta mañana al ver que el frasco habia sido reemplazado por otro.

—Tu antiguo señor, me dijo, acostumbraba tener siempre al lado un frasco de este delicioso aguardiente?

—Sí, le respondí, aunque no era verdad semejante cosa.

—Vean ustedes esos calaveras, ¿cómo bebían solos en su rincon al amor del fuego! «Y despachó tres vasos uno despues de otro.» Decididamente, añadió, eres un mozo inteligente y te tomo á mi servicio.»

Juan me dejó despues de haberme colnado de gracias por el consejo que le habia dado.

En seguida fuí con Elie á buscar los fusiles y condujimos á la Prefectura llenos dos pequeños carruages, desde los cuales los distribuimos á los Montañeses.

Al dia siguiente Caussidière nos dió una representacion de las mas divertidas. Habia mandado llamar á la Prefectura muchos comisarios de policia y oficiales de paz, los cuales se habian apresurado á corresponder á su invitacion. Anunciáronselos cuando estábamos en la mesa, y

—Que esperen, dijo Caussidière; el Prefecto está trabajando.

Signió trabajando despues como cosa de media hora, y en seguida preparó la escena para la recepcion de los señores Comisarios que durante este tiempo estaban escalonados en la gran escalera.

Caussidière se sentó magestuosamente en su sillou con su gran sable al lado; dos Montañeses despechugados y de fiero semblante guardaban la puerta con el fusil descansando en el suelo y la pipa en la boca. Dos capitanes con espada en mano estaban de pié á los lados del escritorio. En el salon habia agrupado á todos los antiguos gefes de seccion, y los republicanos formaban su estado mayor, armados todos de grandes sables y pistolas de caballeria, de carabinas y escopetas. Todo el mundo fumaba, y la nube que llenaba el salon hacia mas sombrías las figuras y daba á esta escena un aspecto verdaderamente terrible. En medio se habia dispuesto un espacio para los Comisarios. Todos se cubrieron y Caussidière dió la órden de que los introdujesen.

Los pobres Comisarios no pedian nada porque servian de blanco á las injurias y amenazas de los Montañeses, que segun sus palabras querian guisarlos en todo género de salsas. «Hatajo de bribones, ahullaban los mas desvergonzados; ¡ahora os tenemos en nuestro poder! ¡No saldreis de aqui sin haber soltado antes el pellejo!» El Sr. Morand, sobre todo, secretario del Comisario de Belleville, tenia que temerle todo de su furor, y no sé cómo hubiera terminado aquello si la órden de hacerlos entrar se hubiese retardado algunos instantes.

A su entrada en el gabinete del Prefecto creyeron caer de Caribdis en Scila. El primero que alargó el pié para salvar la puerta pareció vacilar un momento. Ignoraba si debia adelantarse ó retroceder: tan siniestras eran las miradas que se fijaban en él. Atravióse al fin, dió un paso y saludó: otro paso y saludó en voz mas baja todavia. Cada cual hizo su entrada saludando profundamente al terrible Prefecto, el cual recibió todas estas señales de respeto frio y silencioso con la mano apoyada en la empuñadura de su sable.

Los Comisarios miraban este singular espectáculo con ojos errantes. Algunos, á quienes extraviaba el terror, y que sin duda querian hacernos la corte, encontraban el cuadro imponente, magestuoso.

—Silencio! dijo un Montañés con voz sepulcral.

Cuando hubieron entrado todos, Caussidière, mudo hasta entonces, rompió el silencio, y con su voz formidable:

—Hace ocho dias, les dijo, no esperábais encontrarme en este lugar rodeado de amigos fieles. Estos son hoy vuestros señores, aunque republicanos de carton, como vosotros los llamábais no há mucho. Temblad ante aquellos á quienes habeis dispensado los mas innobles tratamientos! Vos, Vassal, érais el seide mas cobarde del gobierno caido, el mas ardiente persoguidor de los republicanos, y ahora habeis caido en manos de vuestros mas implacables enemigos, porque ni un solo paso de los que estan aquí se ha librado de vuestra persecucion. Si yo escuchase las reclamaciones justísimas que se me han dirigido usaria de represalias, pero quiero mejor olvidar. Id, pues, á continuar en el ejercicio de vuestras funciones; pero si llego á oír que prestais el mas mínimo apoyo á alguna tentativa reaccionaria, os aplastaré como si fuéscis viles insectos. Idos!

Los Comisarios habian pasado por todos los terrores, y contentos de haber escapado con bien, sin mas que una fuerte reprimenda, salieron completamente alegres. Los Montañeses que los esperaban al pié de la escalera, los volvieron á conducir hasta el fin de la calle de Jerusalem, armando la mas estrepitosa zambra.

En cuanto á nosotros, apenas hubo desaparecido el último cuando prorrumpimos en una inmensa carcajada. — Bravo, Caussidière, has estado soberbio! — Y Vassal! — Apuesto á que han creido asistir al juicio final. — Por lo menos tendrán buen susto! — Caussidière estaba radiante y reia con mas fuerza que los demas de la buena vuelta que acababa de dar á sus Comisarios.

En este día llegaron de Doullens los presos políticos, y Caussidière les hizo una brillante recepción; les propuso entrar en su guardia de honor, lo cual aceptaron con entusiasmo. Reuniéronse, pues, al cuerpo de los Montañeses, ya formado, y todos juntos celebraron su dichosa vuelta con el vaso en la mano.

Se bebió por la república; por Caussidière, su ilustre patrono; por todo el mundo. A cada brindis las cabezas se inflamaban, y los brindis fueron numerosos. Cuando la exaltación báquica hubo llegado á su colmo, se habló de escoger un jefe digno de mandar un cuerpo tan respetable, y todos estuvieron de acuerdo en señalar á Pornin, antiguo preso político. La elección era conveniente, como se verá mas adelante. Bebióse, pues, en pro de Pornin, comandante de los Montañeses.

Pornin tenía una pierna de palo. Alguno hace notar esta circunstancia al decir que Vincennes había sido defendido por un ilustre capitán cuyo sobrenombre de *Pierna de palo* es célebre para siempre. — ¿Y por qué no tendremos á Vincennes? Esto, esto, gritaron todos; nos hace falta el fuerte de Vincennes; necesitamos su inmenso arsenal. Y sin pararse en mas, el ciudadano Pornin fue condecorado con el título de gobernador de Vincennes.

Durante este tiempo Caussidière comía con algunos amigos, y al principio lo mismo que al fin se entregaba á copiosas libaciones. El ciudadano Cuny, llegado de Doullens, era el amigo personal de Caussidière, y este quiso volverlo á llevar á su casa aunque fuese á las dos de la mañana.

Cuando Caussidière pasó ante nosotros pudimos ver que no estaba enteramente en ayunas.

¿Cuál fue nuestra sorpresa cuando cerca de una hora despues le vimos entrar escoltado de muchos guardias nacionales que venian á asegurarse de si el personaje á quien acompañaban era realmente el Prefecto de policía!

Esta anécdota circuló algo, y Caussidière la refiere tambien á su modo en sus *Memorias*. Pretende

aquel que en dicho día no salió mas que para disipar un violento dolor de cabeza causado por un trabajo excesivo y para visitar el cuartel *Saint-Denis*, donde se quejaban de charcos de agua que impedían la circulación. Añade que el traje de artillero que llevaba Cuny había sido la causa de su arresto; que los guardias nacionales se habían creído burlados viendo á un individuo que decía ser Prefecto de policía solo en la calle, á una hora tan avanzada de la noche.

Esto no está muy de acuerdo con la verdad, y creo útil contar las cosas como han pasado. Como he dicho ya, los dos amigos estaban ligeramente conmovidos, y cuando el oficial que mandaba la patrulla gritó: *¿Quién vive? Caussidière*, creyendo sin duda salir así de la *Grand Chaumière* quiso hacer una buena farsa y respondió: M....

Tal es la exacta verdad. Los guardias nacionales que lo condujeron á la Prefectura me lo han contado así.

En cuanto al resto de la aventura, Caussidière está en lo cierto. Retuvo á los guardias nacionales y se vengó, como él dice, trincandó con ellos. Pero se olvidó de añadir que el vino que bebió entonces, y tal vez uno de los medios-chicos de Juan, acabó de trastornarle la cabeza, y que, no pudiendo llegar al lecho, cayó en la alfombra y se durmió profundamente.

Pornin, sin embargo, no dormía, y tenía algunas inquietudes acerca de la validez de su nombramiento de Gobernador de Vincennes. Su fe, robusta al principio, se iba haciendo menos profunda á medida que los vapores de la embriaguez se disipaban. Por último se levantó y nos dijo: «Voy á hablar dos palabras con nuestro amigo Caussidière.» Nosotros nos colocamos en el gabinete mismo del secretario general, cuyas habitaciones ocupaba el Prefecto. Unos dormían en los canapés y en los sillones; los otros jugaban á las cartas en el escritorio y en el velador.

Apenas hubo entrado Pornin en la habitación de su amigo, cuando lo vimos volver á salir pálido y con las facciones desordenadas.

—; Qué desgracia! ¡Qué terrible desgracia! Todo se ha perdido, gritó; nuestro amigo Caussidière ha sido asesinado. Lo he encontrado bañado en su sangre.

Aunque habituados hacia algunos días á las falsas alarmas de semejante embriaguez, nos precipitamos en la habitacion del Prefecto, y le vimos tendido, inmóvil. Pornin, inclinado hácia él, lo llamaba con los nombres mas tiernos y procuraba levantarlo del suelo. De repente un ronquido, seguido de las náuseas mas formidables, nos dió á conocer palmariamente, demostrándonoslo al mismo tiempo el olfato, cuál era la naturaleza del líquido que el buen Pornin habia tomado por sangre.

Este último se levantó muy alegre.—Respira, dice, cerremos esta puerta; que no entre nadie; esto no es nada, conozco su enfermedad; dejémosle reposar. *¡Tiene el saco lleno!*

Pornin nos recomendó el secreto sobre esta aventura, pero él mismo se apresuró á bajar y á contar todos sus detalles en el puesto de los Montañeses.

Hé aquí la exacta verdad acerca de esta calumnia de que se lamenta Caussidière, quien al fin de su narracion se atreve á hacer uso de esta humorada en guisa de moraleja:

«¡Buenas gentes que solo vivís de calumnias! Yo vos desearia, si fuera vuestro amigo, que tuviérais siempre la cabeza tan sana como la he tenido yo durante el ejercicio de mis funciones.»

CAPITULO XII.

Entierro de las victimas de Febrero. — Los presos políticos. — Visita á San Lázaro. — Orjia en la Prefectura.

Al día siguiente de esta aventura fui á ver á mi muger que me creia muerto porque no habia podido darla noticias de mi persona, merced á la poca

gente y al poco tiempo de que podía disponer. Tranquilicéla completamente, y la dije en pocas palabras lo que me había sucedido. Al dejarla me vi obligado á sangrarme; ¡ tanto la falta de sueño me había encendido la sangre!

Cuando llegué á la Prefectura encontré mi puesto en el mayor desorden. Los presos políticos querían apoderarse de las armas de mi gente, diciendo que debían todos estar armados para el entierro del día siguiente. Los de mi compañía se oponían energicamente á ello, y ya iban á venir á las manos cuando mi llegada puso fin á la disputa y sirvió para hacer comprender á los presos políticos que á pesar de sus nobles títulos al reconocimiento del país, debían también algunas consideraciones á los combatientes de Febrero que les habían dado la libertad. Esta razón hizo que devolviesen las armas aquellos que ya se habían apoderado de algunas.

Disponíame á pasar una buena noche, y tenía necesidad de ella en opinión del médico que me había visto; pero había hecho la cuenta sin los Montañeses. Dos de entre estos no queriendo tomarse el trabajo de dar la vuelta por la calle de Jerusalem, y hallándose embriagados, vinieron á tocar la campana de alarma, colocada en la puerta del muelle de las Lunettes. Habiéndome despertado el estrépito que hicieron, pregunté lo que era aquello, y me respondieron que dos Montañeses querían absolutamente darme las buenas noches. Fue necesario resignarme para poder descansar. Su visita fue larga, y tan insensatos sus propósitos, que mis gentes se vieron precisadas á expulsarlos.

Media hora despues de su salida oí de repente gritar «A las armas.» A poco otro Montañés se precipitó en mi estancia.

—«¿No sabéis lo que pasa, capitán? Los Guardias nacionales de Montrouge, de Ivry y de Bicêtre se ponen en marcha sobre París para derribar la república.» Me visto de prisa, monto á caballo, y á pesar de un tiempo horroroso, seguido únicamente de cincuenta hombres, me dirijo á Montrouge.

Llamamos á la puerta de un mercader de vinos en casa del cual decia el Montañés que se hallaban los conspiradores. El mercader de vinos estaba acosado y se levantó lleno de susto. Mi hombre se le arrojó al cuello diciendo: «¿Dónde estan tus ladrones aristócratas? Yo habia dicho hace tiempo lo que tú eras. Vas á venir con nosotros á la Prefectura.

Yo medié: el mercader de vinos me dijo entonces: «Un señor ha venido esta noche á mi casa que ha tenido los mas extravagantes propósitos. Decia que la guillotina iba á estar permanente en la plaza de Greve, y que todos los aristócratas iban á perecer en ella. Algunas personas le hicieron observar que seria inaugurar mal la república conducirnos á las tristes escenas de 93. Yo soy republicano de la vispera, gritaba.

—Pues bien, le respondieron. Los republicanos como vos perderian á la república, y seria un deber en todo guardia nacional el oponerse á tamañas atrocidades. Al oír estas palabras se fue muy encolerizado diciéndonos que iba á volver con los Montañeses para prendernos á todos.

Tranquilicé al mercader de vinos acerca de las intenciones de los republicanos; amonesté al Montañés y nos volvimos de muy mal humor á la Prefectura.

Por la mañana Caussidière nos dió orden de prepararnos para el entierro de las victimas de Febrero, en atencion á que debiamos servirle de escolta.

Con disgusto vi apresurarse por entrar en la iglesia á todos los hombres mas devotos de la monarquía, los cuales se disputaban el honor de ser los primeros á echar agua bendita sobre los que habian combatido para derribar su ídolo. Pero el pueblo era entonces el señor, y ellos se inclinaban ante su nuevo soberano.

En el cortejo los presos políticos se hicieron, sobre todo, notar por sus excentricidades. Hubert estaba en un cabriolé rodeado de sus amigos encaramados en la silla, en el caballo y hasta en la capota que llevaba esta inscripcion: *Victimas políticas*. Re-

corrieron así toda la larga línea de los bulevares haciendo alocuciones, dando gritos y ofreciéndose en espectáculo. Hubiérase podido creer que semejante carruaje era uno de los muchos burlescos que enterrarán el carnaval en la mañana del miércoles de ceniza. El recuerdo de sus pasados padecimientos era el único que podía salvarlos del ridículo en que ellos mismos se ponían.

Nosotros dimos una vuelta al rededor de la Columna de Julio y nos volvimos á la Prefectura.

Esta noche fue también bastante agitada. Los Montañeses habían bebido en honor de sus amigos muertos por la libertad, y nos trajeron, después de haberlos golpeado, dos mercaderes de vino, uno que les había negado el crédito para beber, otro que les había pedido los ocho ó diez francos que acababan de consumir en su casa.

Cuando hablé á Caussidière de los excesos á que se entregaban estos hombres, se lamentaba de ello; pero tenía atadas las manos en este particular, porque con el mayor número de aquellos cuya vida era idéntica á la suya, había compartido sus alegrías y sus miserias, y muchos le habían hecho servicios. Entonces debió sentir haber llevado en otro tiempo una vida de bohemio; pues si le faltaba fuerza moral para contener semejante desbordamiento, era á consecuencia de sus propios antecedentes.

Sin embargo, las habitaciones del antiguo Prefecto acababan de ser puestas á disposición de Caussidière.

Pornin que desde la terrible noche de que he hablado mas arriba, no estaba seguro acerca de los peligros que corría la existencia de su amigo, del *Sol* de la república, como se gozaba en llamarlo, se había instalado en la antecámara, ó mas bien en una vasta sala de espera situada en frente del gabinete mismo del Prefecto. Hizose llevar á ella un lecho donde se acostó con su hija y su yerno, poniendo dos funcionarios en su puerta lo mismo que en la de su amigo. Esta distincion le fue concedida porque (me he olvidado de decirlo) habiéndose negado Caussidière á apoyar su nombramiento de gobernador de

Vincennes, los Montañeses le habían dado, como prenda de consuelo, el título de Viceprefecto, y Caussidière, esperando algo mejor, lo había nombrado Gobernador de la Prefectura y comandante de los Montañeses.

Pornin hizo de la dicha habitación una caverna de ladrones. A ejemplo del Prefecto, tuvo mesa abierta para cuantos quisieran convidarse. Para descargarse de atenciones, Caussidière le había encargado que organizase nuevas compañías de Montañeses y los Guardias de París. Su cuarto no se desocupaba jamás de pretendientes, y con estos se iba á las tiendas de vinos de la calle de Jerusalem, porque el vino que se le distribuía por la mañana estaba muy lejos de bastar á su inmenso consumo. Como estaba constantemente en estado de embriaguez, frecuentaba con preferencia el trato de los personajes mas repugnantes, y hubiera cambiado sin escrúpulo su placa de guardián de París por un vaso de aguardiente. Dicho esto, no es necesario añadir lo innoble de sus preferencias en todo.

Las conversaciones de su mesa versaban siempre sobre los proyectos mas extravagantes. Se evocaban los mas sangrientos recuerdos y en suma, el tema favorito del anfitrión era pensar de qué manera se despacharía mejor á los trescientos mil aristócratas que debían ser inmolados para la consolidación de la república.

A propósito de estas trecientas mil cabezas, un convidado, el *Papa Vitou*, vuelto de Doulleus mas feroz que nunca contra los reaccionarios, manifestó graves inquietudes sobre el estado de las cárceles de París, de las que sabía que no podían contener mas que unos veinte mil presos, aunque estuviesen unos encima de otros, lo cual, según él, no podía ser un mal.

«Pero en mi cualidad de Gobernador de la Prefectura, dijo Pornin, yo puedo, yo debo hasta visitar prisiones; y desde mañana, para saber á qué debemos atenernos en este punto, comenzaremos por San Lázaro, única, según yo creo, que no

conocemos; allí tendremos en qué entretenernos.

«Así pues, mañana haremos nuestra primera visita; mas como allí habrá mugeres bueno será que cada uno se vista lo mejor que le sea posible.

Si Pornin abusó con frecuencia del derecho divino mientras que ejerció sus funciones de Gobernador de la Prefectura, no puede echársele en cara el haber ostentado un gran lujo en su traje. Llevaba constantemente un paletót viejo de castor color de avellana que todavía es su único vestido en invierno y en verano. Mas para la solemnidad del día siguiente, le convino hacer un sacrificio, y llevar un signo distintivo de su alta dignidad. Mandó que llamaran á un tal Duclos, sombrerero, partidario de los de la Montaña, y le encargó que le hiciese al instante un magnífico sombrero á lo Enrique IV, que adornó con una gigantesca pluma roja de tres pies de altura. El sombrero y el penacho hermanaban muy mal con su vestido: pero Pornin, como austero republicano, no reparaba en esto.

A la hora señalada estaban dispuestos á marchar todos los convidados del día anterior, y Pornin se asoció á un amigo competente en la materia que podía darle todos los datos necesarios acerca del personal de los prisioneros del lugar á donde iban. Alquiló un carruaje y se hizo conducir á San Lázaro. Se presentó al carcelero, el cual declaró que tenía orden de no dejar visitar el edificio por ninguna persona, cualquiera que fuese su categoría, sin una orden especial. «Soy el Gobernador de la Prefectura de policía,» le respondió Pornin, y para apoyar sus palabras, sacó del bolsillo una escarapela roja que le colocó en el sombrero uno de la Montaña. En seguida presentó su credencial, y hallándose el director ausente, obedeció el carcelero.

Pornin visitó desde los calabozos hasta la cocina. Comió el pan de que los prisioneros se quejaban. «Algo peor le he comido yo, dijo él. Vamos, muchachas, que no teneis razon para quejaros. El edificio es soberbio, el alimento bueno; y además vosotras no me pareceis tristes.» A las que reclamaban su li-

bertad y le referían la injusticia con que habían sido arrestadas, «bien, les decía, me parece justa vuestra petición, y hablaré sobre ella á mi ilustre amigo.» Luego les tomaba la barba con un aire galante y afectuoso. Prometió al carcelero informar bien al Prefecto por el buen estado en que tenía el establecimiento, y á todos habló en términos lisonjeros. Durante mucho tiempo se habló allí de aquel gran hombre flaco que tenía un sombrero tan bello y que había hecho tan buenos ofrecimientos.

Hasta la salida de la prision todo había ido bien y de una manera bastante digna; mas Pornin, que había estado una hora larga sin beber y se había entregado á una conversacion sostenida durante este tiempo, se sentía mal; y volviéndose al carcelero que le despedía con muchos saludos, le dijo: «¿Quieres tomar un vaso de vino, ciudadano?» Este, asombrado de tan extraña proposicion, titubeó un instante; mas como buen cortesano, se apresuró á aceptar, y llegados á una taberna, dieron muchos brindis análogos á las circunstancias.

Luego que despidió al carcelero, volvieron á subir en el carruaje, y durante el camino fueron haciendo observaciones sobre el número de prisioneros que cabrian en San Lázaro, y de sus cómputos resultó que podrian enjaularse tres mil aristócratas. Harémos poner en libertad á esas pobres polluelas; bajo la república no deben encerrar las prisiones mas que á los reaccionarios. Tú, Vitou, que los cuidarás bien, encárgate de la direccion de este establecimiento que me has pedido antes. Conservarémos al carcelero, que tiene aspecto de ser un pobre diablo.

Esto solo es ridículo y muestra solamente el abandono de Caussidière, que había abandonado así funciones importantes á hombres indignos de ellas, por que hacian despreciable el poder que debe ser respetado siempre. Mas hé aqui uno de los hechos que demuestra la mas completa ignorancia de las leyes, de la conveniencia y de la moral pública.

Se atrevió á hacer de su despacho en la Prefectura de policía un lugar de toda clase de excesos, y

desgraciadamente no solo no se opuso el Prefecto, sino que consintió en aprobar con su presencia la orgia organizada por su subordinado.

Volviendo de San Lázaro, el Sr. Bautista, el hombre competente de que ya he hablado, le propuso tomar un vaso de vino en su establecimiento situado en la calle de la plaza vieja de los Becerros. La proposición fue aceptada con tanto más placer, cuanto que algunas de las prisioneras habían dado al jefe de la casa, amigo íntimo de Pornin, algunas comisiones para sus compañeras.

Una circunstancia natural y de todo punto imprevista, fue una serie no interrumpida de libaciones que muy pronto acaloró las cabezas de tal manera que se convino en celebrar una orgia aquella misma noche, para cuyo efecto invitó Pornin á comer con él en la Prefectura á todas las mugeres que componian el personal del establecimiento. Pornin cuidó de preparar esta pequeña fiesta de familia, esta cena que queria dar á sus amigos. Su hija la ciudadana Chatouillard le ayudó con inteligencia en todos estos preparativos, y entrada la noche se presentaron los convidados en la Prefectura y se situaron en el departamento del Gobernador.

Se dió una consigna severa á los centinelas para que no dejarán entrar persona alguna cualquiera que fuese su condición. Era más fácil dar esta orden que cumplirla, porque la puerta no tenia cerradura y los de la Montaña obedecian difícilmente á jefes que ellos mismos se habían dado, y á quienes respetaban muy poco porque conocian lo que valian. Así, habiéndose despertado la curiosidad hasta el más alto grado, cuando se conocieron los singulares huéspedes que recibia Pornin, se hallaron mil pretextos para venirle á molestar con visitas importunas. Se levantaba entonces furioso y amenazaba atravesar con su pierna de palo el cuerpo de los temerarios que osaban turbarle en sus placeres. Rechazó también brutalmente é hizo echar á la calle á uno de la Montaña que venia á entregarle 50 fran-

cos en nombre de la comision de las Recompensas nacionales.

Así, pues, hasta una hora muy avanzada de la noche no pudo la sociedad entregarse á su placer á todo el vergonzoso desórden de que tales gentes eran capaces. Entonces empezó verdaderamente la orgía mas desenfrenada, y se puso en práctica por aquella turba frenética todo lo que la imaginacion mas extraviada, la del Marqués de Sade, ha podido concebir de mas horrible. El champagne se derramó á torrentes, y la llama de un número considerable de bols de ponche iluminó escenas tan repugnantes que se negaría á referirlas la pluma menos casta.

Pornin, embriagado de vino y de lujuria, era el alma de esta hedionda bacanal, y llevó sus delirios hasta decir que una fiesta tan bella de familia no debía continuar sin la presencia de su amigo el ilustre Prefecto de policia. Caussidière vino en efecto, y lejos de arrojar de allí aquella horda inmunda, se unió á ellos y participó de sus obscenos placeres. La orgía se prolongó hasta el día siguiente, y no se separaron sin prometerse antes volver á reunirse lo mas frecuentemente posible.

CAPITULO XIII.

*Robo en perjuicio de los heridos de Febrero.—
El Comandante Pornin y los de la Montaña.—Una ronda infernal.—Caussidière trágico.*

No era solo en la Prefectura de policia donde se derramaba tan nobilmente el oro de la Francia. El Luxemburgo tenia tambien sus pequeñas fiestas, que se daban reciprocamente algunos delegados y los de la Montaña. Aquí se habia encontrado un medio bastante ingenioso para procurarse dinero, que es el nervio poderoso del amor y de la guerra. Habia siempre en la oficina de la comision de Recompensas nacionales bonos firmados en blanco por

el Presidente; y los ciudadanos de la Montaña, lo mismo que los antiguos detenidos políticos, tenían aquí entrada libre. Consideraban que les pertenecían de derecho las sumas producidas por las suscripciones en favor de los heridos de Febrero. ¿Qué han hecho estos, decían? Es verdad que han combatido y destruido la monarquía, pero no habían sufrido como nosotros durante diez años por la causa de la libertad. Así tomaban estos bonos sin escrúpulo y se inscribían, quién por 50, quién por 100 francos. Después pasaban al Hôtel-de-Ville y el cajero les pagaba. Cuando el pobre Albert se apercibió de estas malversaciones, lloró de vergüenza y de cólera. Así fue como se robaron sumas considerables á los heridos de Febrero por algunos de aquellos hombres que se habían unido á la fortuna de Caussidière.

Poco importaba á este la moralidad de sus adeptos con tal que estuviesen prontos á secundar sus proyectos ambiciosos. Así tenía cuidado de alentar su adhesión hacia él, y lisonjaba sin cesar sus pasiones más depravadas. Sin embargo, como él temiese que sus orgías fueran demasiado escandalosas en la Prefectura, donde podían ser fácilmente conocidas, les designó el palacio de Luxemburgo, ya para sus infames placeres, ya para la maquinación de sus proyectos infernales. La libertad era allí mucho mayor, porque las entradas y salidas eran mucho menos conocidas, y él mismo iba al palacio por la noche y no salía con frecuencia de él sino muy tarde.

Pornin, cuya travesura de imaginación no permitía ningún reposo á su cuerpo, sacó de este nuevo sistema la ocasión de proporcionar á su amigo una ocasión brillante que no tuviera igual en la historia.

Una noche notó una gran agitación entre los de la Montaña: Pornin con la fisonomía animada, iba y venía dando órdenes: algunos conducían haces de hachas, otros se ejercitaban en hacer sonar mal varios instrumentos de música llevados allí aquella misma mañana. Entre los músicos improvisados se-

ñalaré sobre todo al ciudadano Barbarz. Este goscillo se habia apoderado de los chinoscos y los agitaba con toda su fuerza, mientras que el *Papa Vitou* hacia resonar el bombo bajo sus golpes redoblados.

En seguida los de la Montaña reunidos de cuatro en cuatro, con sus tambores, música y banderas á la cabeza, salieron silenciosamente y se dirigieron hácia el lado del Puente nuevo. Me decidí á seguirlos porque mi curiosidad se habia excitado hasta el mas alto grado. Por el camino me dió el brazo Pornin y me explicó el objeto de esta expedición nocturna. «Es una sorpresa que yo preparo á mi ilustre amigo y colega. Caussidière está en una conferencia en el Luxemburgo, y como ha ido solo y sin escolta he compuesto una marcha guerrera para su vuelta.

Llegamos al Luxemburgo y despues de esperar una hora, Pornin, lleno de impaciencia subió á la comision y preguntó por Caussidière, que estaba comiendo con una porcion de amigos suyos. Nos hicieron entrar en el patio y nos trajeron allí unas botellas de vino.

A las once de la noche se presentó Caussidière y á su vista prorrumpieron todos en un viva general. Se encendieron las luces, los tambores batieron marcha, la música dejó oír sus mas estrepitosas sonatas y ondearon las banderas. El Prefecio con la cabeza acalorada, entusiasmado con semejante homenaje y orgulloso con el amor de su fiel guardia, se prestó gustoso á cuanto de él se exigió. Cuatro de los mas robustos que habia en la comitiva lo levantaron sobre sus hombros, y el *batallon sagrado* se puso en marcha á los gritos repetidos de *viva nuestro padre: viva el gran sol de la República*. Despues se entonó un coro alusivo á las circunstancias; el de la *Dama blanca*, que comienza con estas palabras:

Viva por siempre nuestro Señor,
Que hará la dicha de la Montaña.

Pornin, que mandaba á la cabeza, hizo detener la

comitiva á la entrada de la calle de la Antigua comedia. «Silencio, dijo, conozco á un aristócrata que vive cerca de las Cuatro calles de Bussy: vamos á darle una buena cencerrada. Atención á todos los movimientos de mi baston; él os dará la señal. Apagad las luces, que luego las encenderemos á la puerta del reaccionario. Es preciso que esto se verifique como si fuera el golpe de un rayo. Marchemos.» Y la comitiva continuó sombría y silenciosa.

Llegado Pornin debajo del balcon de su enemigo hizo formar á todos en un círculo inmenso. Cada uno encendió su hacha, y al signo enérgico del rencoreso gobernador sonó la música como un trueno: cada músico tocaba un aire diferente: el bombo, los chinoscos, los címbalos y los figles formaban un ruido maravilloso. Todos los de la Montaña que no llevaban instrumento entonaron con desaforados gritos diversas canciones: salía sobre todas la atronadora voz de Pornin, que daba notas hasta entonces desconocidas: todo en él era accion: llevaba el compás con su baston: el suelo resonaba bajo su pierna de palo, y las antorchas se agitaban y esparcían una claridad siniestra en los aires, iluminando las espantosas figuras de los de la Montaña.

Los pacíficos habitantes de las inmediaciones, despertando sobresaltadamente, se precipitaban asustados de sus lechos, creyendo que sus casas eran presa de algun incendio. Mil caras lívidas de terror se asomaban á las ventanas. ¡Pero qué espectáculo se ofreció entonces á su vista! Los rabiosos concertistas se animaron, y al impulso poderoso de Pornin comenzó una ronda infernal. El mismo Caussidière se veía arrastrado por la turba y se distinguía por su talla gigantesca. En seguida entonó la *Carmagnole*, y durante una hora de un extraordinario alboroto infundió el espanto en toda la vecindad. Despues la horda salvaje cansada y jadeando se puso en camino al son de la marcha guerrera del maestro Pornin, que daba el brazo á su amigo.

—Y bien, le dijo, si el aristócrata no ha oido esto es porque no ha querido.

—Eso les hará ver que no estamos muertos, le contestó Caussidière.

Entrando los dos en la Prefectura, fatigados de un ejercicio tan violento, se sentaron á la mesa despues de haber enviado á los de la Montaña mas de lo necesario para reparar cumplidamente sus fuerzas.

A la mañana siguiente vino á buscarme el señor Juan: y viéndolo consternado, le pregunté cuál era la causa de su tristeza.

—Ah! Mr. Chenu, me respondió, ¡qué miedo tan espantoso he tenido anoche! El Prefecto habia trabajado hasta muy tarde con el Gobernador, y como oycra hablar alto creí que Mr. Caussidière me llamaba, y me di prisa para ponerme á su disposición. ¡Ah, señor! Le encontré andando con pasos descompuestos y recitando versos, como si hiciese una comedia. Al punto que me vió cogió el gran sable que tiene colocado á la cabecera de su cama, y corriendo hácia mí, me cogió por el brazo, y llamándome César me dijo que habia oprimido á mi país, y que iba á expiar mis crímenes.

Señor, yo no me llamo César; me llamo Juan; soy vuestro criado.—Entonces concluyó por reconocermé.

—Ah sí, es verdad, me dijo, eres un buen muchacho; vete á acostar al instante.

Yo procuré escaparme al momento, temiendo que le repitiera el mismo acceso.

—¡Pobre Juan, le dije, tú has abusado del consejo que te di, y Mr. Caussidière de tus botellas de aguardiente.»

Yo pensé para mí mismo que la cena en el Luxemburgo, la ovacion de que habia sido objeto, la ronda de las Cuatro calles y el trabajo con el Gobernador habian podido muy bien extraviar su razon.

CAPITULO XIV.

Tratado de paz entre los de la Montaña y los guardias municipales. — Una comida en la Prefectura de policía. — Caussidière y los cocineros clubistas.

Habiendo salido dos días después, me espantó la multitud de rateros de toda especie que inundaban las calles, los boulevards y hasta los paseos inmediatos á la Prefectura; el *biribibi*, la rolina, en fin, todos los juegos de azar entorpecían el tránsito. Yo comprendí la causa de estos desórdenes: los antiguos guardias municipales y los agentes encargados especialmente del servicio de seguridad, no se atrevían á presentarse; ni iban á la Prefectura por temor de que les vieran los de la Montaña que les apaleaban atrocemente cuando se aventuraban á hacer una relación verbal á sus gefes.

Desgraciado el hombre de bigotes y cuya talla excedía á cinco pies y dos pulgadas, si sus asuntos le llamaban á la Prefectura, ya fuese para un pasaporte, ya para alguna otra cosa. «Este es un espía» gritaban los de la Montaña. Y sin querer escuchar ninguna explicación, caían sobre el delincuente y le maltrataban á golpes. Si el individuo era apedreado, esto era una circunstancia agravante: se le apaleaba y después se le llevaba al depósito.

Cuando volví á la Prefectura me sorprendió el cambio extraordinario que se había verificado en los sentimientos de los de la Montaña, respecto á los guardias municipales; porque les ví bebiendo vino á todos juntos en una taberna del cuartel inmediato.

Hé aquí cómo se verificó esta reunión inesperada: los guardias municipales procuraban reconciliarse con sus terribles enemigos por cuantos medios estaba á su alcance. La necesidad es madre de la industria. Uno de ellos se apercibió, lo cual no era muy difícil, de que todos los de la Montaña tenían un

gusto muy marcado por las bebidas espirituosas: comunicó esta observación á uno de sus compañeros, y resolvieron ambos tantear una unión con el auxilio de algunos jarros de vino, líquido que ellos no desdénaban. La dificultad estaba en acercarse á uno de la Montaña sin peligro. La casualidad vino en su auxilio, y les sirvió aun mas allá de sus deseos. Hacía dos días que todas sus tentativas habian fracasado y no les habian dado mas resultado que el de sufrir fuertes bofetones. Otros hombres mas comunes hubieran renunciado á una empresa tan peligrosa; pero se trataba de la existencia y ademas el guardia municipal es sufrido. Vieron al Gobernador de la Prefectura, al célebre Pornin que caminaba con su acostumbrada dificultad por el Paseo de las Flores. Llegar y entablar conversacion con él no era difícil porque la cortedad de su vista le impidió el conocer la clase de gente que le hablaba; por otra parte el vino le hacia muy comunicativo. Se habló de política, y de la política á la taberna, no hay mas que dos pasos. Bebieron algunas botellas durante la conversacion, á la cual fue aficionándose Pornin encantado de la amabilidad de sus nuevos amigos, que llevaron la complacencia hasta el extremo de hacerle repetir tres veces seguidas un discurso que debía pronunciar al día siguiente en un club. Los guardias municipales le aplaudieron frenéticamente, y exaltando su talento oratorio, le colmaron de elogios.

Entonces creyeron que habia llegado el momento oportuno de confesarle humildemente lo que habian sido; pero se apresuraron á añadir al verle arrugar el ceño y levantar contra ellos su temible baston; que se habian dirigido á él para instruirle de las santas doctrinas de la República porque era el único que juzgaban capaz de inculcarles los verdaderos principios. Pornin, envanecido con el poder de su palabra que habia obrado tal curacion y convertido tan rápidamente á dos jóvenes tan endurecidos, no se enfadó y les ofreció el cubrirlos con su alta proteccion: y para principiar su educacion republicana,

*

les repitió por cuarta vez su famoso discurso.—Entretanto las horas pasaban sin sentirlo y el sol naciente los encontró sentados á la mesa y con el vaso en la mano.

Los dos guardias municipales, aunque tambien eran bebedores intrépidos, se asustaron del prodigioso número de cuartillos de vino que sepultó Pornin en su estómago durante aquella memorable noche. Pero hasta qué punto no crecería su asombro cuando les dijo: ¡Camaradas! es de día; estamos en ayunas; os convido á beber un trago en casa de *Toitot*, donde tengo cuenta abierta.

A estas palabras salieron los tres agarrados del brazo por la calle de Jerusalem; y no bien habian torcido el malecon, cuando divisaron no obstante la incierta luz del crepúsculo, algunos *Montañeses* que impacientes de dar principio á la jornada, estaban ya llamando á la puerta de *Toitot*. Pero como este no abriese, hubo necesidad de que el Gobernador llamase con repetidos golpes para que reconociendo á su mejor parroquiano, se apresurase á bajar.

—«Del blanco, dijo Pornin al entrar; tengo secas las fauces.»

Toitot se apresuró á servirle el vino que pedia, y Pornin iba ya á trincarle con sus dos camaradas, cuando un *Montañés*, que le habia reconocido, vino á decirle al oido. ¿En qué piensas, Gobernador? ¿Cómo te atreves á beber con traidores?

—Lo sé, voto á Dios! contestó el amigo de Causidière, puesto que hemos pasado la noche juntos; pero tened entendido que los he purificado con mi contacto, y que desde ahora son tan ciudadanos como nosotros. Bebamos á la paz y á la fraternidad.

Desde aquel día la mas cordial amistad reinó entre los individuos de estas dos dignas corporaciones, convirtiéndose los Guardias municipales en republicanos tan ardientes, que no se daban mas tratamiento que el de ciudadanos; é hicieron tan efectiva propaganda en las tabernas, que llegaron los *Montañeses* á ser á su lado unos verdaderos reaccionarios.

La casa de este mismo Toitot era donde los oficiales Montañeses y los de la Guardia urbana se reunían á comer los primeros días de nuestra estancia en la Prefectura de policía; pero habiendo llegado á ser excesivo nuestro gasto, decidió Caussidière que nos diesen de comer sus cocineros. En su consecuencia se instaló una gran mesa en uno de los salones del primer piso; un criado con librea era el encargado de servir á dichos oficiales, teniendo que sufrir á ménudo sus golpes.

—Ven acá, lacayo de aristócratas, y llena ese vaso; mas lleno, mas lleno todavía! Nosotros bebemos como hombres: ¿nos tienes acaso por realistas?

Las disputas á que daba lugar la distribución de los platos ocasionaban una infinidad de lances curiosísimos. Despues de comer, el Rey de las tabernas de la Courtille y uno de los émulos de Pornin, me regalaba alguna de sus elucubraciones poéticas que eran unas verdaderas rapsodias.

Nuestra primera comida se distinguió por un incidente bastante cómico, y que no creo debe pasarse en silencio. Apenas habíamos concluido la sopa, cuando de repente se levantó un oficial Montañés con las facciones contraídas por la cólera y los ojos fijos en la pared. Su aspecto me hizo creer que tenia delante una nueva aparicion de la mano de Baltasar; pero al volverme conocí la causa de su ira, viendo un magnífico retrato de cuerpo entero de Luis Felipe colgado en la pared de la sala.

«¿Qué es eso?» Gritaron á un tiempo todas aquellas irritadas gargantas. Los mas feroces desenvainaron sus espadas con el mismo ardor que si hubiesen tenido en frente al ex-Rey en persona, y volviéndose á los criados estupefactos «¿Quién es el osado que ha tenido la audacia de colocar ahí el retrato de ese tirano? Que desaparezca al instante! y para acabar de una vez lo iban á destrozár con los sables, cuando un aficionado á pinturas, que me pareco fue Carlos Gilles, exclamó: Qué vais á hacer, ciudadanos? No veis que es un Rubens de extraordinario mérito? Esta consideracion salvó al cuadro, que al día siguiente

apareció cubierto con una tela verde, cuyo color hizo murmurar un tanto á nuestros intolerantes Montañeses, que acabaron al fin por acostumbrarse á él.

Una de las mas singulares tribulaciones del ciudadano Caussidière fue la que le produjo la lucha que se entabló entre los cocineros del ex-Prefecto y los cocineros demócratas alistados en el cuerpo de los Montañeses.

Los primeros días se hacia el servicio de la mesa de Caussidière por los antiguos cocineros de la Prefectura, y el feroz patriota aunque era comilon mas bien que gastrónomo, se hallaba muy satisfecho de los delicados manjares que le servian; pero esta dichosa calma no debia ser duradera porque los cocineros demócratas, empeñados en hacer probar sus salsas al ciudadano Prefecto, invadieron un día las cocinas armados de piés á cabeza, y expulsaron con violencia á los cocineros en ejercicio.

A la primera comida todo el mundo se apercibió del repentino cambio que se habia verificado en el sistema culinario de la casa, porque los recién venidos, que se ocupaban mas de politica que de sus guisados, habian constituido una especie de club muy concurrido por ciudadanos montañeses, los cuales probaban las salsas, y se bebian el vino destinado á los *rogones y gibelottes*, siendo preciso reemplazarlo con agua y vinagre. Un día que llegó á faltar completamente la sal precedió á otro en que todo estaba salado. La carne unos días estaba quemada, otros no habia visto siquiera el fuego.

Caussidière devoraba en silencio su pena, los convidados empezaban á murmurar, y hasta hubo uno que llegó á decir: «Ciudadano Prefecto, tu cocina se va dando un aire á bodega: por mi parte he comido bastante.»

A esta situacion habian llegado las cosas, cuando en lo mejor de una comida se suscitó una disputa entre Juan y un cocinero Montañés. Presentaba este á Juan un fricasé de pollo, cuyo aspecto desagradó á este último, que se negó á servirlo. El Montañés lo rechazó con un vigoroso puñetazo, y

vino él mismo intrépidamente á colocar el plato en la mesa. Pero Juan, mas rápido que un relámpago, se lanza, coge el plato y exclama con una voz irridada: «Sr. Caussidière, V. no comerá eso; eso es una porquería.» Los convidados fueron todos de su opinion, y Caussidière, que solo esperaba una ocasion favorable para desembarazarse de los cocineros clubistas, mandó á su criado que los despidiera en el acto. Juan no se hizo esperar, y trasmitió gozoso la orden del Prefecto; pero su eficacia estuvo á punto de serle fatal, porque lo agarraron y se trató nada menos que de echarlo en la misma caldera destinada á cocer la sopa.

Por fortuna, sus gritos llamaron mi atencion y conseguí arrancarlo de sus manos medio ahogado. Refirióme entonces la causa de la violencia ejercida contra su persona: llamé á algunos individuos de mi compañía y puse en la calle á los cocineros Montañeses, lo cual me valió el epíteto de *gendarme*.

Este incidente, en la apariencia tan liviano, tuvo funestas consecuencias para Caussidière, porque aquella misma noche refirió un orador en el club lo ocurrido y acusó al Prefecto de tendencias aristocráticas, de modo que Caussidière, temiendo ver comprometida su popularidad, creyó prudente ir él mismo á justificarse en el club Blanqui.

CAPITULO XV.

*Expulsion de la guarnicion de las Tullerías.—
Caussidière y Mr. Rostchild. — Venganse de
un agente de policia.*

El dia 6 de Marzo recibí orden del Prefecto para estar preparado con mi compañía. La misma orden se dió al capitán Beanne y á una compañía de Montañeses. Luego que estuvimos reunidos todos en el patio, se nos mandó cargar los fusiles, y se nos dijo que era preciso ir á expulsar los bandos que se habian encargado voluntariamente de guardar

las Tullerías y que no querían salir de allí sino con las mas exageradas condiciones. Cuando los de la Montaña conocieron el objeto de la expedición, se negaron decididamente á marchar, declarando que no atacarian á sus hermanos y amigos, y que nosotros podíamos hacerlo si gustábamos.

Partimos á las órdenes del comandante Caillaud; pero apenas habíamos llegado al malecon de los Plateros cuando los de la Montaña se lanzaron por el de *Lunettes* y corrieron á avisar á sus hermanos de las Tullerías, y aun hubo algunos que se unieron á ellos para recibirnos á balazos en caso necesario. A su frente estaban Barbés y algunos detenidos políticos.

Al llegar á la reja de la escalinata encontramos cerradas las puertas. Caillaud nos hizo formar en la acera de enfrente y se dirigió á los gefes, que no permitieron recibir sino á él solo. Al dejarnos me dijo: «Si no he vuelto dentro de un cuarto de hora, á la bayoneta.» No habian pasado muchos instantes cuando se oyó un tiro. Al ruido me preparaba ya para lanzarme al asalto por las ventanas del pabellon Marsau; pero Dormès me dijo que habia sido un accidente casual y que todo estaba cerca de arreglarse. En este momento pidió Beune que se le permitiese entrar para ver á Caillaud á quien creíamos asesinado; pero los sitiados no consintieron en ello, y por el contrario asomaron los cañones de sus fusiles por todas las troneras, y aun hubo algunos que con sus largas espadas nos dirigieron golpes al través de las rejias en el momento en que íbamos á empezar el combate. Dormès, cuya conducta fue muy conciliadora en aquella ocasion, exclamó: «¡Cómo, es posible que nos batamos unos con otros? ¡Nosotros que somos hermanos y amigos! ¡Pues sería gracioso «! Y volviéndose á los suyos: «Son tan buenos patriotas como nosotros, dijo, yo no sé por qué no los hemos de dejar entrar.»

Entonces se abrió la puerta; pero los de la Montaña, que habian venido al socorro de sus amigos, no queriendo perder el tiempo, se dispusieron á re-

sistir, y calaron bayoneta. Irritado de su audacia hice á mi vez calarla tambien y entré á tambor batiente. El General Courtais llegó en estos momentos; me reprendió vivamente porque habia hecho tocar á ataque, y me mandó ir á situarme con los míos en el centro del patio.

Mientras tanto Caillaud se habia entendido con los gefes de la guarnicion, los cuales consintieron en retirarse bajo ciertas condiciones mas modestas que sus pretensiones del dia anterior.

El General Courtais nos pasó revista, y los alumnos de Saint-Cyr pudieron tomar posesion del fuerte.

Dormès vino al dia siguiente con sus camaradas á la Prefectura y formó con ellos una nueva compañía de Montañeses, de la cual fue capitán. Así fue como las Tullerías fueron devastadas por esta horda, que sembró el espanto por todo el vecindario.

La noche misma de esta expedicion Caussidière me hizo llamar y me felicitó por mi conducta en aquella notable jornada, profiriendo despues amargas quejas contra el Gobierno provisional. «No quieren darme dinero, me dijo, y mi posicion es la mas embarazosa:» y exaltándose añadió: «¿Con qué quieren que pague á mis gentes? Esto no puede durar, vive Cristo! Pero no importa: yo sé dónde lo encontraré. Vé tú á casa de Rotschild y exígele de mi órden una suma de quinientos mil francos.» Por fortuna del célebre banquero, Lechallier, que habia sido enviado al Hôtel-de-Ville, volvió con el dinero, y Caussidière no me habló mas del asunto.

Al bajar del despacho del Prefecto encontré uno de los agentes de policia que me habian preso mas de una vez, y que la última me habia hecho condenar á tres meses de prision. Este se adelantó hácia mí temblando, y me rogó que le perdonara. «Todo lo he olvidado, le dije; lo que os pido es que no me dirijais la palabra jamás.» Quiso darme su mano, pero la rechazé. Algunos dias despues el miserable y dos de sus dignos compañeros extendieron un in-

forme contra mí, apoyados por el Sr. Elouin, que como ellos, veía que yo gozaba del favor del Prefecto y temió que lo hiciera destituir. Este informe fue presentado á Caussidière por los Sres. Elouin y Allard.

En seguida tuvieron cuidado de hacer que por bajo de cuerda llegara á noticia de los de la Montaña la existencia de este documento. Entonces volvieron á cobrar nueva fuerza las antiguas sospechas, con tanto mas motivo cuanto que estos estaban ya descontentos de mi conducta respecto á ellos. En efecto, yo era muy culpable, puesto que sin cesar estaba reprimiendo sus excesos en cuanto estaba á mi alcance, y me permitía condenar en alta voz sus abominables proyectos.

Disgustado de las escenas escandalosas que con tanta frecuencia se repetían, extenuado de fatiga y de insomnio, resolví abandonar la Prefectura y envié mi dimision al Prefecto. Por la noche fui á despedirme de él; pero al verme me dijo:

—He roto tu dimision: no la acepto. Quieres abandonarame en el momento en que mas necesidad tengo de mis amigos, en que la lucha va á volver á empezar; porque yo lo veo, es preciso volver á hacerlo todo.

—Estoy malo, necesito descansar, repuse yo, y por otra parte yo no puedo vivir con los Montañeses: sus sospechas, su conducta conmigo, su licencia y su insubordinacion me hacen insuportable la existencia aquí.

—Si estás enfermo yo te daré médicos. En cuanto á los Montañeses, déjalos obrar; yo estoy tan cansado de ellos como tú, pero hoy me son útiles: mas tarde situaré la mitad de ellos en la puerta y todo irá bien. Esperando, si tú quieres, podrás seguir con tu compañía al ciudadano Morisset, á quien acabo de nombrar Comandante del Cuartel de los Padres Mínimos. Quiero hacer ocupar así todos los Cuarteles de París por mi guardia, que en lo sucesivo se denominará *Guardia republicana*, á fin de poder ocupar al mismo tiempo todos los cuarteles cuando

yo haya madurado y preparado el proyecto que medito. Otra razon me hace tambien desear la marcha de la Guardia urbana de la Prefectura; yo temo que se corrompa con los Montañeses, entre los cuales se han deslizado ya los hombres de Blanqui, que hace algunos dias me es hostil.

Yo cedi á sus instancias y me apresuré á aceptar su proposicion, y en la misma noche ya estaba instalado en el cuartel de *Pétits-Pères*. Despues de mi partida los malos propósitos continuaron en aumento.

CAPITULO XVI.

Los árboles de la libertad.—Pornin y Grandmesnil.—Una lista de candidatos.—Los gefes de Clubs.

Por todas partes aparecian árboles de la libertad, y llegó un momento en que, segun la feliz expresion de un representante, algunos llevaron la mania de la plantacion hasta el extremo de hacer creer que dentro de poco Paris volveria á convertirse en un bosque.

Los Montañeses sobresalian en estas ocasiones que incitaban muchas veces al desórden. Por otra parte ellos estaban seguros de encontrar algunos imbéciles que tenian á mucho honor el darles para que bebiesen.

Grandmesnil quiso convertir en una verdadera solemnidad la plantacion de uno de estos árboles en el jardin del Luxemburgo. Al efecto convocó á los principales Montañeses y gefes de Clubs, y se dirigieron invitaciones á los miembros mas influyentes de las sociedades secretas, para los cuales se habia preparado en palacio un espléndido banquete. En las esquelas de invitacion se decia, que debia tratarse en este acto de un negocio urgente y de la mayor importancia.

Al principio de la comida los vinos se distribu-

yeron con moderacion, y antes de dar rienda á la intemperancia acostumbrada de los convidados, Grandmesnil tomó la palabra, y habló en estostérminos:

«Ciudadanos, voy á explicar el objeto de nuestra reunion. Se preparan las elecciones para la Asamblea constituyente, y los ambiciosos de todos los partidos se presentan ya los primeros: nos importa á los gefes del partido republicano el destruir sus pretensiones; sobre todo tenemos que combatir á los hipócritas del *Nacional* que no perdonan medio para sacar adelante á sus hombres. Yo he pensado presentar una lista de candidatos en la cual figuran todos vuestros nombres, porque nadie, en efecto, puede ser mas digno de representar al país, que vosotros, cuya pureza es bien conocida. Yo he consultado ya á nuestro amigo *Marcus* (así se llamaba familiarmente á Marcos Caussidière), y él ha aprobado mi proyecto.»

En seguida leyó la referida lista.

Yo protesto! exclamó Pornin, que acababa de llegar.

A ninguno de los convidados sorprendió esta exclamacion del Gobernador, pues todos conocian su espíritu de contradiccion; pero se extrañó mucho que viniese tan tarde á un banquete en que sabia que debia hallarse Grandmesnil, porque habia jurado vengar la derrota que su ilustre amigo habia sufrido en la lucha gastronómica que he referido anteriormente. Es verdad que él se reconocia menos fuerte que su enemigo; pero como este tenia la reputacion de ser tan buen bebedor como gran comedor, Pornin queria hacia mucho tiempo provocarlo á un combate decisivo, del cual se prometia una brillante victoria.

Grandmesnil tenia un lance que podia comprometer su reputacion, y hasta entonces habia evitado todo encuentro con su peligroso adversario.

Era pues esta una ocasion que Pornin debia aprovechar, y desde la víspera se hablaba ya, en efecto, con entusiasmo, y se contaban sus numero-

sas víctimas; porque es bueno saber que esta especie de duelos eran muy frecuentes en el partido. Por largo tiempo se recordará á Blondeau y á Mathieu, á estos dos infortunados, que habiendo tenido la extraña audacia de luchar con Pornin, sucumbieron despues de una larga y obstinada defensa.—El vencedor les condujo religiosamente á su última morada, y en la oracion fúnebre que nunca deja de pronunciarse sobre la tumba, decia llorando de enternecimiento:

«¡Pobre amigo! ¡Yo te creia mas fuerte! ¡Yo debiera haber contemplado tu debilidad! ¡Perdóname! Las lágrimas que yo derramo sobre tu sepulcro atestiguan mi sentimiento.»

Su dolor era entonces sincero: nosotros nos vimos obligados á retirarle de aquel lugar, y para calmar su desesperacion le condujimos al bodegon mas inmediato, donde él echó á nadar su tristeza en las olas de vino de *Argenteuil*.

Es necesario explicar la causa de su tardía llegada al banquete.

El no habia olvidado á sus nuevos amigos los sargentos de villa que no le dejaban ya. Algunos quisieron acompañarle hasta el Luxemburgo, é hizo con ellos largas estancias en las tabernas que encontraron al paso. Estas innumerables libaciones habian contribuido á hacerle mas insociable que de costumbre; de manera que cuando al entrar exclamó: ¡Yo protesto! ignoraba completamente de qué se trataba.

Por lo demas él tenia por costumbre el turbar con sus contiñas interrupciones á los oradores que tomaban la palabra en nuestras reuniones.

Y así que, cuando sabia por casualidad que se trataba de una reunion, y preguntaba á cualquiera de nosotros dónde iba á celebrarse, se tenia buen cuidado, á pesar de sus promesas de ser prudente, de enviarle al extremo opuesto de París, iba al lugar que se le habia indicado, y despues de haber huroneado todos los bodegoncillos, donde casi siempre acababa por encontrar algun demócrata mejor:

informado que él, llegaba por fin á nosotros, furioso de haber sido engañado, y exclamaba rompiendo cuanto se le venia á mano :

«¡ Se desconfia de mí! Se me envia á la barrera del *Maine* cuando la reunion es en los *Amandiers*! Esto es para hacernos zancajear (*trimer*) bastante; yo tomaré satisfaccion de esta afrenta! »

No quedaba mas que un medio de apaciguarle y obtener un poco silencio; el de presentarle un vaso lleno, y como estaba alterado por su furiosa carrera, lo iba sorbiendo poco á poco, y cuando parecia menos irritado, dos ó tres de nosotros, bajo el pretexto de beber mas, le sacámos fuera, y podíamos volver en seguida al curso de nuestras discusiones.

Pornin abusaba escandalosamente del temor que nos causaba su humor revoltoso, y así es que nunca pagó su parte.

Vuelvo á la Proposicion de Grandmesnil. Se impuso silencio al Gobernador que, despues de un largo debate, consintió por fin en escuchar al orador.

Se le hizo comprender que se trataba de hacerle nombrar representante del pueblo, sobre lo cual le detenia aun una duda.

— ¿Podria yo, decia, ser á un mismo tiempo representante del pueblo y Gobernador de Vincennes?

— ¿Quien lo duda? le contestaron.

— Pues entonces acepto.

El Gobierno del fuerte de Vincennes era el objeto de sus ambiciones, segun el mismo lo explicó en esta circunstancia.

— Cuando Caussidière, dijo, haya concluido con los reaccionarios del *Hotel-de-Ville* y yo tenga esta plaza con dos mil montañeses, la justicia del pueblo seguirá su curso, y se habrá fundado la verdadera República. Nuestros padres, en 1793, comprendieron bien la revolucion cuando cortaron sin piedad los miembros corrompidos de la sociedad. Ellos no cometieron mas que una falta; la de dejar marchar á la frontera á los mas ardientes patriotas, cuando por el contrario debieron conservar cerca de sí á estos fieles defensores de las libertades. No cometamos estas

mismas faltas: permanezcamos armados y guardemos nosotros mismos estos fuertes que la tiranía levantó para eternizar su poder y que la casualidad ha hecho caer en manos del pueblo. Enviemos á las fronteras á todos estos armados de sable, de los cuales se rodean Pagés y Lamartine. Que ningun soldado ponga los piés en París hasta la completa reorganizacion del ejército. Viendo conservados á los antiguos generales del tirano, es como la reaccion se atreve á levantar la cabeza. Creeréis que yendo ayer al arrabal *Honoré* he visto los Campos Elíscos sembrados de aristocráticos carruajes? Los trenes reaparecen; y yo sentí vivamente no tener conmigo una compañía de Montañeses para apalea á los señores y sus lacayos, y hacer una hoguera con sus coches en la plaza de la Revolucion. Bien conocéis que necesito á Vincennes! Dos piezas de artillería cargadas de metralla y apuntadas hácia el camino, harán pronto justicia á este lujo insolente. Cuando ellos vean cómo arreglo yo sus brillantes carruajes, se mirarán mucho antes de dirigir sus paseos hácia el bosque de Vincennes. Tambien en este arsenal es donde los patriotas encontrarán las armas y cañones que hoy se nos niegan. Yo no hablo así por ambicion personal. Yo lo predigo; si no nos damos prisa á aniquilar á los que tratan de detener en su marcha el carro de la revolucion, seremos otra vez f..... No tenemos que temer la invasion extranjera: Causidière trabaja á los déspotas; ellos tendrán pronto en qué ocuparse, sin venir á mezclarse mucho en nuestros negocios. Nuestros verdaderos enemigos están entre nosotros, y es necesario anonadarlos ántes que hayan tenido tiempo de asegurarse completamente.

Este acalorado discurso, conforme con las ideas de todos los concurrentes, fue acogido con vivos aplausos.

Grandmesnil pidió en seguida parecer á aquellos cuyos nombres figuraban en la lista; todos aceptaron apresuradamente el honor que se les ofrecía uno solo lo rehusó.

—¿Qué motivos tienes para ello? preguntó Pornin:

—Yo apenas sé leer, y escribir muy poco: respondió José Ledoux. Yo soy zapatero, y entiendo mucho mejor de meter un alza que de hacer un discurso.

—Tú me cederás la palabra, repuso Pornin: yo haré los discursos.

—Por otra parte, dijo Grandmesnil, allí se tratará solo de votar con union y de aplaudir á nuestros oradores.....

—Y de aniquilar á los reaccionarios, añadió Pornin.

—Yo daré la señal, dijo Grandmesnil.

—Bien, replicó José; tú serás el jefe del complot.

Los jefes de clubs prometieron apoyar la lista de los candidatos que se les acababa de presentar. (Había entonces en París cerca de trescientos clubs.) Ellos estaban obligados á este servicio para con sus amigos. La Prefectura se dignaba no hacer caso de los pequeños beneficios que ellos sacaban cada noche á la entrada de sus salas, y sabian poner en práctica aquella máxima que dice, *que con el ochavo del proletario se podría garantir todo el universo*. Había sala que alquilada por ellos en 15 ó 20 francos, les producía hasta 200 francos por noche. Estos señores se hacían pasar en público como muy austeros; pero los principales oradores se reunían por la mañana en casa del presidente, y allí se desayunaban con ostras y Champagne.

Lo que hay de mas triste en todo esto es que la mayor parte de ellos eran jóvenes estudiantes y vagos rechazados por sus familias á causa de sus vicios, y que tenían la desfachatez de presentarse delante de pobres obreros fascinados por un lenguaje patriótico, como regeneradores de la sociedad.

Algunos de ellos, viendo que su proyecto se hacía irrealizable á consecuencia de la nueva ley sobre los clubs, se han vendido al Gobierno, que ha cometido la necedad de tomar el asunto por lo serio.

De cualquier modo, la lista de Grandmesnil fue sostenida por ellos en las elecciones; Pornin y sus amigos tuvieron millares de votos. ¡Pobres electores!

El célebre gobernador está hoy mas caído de su pasada grandeza. Puede verse diariamente á esta celebridad política arrastrando de fondín en fondín su triste existencia. Se tiene por muy feliz cuando puede atrapar algunos miserables mendrugos que le arrojan con desprecio los que mas se han aprovechado de sus prodigalidades.

Porque Pornin ha comprometido su reputacion á los ojos de los Montañeses. En un momento de olvido, cuando fue absuelto despues de los sucesos de Junio de 1848, cometi6 la imprudencia de gritar: ¡Viva el consejo de guerra! Desde entonces los mas feroces del partido le lanzan con desden estas palabras: «Tú has gritado *Viva el consejo de guerra* delante de los que condenaron á tus hermanos: ¡gaigan sobre tí, Pornin, vergüenza y maldicion! (1)».

CAPITULO XVII.

El tribunal secreto de Luxemburgo. — Proceso de Delahode.

Un dia que estaba yo en cama de resultas de una operacion de cirugía muy dolorosa, recibí una carta del Prefecto que me citaba para aquella misma noche á las diez en el palacio del Luxemburgo. La carta concluía así: «No faltes; es para un negocio que te importa.»

(1) Para los que desean hacer conocimiento con este interesante personaje, indico aquí el sitio en que ha elegido su domicilio político: puede vérselo diariamente desde las nueve de la mañana hasta las once de la noche en la Asociación de los taberneros, calle Jean Robert: se le conocera sin trabajo por el fiel retrato que he hecho de él en un capítulo precedente, y mas todavía por su lenguaje excéntrico.

Apenas la había leído llegó uno de mis amigos á prevenirme que se estaba tramando algun complot contra mí en la Prefectura, y que se hablaba de atraerme á Luxemburgo para jugarme una mala pasada. «Estás expuesto á ser asesinado por los Montañeses.» La carta de Caussidière me hizo suponer que era su cómplice, y creí que debía tomar medidas para mi seguridad. Como he dicho ya, sabía que se había dado un parte contra mí, y creí que querían pedirme explicaciones sobre este punto.

Conocía el carácter de los hombres con quienes tenía que tratar: y así previne á uno de mis parientes que estaba en el campo, el peligro que corría.

«Me encargo de eso,» respondió él; y por la noche y á la hora de salir le encontré con cincuenta ó sesenta hombres armados y decididos á defenderme.

Me dirigí con ellos al Luxemburgo; unos se colocaron en las galerías del Odeon, y los demas en las mismas cercanías de la habitación de Albert. Había convenido con ellos en que un pistoletazo en caso de peligro seria la señal de volar á mi socorro. Por mi parte llevaba debajo del gabán dos pares de pistolas y mi sable de que esperaba hacer uso en caso de necesidad. Estas medidas me hicieron retardarme un cuarto de hora.

Así preparado fui á casa de Albert. Caussidière hablaba con Tiphaine en un corredor que precedía á la habitación de Albert; este último se paseaba con ellos. Me estrechó la mano, y aludiendo á nuestras antiguas chanzas sobre la cámara de los Pares:

—Cuando yo te decía que los echaríamos fuera, no sabía que un dia había yo de ocupar el sitio del ciudadano Pasquier.

— Voto á Dios! dijo Caussidière al verme; cuando se dice á las diez no se dice á las diez y cuarto! Entremos.

Ví allí á Grandmesnil, Tiphaine, Monier, Boquet, Pilhes, Lehallier, Bergeron, Caillaud, Albert, Mercier, Delahode y Sobrier.

Caussidière hizo cesar las conversaciones particulares, y tomando la palabra,

« Ciudadanos, dijo, debíamos estar en mayor número; pero Luis Blanc y Ledru están en el Hotel-de-Ville; Raspail y Barbés en sus clubs, y Flocon me ha escrito que está indispuerto.»

Calculé que iba á pasar algo grave cuando el prudente Flocon habia encontrado un pretexto para excusarse.

« Hay un traidor entre nosotros, continuó Caussidière, y vamos á constituirnos en tribunal para juzgarle. » Grandmesnil como decano fue nombrado presidente, y Tiphaine secretario.

« Ahora, ciudadanos, añadió Caussidière, que habia de acusador público, por mucho tiempo hemos estado acusando ligeramente á patriotas honrados, y estábamos lejos de sospechar de la serpiente que se habia deslizado entre nosotros. He descubierto al verdadero traidor; es Luciano Delahode.»

Este, que hasta entonces habia estado indiferente, saltó á una acusacion tan directa. Al movimiento que hizo, Caussidière se apresuró á cerrar la puerta, y sacando una pistola de su bolsillo: « Si te mueves, dijo, te abraso la cabeza.

Delahode se puso entonces á protestar enérgicamente de su inocencia.

« Bien, dijo Caussidière, hé aquí un legajo que contiene mil doscientos partes dirigidos al Prefecto de policia: voy á presentároslos.» Y entregó á cada uno de nosotros los partes que hablaban de él.

Habia una veintena sobre mí: me enteré de ellos. Delahode no me trataba bien. Me presentaba como uno de los mas peligrosos conspiradores, y decia entre otras cosas que seria fácil exaltarne hasta el regicidio.

Delahode negaba siempre que estos partes firmados *Pedro*, fuesen suyos, cuando Caussidière nos leyó la carta que ha publicado en sus Memorias, carta en que ofrecia sus servicios al Prefecto de policia, y que habia firmado con su verdadero nombre. Entonces tuvo que confesar; pronunció algunas palabras para decir que una terrible fatalidad le habia arrojado en los brazos de la policia.

Caussidière le presentó la pistola, diciéndole que no tenía mas que este recurso.

Delahode contestó que no se mataría, pero que podían hacer con él lo que quisieran.

Bocquet impacientado cogió la pistola y se la presentó por tres veces.

«Vamos, le dijo, levántate la tapa de los sesos, cobarde! cobarde! ó te la levanto yo mismo.»

Yo me estremecí entonces pensando en la señal que habia indicado á los que me guardaban, y acercándome precipitadamente á Albert:

—«Y tú, miembro del Gobierno provisional, permitirás que se cometa un asesinato en tu misma habitación! Todo lo odioso de este crimen caerá sobre ti.»

—Es verdad, dijo él.

Y como Bocquet en el colmo de la desesperacion preparaba la pistola ó iba á ejecutar su amenaza, Albert se la arrancó de las manos, diciéndole:

—Piensa que el estallido de un tiro causaria una alarma.

—Es verdad, exclamó Bocquet, nos hace falta veneno.

—Veneno? dijo Caussidière, yo lo tengo, y de todas calidades.

Tomó uno de los vasos que habia sobre el *secretaire*, lo llenó de agua con azúcar y echó en seguida unos polvos blancos; despues lo presentó á Delahode, que retrocedió con indignacion:

—¿Quereis asesinarlo?

—Sí, dijo Bocquet, que, conspirador subalterno, queria hacer alarde de celo y llamar la atencion de sus gefes. Bebe!

Delahode estaba muy pálido y el sudor corria por su rostro. El respondió con un aire sombrío: «Yo no me mataré.» En seguida se sentó sobre el sofá y quedó con la cabeza entre las manos.

Pero Bocquet inflexible le seguia presentando el vaso. «Vamos, bebe! dijo Caussidière con voz lenta y monótona; morirás en seguida.

—Pues bien! no! no! no beberé.

Y en el extravío de sus ideas, añadió con un gesto terrible:

—Oh! me vengaré de todos estos tormentos!

—Hola! te vengarás? gritó Bocquet. No, porque no saldrás de aquí.

Y cogiendo la pistola, iba á saltarle la tapa de los sesos; pero Albert se interpuso otra vez.

—No! dijo, no lo sufriré! Además, se batió bien en Febrero; esta es una circunstancia atenuante.

Monier, Pilhes y yo nos unimos á él para pedir su perdón.

—Pero, dijo Caussidière, no podemos dejarle vivo despues de lo que acaba de suceder. No le acabais de oír decir que se vengaria? Puede comprometernos, porque sabe todo lo que hacemos.

—Hay que guardarlo bajo llave, dijo Grandmesnil.

—Tienes razon, repuso Caussidière; voy á conducirlo yo mismo á la Conserjeria, y á recomendarlo muy especialmente. Nada tendremos que temer de él mientras yo sea prefecto. Y pienso, añadió riendo, guardarle mucho tiempo.

Inmediatamente fue Bocquet á buscar un fiacre, á pesar de lo avanzado de la noche. Entre tanto se firmó el acta de la sesion, redactada por Tiphaine.

Caussidière nos explicó el modo con que habia llegado á saber la traicion de Delahode.

«Se me acusa, dijo, de haber conservado á los antiguos agentes, y sin embargo á Elouin y á Allard es á quienes debo este descubrimiento. Me habian aconsejado que enviara á Lóndres uno de sus principales agentes que debia aparecer como fugado, á fin de vigilar mas fácilmente á Pinel y á Delessert. Lo he hecho así, y desde su primer parte me informó de que sabia por Mr. Pinel que uno de sus mas fieles agentes se hallaba cerca de mí.»

—Sin duda por eso, añadió dirigiéndose á Delahode, ibas á dormir á tu casa todas las noches. Voy á hacer examinar tus papeles.

—Iba á mi casa, dijo Delahode, porque allí duermo mejor.

-- Eso lo veremos.

— En fin, ciudadanos, debí averiguar quién era ese agente de Pinel. Y gracias á Elouin y á Allard, he descubierto los legajos que veis, y que han estado á pique de escapárseme, pues los iban á quemar.

Bocquet volvió en este momento, y nos anunció que había encontrado dos fiacres. Todo el mundo salió. Hablé un momento con Albert, y al pasar vi á algunos de mis hombres emboscados detrás de los árboles. «Y bien? me dijeron.

— No era nada, respondí; os podeis retirar.

A la puerta del Luxemburgo volví á encontrar á Caussidière y á los demas, que querian obligar á subir en un fiacre á Delahode, que se resistia; Caussidière y Tiphaine sin embargo se apoderaron de él y se colocaron cada uno á un lado, otros tres se sentaron enfrente. En cuanto á Bocquet, adjunto del duodécimo distrito, subió, pistola en mano, detrás del carruaje.

Yo tomé el otro fiacre con Mercier, quien me dejó al pasar en el cuartel de los Pétits-Pères.

Una hora despues de mi llegada entraron mis hombres; los estaba esperando para darles las gracias por el cuidado que habían puesto en velar por mí hasta las dos de la mañana de aquella manera.

«Nada teneis que agradecernos, capitán; mas estad seguro de que, si hubiéráis hecho la señal, »vuestros enemigos, cualesquiera que ellos fuesen, »hubieran sido exterminados sin quedar uno.»

Esta determinacion me hizo conocer el peligro de que Caussidière y los que con él se encontraban en casa de Albert acababan de libertarse, y aun hoy mismo me pregunto lo que hubiera podido suceder si Bocquet hubiera hecho fuego contra Delahode; acaso no hubiéramos visto las jornadas sangrientas de Junio.

CAPITULO XVIII.

Los gorros de pelo.—Blanqui.—Caussidière y el Hôtel-de-Ville.—Salida para la Bélgica.

Por este mismo tiempo tuvo lugar la manifestación de los gorros de pelo. Caussidière me dió la orden de ocupar con mi compañía la embocadura del Puente Nuevo.

«Si los granaderos, me dijo, quieren tomar un aire demasiado belicoso, hartados de fusilazos. Voy además á enviar mis *Montañeses* con garrotes para que les rompan las cabezas, si arman ruido.»

Yo me constituí en mi puesto; los gorros de pelo desfilaron por delante de nosotros; y como marchaban en silencio los dejé pasar sin oponerles obstáculo alguno. Mas lejos los *Montañeses* los asaltaron, mas se defendieron bien y consiguieron llegar al Hôtel-de-Ville. Volví á ver á Caussidière aquel mismo día; me dijo que iba á preparar una contramanifestación para el siguiente y que todos los gefes de los clubs estaban prevenidos. Me recomendó que me colocara al frente del movimiento con mi compañía y que gritáramos «viva Ledru-Rollin», sobre todo al pasar por delante de la Bolsa, donde habian tenido principio los rumores esparcidos acerca del mal estado de la fortuna de este miembro del Gobierno provisional.

La manifestación se verificó, como se me habia anunciado, de una manera imponente. Mas de cien mil hombres se reunieron en el Hôtel-de-Ville, y el Gobierno provisional debió creerse fuerte aquel día. Pero los negocios, que habian empezado á volver á tomar vuelo, recibieron un golpe fatal desde la manifestación referida, á cuyo paso todas las tiendas se cerraron. ¡Mas qué importaba el comercio á Caussidière! la agitación era su elemento; él y sus amigos encontraban en ella lo que les convenia. Por la noche, cuando le ví, estaba radiante de ale-

gría y no veía ya límites á su poder. «Puedo á mi voluntad, decía, levantar las masas y lanzarlas contra la clase media (*bourgeoisie*).»

Orgullosa con su triunfo no podía tolerar el menor obstáculo á sus proyectos revolucionarios; pero la parte moderada del Gobierno provisional que adivinaba sus designios, le oponía una resistencia inesperada; no quería aceptar su guardia, y para obligarle á disolverla le negaba el dinero.

Semejante resistencia irritaba á Caussidière, y ya se preparaba á lanzarse contra ella, cuando se apercibió de que un riesgo temible le amenazaba á él mismo. Eran las furibundas declamaciones de algunos gefes de club, á quienes él había dado el impulso, mas que muy pronto se habían extraviado, merced á la inspiración ardiente de algunos oradores vehementes y apasionados; tales como Villain y Blanqui. Este último no se contenía ya y amenazaba poner en juego hasta la existencia política de Caussidière.

«Ese hombre (*gros homme*), decía, no es mas que materia; no tiene la energía que constituye al revolucionario, y se habitúa con demasiada facilidad á las delicias del poder. Es tiempo ya de rechazar á esos hombres enervados y sensuales, que no sirven sino para poner obstáculos á la marcha de la revolución.» Al mismo tiempo tronaba contra los abusos que audazmente aparecían en la Prefectura de policía, y reconvenía á Caussidière por conservar los antiguos Guardias municipales: ¿Por que alimentar á todos esos holgazanes, enemigos del pueblo, mientras que este pueblo muere de hambre y de miseria? ¿Por qué formar asimismo esa Guardia prefectoral? Nos responderá sin duda que la seguridad de la ciudad y de la República necesita estas medidas; pero los hombres de los clubs, los antiguos detenidos políticos ¿no están ahí armados para defender la soberanía del pueblo? ¿No sería acaso mas bien para servir su ambición personal?»

Estos discursos y otros mas violentos todavía

asustaban á Caussidière, quien no ignoraba que esta parte de los Montañeses, de los cuales empezaba á querer reprimir la violencia, se separaba cada día mas de su persona para unirse á la de Blanqui, cuya energía salvaje, mas conforme á los caracteres de ellos mismos, admiraban.

El poder de Blanqui, que se aumentaba cada día, sus proyectos bien conocidos de derribar al Gobierno, y el ódio que parecia haber jurado á Caussidière, determinaron á este último á adelantarse y á apresurar la ejecucion de los planes que tenia concebidos.

En consecuencia me hizo llamar. «Amigo, me dijo, cuento contigo para un golpe atrevido. El Hôtel-de-Ville acaba con mi paciencia; Ledru-Rollin y Flocon no elevan bastante la voz; dejan á un lado al pobre Albert; pero dichosamente me encuentro yo allí, y la revolucion no habrá llegado su objeto sino despues que yo haya derribado á esa fraccion moderada, que se hace mas reaccionaria cada dia. Vas á marchar al Hôtel-de-Ville. Examina bien las galerías y las piezas vecinas á la sala del Consejo; escoge el lugar para tus hombres. El comandante Rey, á quien ya he prevenido, te introducirá. Esta noche haré yo invadir la plaza por la Guardia urbana, por los Montañeses y por los clubs de mi confianza. Guarda bien todas las salidas; es preciso que nadie pueda escaparse.

«Toda esta gente reunida pedirá la separacion de Marrast, Lamartine, Arago, Garnier Pagés y Pagnerre. Yo me constituiré cerca de ellos á fin de expresarles la voluntad del pueblo; tú estarás allí para arrestarlos en pleno consejo, si intentan escapar..... c..... ya me comprendes!! Es asunto decidido, cuento contigo.»

Yo hice notar á Caussidière que el estado de debilidad y de sufrimiento en que me encontraba no me permitia cumplir una mision semejante con la energía necesaria, y rehusé.

—Encontraré otros diez hombres, me dijo, que se

disputarán el obedecerme; mas por el pronto, descompones todos mis proyectos de esta noche: te habia yo creído hombre mas decidido.

— Mi negativa en nada puede descomponer tu proyecto. ¿No estis rodeado de fieles amigos, que te servirán como yo hubiera podido hacerlo? Pero sigue mi consejo, renuncia á tu proyecto ó te perderás. Lamartine y Arago gozan de una popularidad que tú no has podido obtener aún, á pesar de todos tus esfuerzos. Además, Marrast tieno organizada una policia, mientras que tú ninguna tienes. No podrás obrar tan secretamente que no llegue á traslucirse alguna cosa.

Mi consejo desagradó á Caussidière; me despidió bruscamente, y desde entonces quedó mi pérdida jurada.

Largo tiempo habia que le veia yo con sentimiento dirigir las tramas mas insensatas contra el Hôtel-de-Ville. Una vez entre otras hablaba de volar la sala del Consejo con un barril de pólvora. Su envidia y mas aun su ambicion insaciable le impelían fatalmente hácia el mismo, y nada podia detenerle. Veinte veces me ocurrió la idea de abandonarle, pero mi antigua amistad me detenía siempre á su lado.

Habiendo ido á ver á un amigo mio al Hôtel-de-Ville, encontré al salir algunos Montañeses que se lo contaron sin duda á Pornin y este á Caussidière, que sacó de semejante hecho las consecuencias mas desagradables, porque al dia siguiente recibí un anónimo, concebido en los términos siguientes: «Habeis sido descubierto, no vayais mas á la Prefectura; el Prefecto, justamente irritado contra vos, os castigaria como mereceis.»

Enseñé esta carta á Morisset, quien me contestó: «Eso es; hay una acusacion contra tí, y has cesado de pertenecer á la guardia republicana.»

— Obtendré una explicacion, le dijo. Inmediatamente subí á los alojamientos y conté á los soldados de mi compañía lo que acababa de decirme Morisset. En seguida salieron en busca de Caussidière y

le declararon que estaban resueltos á partir si yo salía de la Guardia republicana.

—No sé nada de lo que me decís, les contestó. Decid al capitán Chenu que venga á verme á las cinco.»

Así lo hice acompañado por Morisset. Vi por el frío recibimiento que me hicieron que Caussidière había prevenido á su estado mayor. Era de esperar indudablemente una escena semejante á la de Delahode. Caussidière me hizo entrar en su dormitorio, y ví sobre una silla una botella de aguardiente medio vacía y me sonreí pensando en Mr. Jean.

En seguida le pedí unas explicaciones claras y francas:

—¿Tienes alguna queja de mí? le dije: una sola vez he rehusado obedecer tus órdenes, y creo haberlo hecho entonces por tu interés. Desde hoy me separo de ti; pero antes quiero conocer la acusación que te ha sido hecha contra mí por Elouin y Allard. Te es imposible poder fundar un verdadero motivo de acusación en tal hecho, dictado por un innoble deseo de venganza. ¿Tienes correspondencias ú otra prueba cualquiera para acusarme de traición? Necesarias son para intentar separarme de esta suerte del partido.

—No, me respondió Caussidière; mas por prudencia debo hacerte salir de la Prefectura. Tú sabes demasiadas cosas; vas al Hôtel-de-Ville; tal vez ves allí á Marrast.....»

—«Jamás le he visto, y ayer, por la segunda vez desde Febrero he ido al Hôtel-de-Ville.»

Caussidière tomó entonces un tono hipócrita y me compadeció de ser de esta suerte blanco de la calumnia. «Algunos *Montañeses* te detestan; para evitar contestaciones y acaso un encuentro, te conviene retirarte. Si quieres, voy á confiarte una misión.

Los patriotas belgas que van á combatir por la independencia de su país, se están reuniendo en Séclin. Acabo de enviar á este punto á Fontelle y á varias personas mas; ya han partido, marcha á re-

unirte con ellos. Cuando vuelvas estará ya todo arreglado. Te conviene mi proposición?

—Sí, contestó; puesto que veo que existe formado un plan de alejarme.

—He aquí lo que tendrás que hacer: entregarás al capataz de los carreteros, que conducen los carruajes cargados de armas y de municiones, una carta, que voy á darte. Este hombre es uno de los nuestros y lo encontrarás en Séclin. Se trata de arreglar con él el sitio mas conveniente para el robo de las armas. El conductor de los carruajes hará un simulacro de resistencia, y suceda lo que suceda, nosotros no quedaremos comprometidos.

—Bueno, parto; dame la carta.

Inmediatamente la escribió, y despues otra para el director del camino de hierro del Norte, concebida de esta manera:

«Se ruega al ciudadano Director del ferro-carril del Norte que dé lugar en uno de los carruajes al ciudadano Chenu, enviado á Bélgica con una «comision.»

Firmado, ==Caussidière.

Y el sello de la Prefectura de policia.

Sali entonces de la Prefectura, sin tomarme mucho cuidado por los que en ella quedaban.

Por el camino dije á Morisset mi opinion acerca de esta expedicion: Vamos á caer en algun lazo; pero escaparé de él, tengo confianza en mi buena estrella.»

Comí por última vez en el cuartel; me despedí de mis camaradas de campaña del 24 de Febrero; pasé tambien á mi casa para abrazar á mis hijos y á mi muger; á la cual nada dije de lo que acababa de suceder temiendo inspirarla inquietud; tomé el camino de hierro aquella misma tarde, y por la noche llegué á Séclin.

TERCERA PARTE.

LOS CUERPOS FRANCOS.

CAPITULO XIX.

Risquons-Tout. — Vuelta á Paris. — Arresto. — Pornin otra vez. — Entrevista con Allard. — Salida para Polonia.

El primer individuo que encontré el siguiente día, fue un personaje á quien, desde mucho tiempo antes, sospechaba yo agregado á la policía. Además sabia que este hombre habia desempeñado un papel odioso en la revolucion de Bélgica de 1830. Tenia un grado superior en los voluntarios. Me propuse al verle no comprometerme en este negocio. Únicamente pregunté por el carretero para quien tenia una carta, y le encontré en el sitio que me designaron.

Quando se enteró del contenido de la misiva, «yo parto, me dijo, y os esperaré hasta las dos de la mañana en el camino de Ménin, cerca de las cuatro avenidas. Reconoceréis fácilmente mis carruajes; son iguales los tres.» Algunos instantes despues marchó.

Durante la noche tocaron llamada y nos pusimos en marcha. Hacia las tres de la mañana encontramos los carruajes, y tuve lugar de observar que no era yo el único iniciado en el secreto de lo que aquellos contenian. En efecto, cuando los encontramos, una decena de individuos estaba ya armada y cargándose de cartuchos. Todos hicieron lo mismo. Este saqueo de carruajes en medio de un camino y en la oscuridad ofrecia un aspecto bastante lúgubre.

Los caminos estaban horrosos y no se oía mas que juramentos; un gran número se quejaba de no haber comido la vispera. El día llegó finalmente y ví que la columna estaba compuesta de dos fracciones; los parisienses formaban la retaguardia. Los belgas vestidos todos con una blusa gris y un sombrero del mismo color, desplegaron su bandera y nosotros la nuestra. Llegamos á una altura cerca de Mouscron, desde donde pudimos distinguir las tropas belgas que nos esperaban.

A nuestra llegada se formaron en masa y los cazadores se desplegaron en guerrillas. A los primeros tiros de las tropas, los belgas que formaban la vanguardia contestaron; pero un pánico extraordinario se apoderó de ellos y se dieron á huir en todas direcciones. Los parisienses, viéndose abandonados tan cobardemente, se creyeron vendidos é hicieron fuego á la vez contra los fugitivos y contra las tropas.

El combate se empeñó entonces bastante vivamente. Los belgas, habiendo abierto sus filas, descubrieron dos piezas de artillería cargadas á metralla. Su descarga mató algunos hombres. Un alumno de la escuela politécnica, Fosse, y un comerciante en vinos de la calle de Menilmontant que tenía un grado superior, combatieron valientemente. Estuvieron casi á punto de apoderarse de las dos piezas, de las cuales la una habia reventado. En cuanto al miserable agente de que he hablado, habia tomado la huida y no volví á verle. Nos habia conducido al matadero; su papel estaba terminado. El combate, empezado á las seis y media de la mañana, duró hasta las nueve. Hubo pocos muertos por una y otra parte. Los belgas persiguieron á los vencidos hasta el mismo territorio francés, y aun hicieron en él algunos prisioneros. Mostrábanse aquellos muy orgullosos con su fácil victoria, y nos gritaban: « ¿ Qué os ha parecido de esto, parisienses? ¿ No erais tan valientes?— Volverémos, decian estos, y nos la pagareis bien cara. » Por lo que á mí toca, habia permanecido tranquilo espectador de la pelea.

Al volver á Lille nos desarmaron á todos y nos hicieron subir inmediatamente en un tren del camino de hierro. Llegamos á Paris á las cuatro de la mañana. Rendido de fatiga, me dirigí á mi casa para descansar. Al siguiente dia, muy temprano, un agente de policia llamado Palestrineaux vino á suplicarme que fuera con él á la Prefectura, porque el Prefecto deseaba hablarme. Le seguí sin desconfianza, mas al llegar al patio me enseñó un mandamiento de prision firmado por Caussidière, y me declaró que yo era su prisionero. Yo le pregunté la causa de mi arresto.

— « Hay un artículo en el Código que me dispensa de contestaros: el juez de instruccion os lo dirá. »

Toda resistencia era inútil, así me dejé conducir al depósito sin murmurar. Me pusieron en una habitacion separada donde estuve un momento como anonadado, tan grande era mi asombro.

Me repuse pronto, y escribí á Caussidière una carta que quedó sin contestacion.

Al siguiente dia, un tal Fiolet, preso por el incendio del camino de hierro de Rouen, fue colocado en el mismo cuarto. Me dijo que habia oido contar que yo estaba detenido por haber vendido á los republicanos, y por desfalco de un centenar de francos en mi compañía.

Escribí pues á Caussidière una segunda carta rechazando enérgicamente estas imputaciones cuya falsedad él mismo conocia, y añadiéndole que era una mala jugada de su parte.

Como la primera carta, quedó esta tambien sin contestacion. El director, al cual pregunté si mis cartas eran remitidas al Prefecto, me contestó que le eran entregadas con toda exactitud.

— « Bien, le dije, ¿quereis entregarle otra que será la última? estoy seguro que despues de haberla leído se apresurará á mandarme poner en libertad. »

Le escribí pues por la tercera vez:

« Bergante, si de aquí á las cinco de la tarde no estoy libre, podris leer mañana en los periódicos una carta que en la actualidad está en lugar segu-

«ro, y que hace conocer algunas de tus raterías (escroquerías) pasadas, y las tramas que fraguas hoy. Quiero salir antes de la noche.»

Di esta carta al Director, que volvió al cabo de veinte minutos diciéndome: «Vuestra carta ha producido efecto; vais á salir. El Prefecto me ha dicho al despedirme: «que se tranquilice, voy á hacerle poner en libertad.»

Una hora despues Morisset vino á anunciarme que podia partir.

—¿Por qué me han arrestado, le pregunté?

—No lo sé, me contestó.

—Pues yo sí sé la razon por que Caussidière se conduce de esta suerte; porque no le querido convertirme en verdugo y teme que revele las proposiciones que me ha hecho.

Al pasar por delante del puesto ocupado por los soldados de mi compañía, que estaba de guardia en la Prefectura, vinieron afanosamente á mi encuentro.

—Cómo, capitán, me dijeron, os han arrestado por el dinero que Tabary ha robado? pero nosotros nos hemos repartido los 425 francos y hemos reembolsado la cantidad. En cuanto á Tabary lo hemos despedido vergonzosamente; ahora está con los *Montañeses*.

Una vez salido de mi prision volví á mi casa para consolar á mi mujer, y por la tarde fui á pasearme por delante de la Prefectura con objeto de asistir á una cita dada á uno de mi compañía. No habiendo llegado á la hora marcada iba á retirarme cuando un Montañés ebrio acertó á pasar y me reconoció.

—¿Cómo es que te encuentras en libertad? Caussidière nos habia prometido tenerte preso hasta las elecciones.

Hablamos algunos instantes; en seguida, cansado de su conversacion, lo dejé para volver á mi casa. No habia podido pasar por mi imaginacion la escena que mientras tanto habia tenido lugar en la Prefectura, de la cual habia sido yo la causa inocente, y que no llegué á saber hasta la mañana siguiente.

Este borracho al volver contó entre los Montañeses que me había visto vagar por las inmediaciones de la Prefectura. El cuento pasó de boca en boca, y llegó por fin muy aumentado y adornado hasta los oídos de Pornin. Me habían visto emboscado y armado hasta los dientes, acechando al Prefecto para asesinarlo; lo cual era muy fácil de adivinar por mis furiosas miradas. Pornin, que según su costumbre estaba acostado y que no se encontraba completamente en ayunas, salta de su cama, se viste de prisa y corriendo, y da la alarma. En un instante la Montaña toda se pone sobre las armas, pero nadie sabe todavía de lo que se trata. Pornin entonces explica mi presencia, los proyectos homicidas que me supone, y asustado por el peligro imaginario por que mira amenazado á su amigo, ordena una balida general por las inmediaciones de la Prefectura, y recomiendo á sus satélites que me aseguren muerto ó vivo. El mismo marcha á prevenir á Caussidière y á entenderse con él sobre las medidas que debían adoptarse.

Yo ignoro si este creyó realmente en el peligro que le anunciaba Pornin; pero hizo buscar en el acto á Allard y á Elouin, que fueron de opinion de que no debía perderse un momento y de que convenia hacerme arrestar de nuevo. «Es un canalla», añadió Allard queriendo hacer la corte al Prefecto, «ya ha dado mucho hilo que devanar á mis agentes.»

Se resolvió escoger para arrestarme cuatro hombres de temple, expresion consagrada en tales casos; en seguida se lanzó un mandamiento de prision contra mí. «Si hace resistencia, dijo Caussidière, yo iré á buscarle al frente de los Montañeses.»

Muy temprano sentí llamar á mi puerta: un sentimiento me dijo que era la policia. Tomé mis pistolas y abrí. Los cuatro agentes iban á arrojar sobre mí; pero á la vista de las pistolas dirigidas contra ellos, se precipitaron por la escalera y corrieron á dar cuenta á Allard de la recepcion que yo les había hecho.

Estuve tranquilo todo el día, resuelto á hacerme malar antes que ceder. Por la tarde oí otra vez llamar á mi puerta.

«Estoy solo, me dijo Palestrineau, nada temais; abrid.»

En cuanto entró, M. Allard, me dijo, quiere hablaros, y no sereis arrestado si consentis en salir de Francia. El Prefecto está, como vos, muy exasperado. M. Allard quiere arreglarlo todo para evitar una desgracia. Se prepara una expedicion para Polonia; si quereis hacer parte de ella se os dará todo lo que necesiteis.

—No puedo consentir en hacer parte de una nueva expedicion; y aun cuando quisiera aceptar lo que me proponcis, me sería imposible hacer una marcha. Ved la hinchazon de mis piés, que apenas me permite tenerme derecho. Mi costado brota sangre todavía.

Palestrineau pareció conmovido por el estado en que me encontraba.

—En efecto, me dijo, deheis sufrir terriblemente; M. Caussidière ignora sin duda vuestro estado.

—Lo conoce muy bien, y eso es lo que me exaspera. Pase aun si sufriera yo solo; mas él sabe muy bien que atormenta al propio tiempo á mi muger y á mis hijos. Va á sumergir á toda una familia en la desesperacion.

—Venid á ver á M. Allard, os espera en el puente de San Miguel; tal vez escuchará vuestras razones.

Me decidí á marchar con él. Llegado al puente de San Miguel encontré á M. Allard. Era la vez primera que yo veía á este personaje, de quien muy frecuentemente habia oido hablar.

—¿Por qué, le dije al llegar, quiero el Prefecto expatriarme?

—Ignoro, respondió, el motivo de una resolucion tan extrema.

—No hay ley alguna que autorice á un magistrado para desterrar á un ciudadano sin juzgarle, cualquiera que sea la naturaleza del crimen ó del

delito que haya podido cometer. Es una arbitrariedad.

— En revolucion, amigo, nada es ilegal. Comprendo á Caussidière: le incomodais y trata de libertarse de vos; nada es mas natural. Es preciso que os resolvais á hacer este viaje; volvereis de él. Sois jóven y resuelto; vereis otros países, y tal vez esto haga vuestra fortuna. Palestrineau acaba de decirme vuestro estado de debilidad. Os pagaré la diligencia hasta Estrasburgo y os daré ademas una cantidad para vuestras necesidades. Vuestra muger también ¿no estará mas contenta de esta suerte que viéndoos constantemente objeto de persecuciones?

Me decidí en consecuencia. Al día siguiente vino Palestrineau á buscarme para hacerme alistar en la legion polaca, cuyo alistamiento se hacia en la calle de l'Arbalète; me compró al mismo tiempo el uniforme y el equipo completo de esta legion. En seguida me pagó la diligencia y partí provisto de un pasaporte para el gran ducado de Posen.

«Volveré pronto, dije á Palestrineau al separarme de él; el reinado de esas gentes no puede durar, abusan demasiado pronto del poder.»

CAPITULO XX.

Combates en la Selva negra. — La Suiza. — Vuelta á Estrasburgo.

Habia yo convenido con mi muger en tenerla al corriente de los lugares en que me encontrara, á fin de que ella pudiera avisarme la caída probable de mi enemigo. Hubiera podido volverme desde Vimeones y ocultarme en París, pero preferia continuar mi viaje. Estaba cansado de la atmósfera de París y deseaba hallarme libre de una vez de conspiraciones. Al fin respiraba un aire puro; iba á ver países que me eran desconocidos. Recobraba un poco de alegría á medida que me alejaba de aquella ciudad, donde tanto habia sufrido desde hacia algun tiempo!

Llegué sin accidente á Estrasburgo, donde debía permanecer algunos días, porque había ganado mucha delantera sobre la legión polaca de que hacía parte. Esta marchaba á pequeñas jornadas, retardada diariamente por las fiestas que la preparaban en las poblaciones por donde pasaba.

La vida monótona que pasaba en Estrasburgo me era ya pesada cuando llegó á mi noticia que una legión de voluntarios alemanes iba á partir la noche siguiente para invadir el ducado de Baden. Mi espíritu aventurero no me permitió reflexionar que estaba apenas curado para soportar las fatigas de una expedición, cuyo fin mismo me era desconocido. Me alistaron sin dificultad. Me dieron un fusil bastante malo y marchamos por el camino de hierro de Mulhouse. Abandonamos los wagones antes de llegar á esta ciudad y pasamos el Rhin en pequeñas barcas á favor de la noche. Dos de ellas demasiado cargadas zozobraron, y once hombres faltaron á la lista cuando la pasamos en la otra orilla. Este fue nuestro primer desastre.

Lo mismo que en Risquons-Tout, las tropas nos esperaban, porque apenas habíamos marchado dos horas cuando nuestra vanguardia fue atacada por un fuerte destacamento de Hesse. Se replegó precipitadamente sobre la columna. Nos preparamos á la batalla, y entonces observé que nuestros gefes habían escogido bien el terreno, que lleno de árboles y montañoso se prestaba á combates de guerrilleros. El fuego se empeñó y duró hasta las seis de la tarde. Nos batimos en retirada en buen orden. Durante la noche hicimos alto.

Nuestros gefes celebraron un consejo; resolvieron evitar el combate y reunirse á Necker, que se hallaba en los alrededores del Bosque Negro, dueño de un pueblecillo fronterizo donde recibía diariamente refuerzo del territorio que lo rodeaba.

Al amanecer del día siguiente observamos que las tropas del día anterior se nos habían adelantado y nos esperaban colocadas en la extremidad del bosque. Siguiendo nuestro plan de evitar todo combate,

quisimos flanquearlas para entrar en el bosque; pero adivinaron nuestra intención y nos atacaron impetuosamente; en este ataque sufrimos lamentables pérdidas. Mas de ciento cincuenta de los nuestros quedaron tendidos en el campo, y nos vimos en la necesidad de abandonar nuestros heridos, que fueron fusilados sin piedad. Habiendo muerto á mi lado un joven, tiré el mal fusil que me habían dado para tomar su carabina. Llegó por fin la noche y con ella terminó la carnicería.

Al cabo logramos entrar en el bosque, y marchamos durante dos días por senderos casi intrasitables. Un leñador nos servía de guía. Los víveres empezaban á escasear, pero teníamos abundantes municiones de guerra, á pesar del enorme consumo que de ellas habíamos hecho. Al tercer día de esta penosa marcha llegamos al caer la noche á una aldea donde debíamos permanecer algunas horas. Subí á una boardilla para descansar, y caí en un sueño tan profundo que no oí el vivo tiroteo que se había empeñado entre los nuestros y los soldados de Hesse. En fin, desperté, quise levantarme y marchar, pero sentí un dolor tan atroz en la pierna que me fue imposible permanecer por mas tiempo en pié. Hice todos los esfuerzos posibles y logré llegar arrastrándome hasta un ventanillo. Desde allí vi el incendio de dos casas que iluminaba esta escena de desolación.

Habíamos sido sorprendidos y mas de cincuenta de los nuestros yacían tendidos en la carretera: algunos de ellos respiraban aun y se agitaban en las últimas convulsiones de la agonía. Al ver esto traté de ocultarme lo mejor que pude entre el heno y la paja; é hice bien, porque luego vinieron á registrar la habitación, pero no dieron conmigo.

No oyendo ya ruido alguno calculé que los soldados de Hesse se habían puesto á perseguir á los que quedaban de mis compañeros.

Permanecí oculto durante todo el día y no salí hasta la noche. Al pasar junto á la antigua iglesia del pueblo vi una zanja enorme que habían abierto

para dar sepultura á nuestros muertos, que se hallaban cerca de ella colocados sobre un monton de paja y empezaban á exhalar un olor fétido.

Arrastréme penosamente durante dos horas, pero tuve que detenerme. Era ya de dia cuando volví á emprender la marcha. Durante este dia solo encontré á una muger que llevaba en brazos un niño. Preguntéla por señas si no habia visto á mis compañeros, con quienes deseaba reunirme lo mas pronto posible; nada pude sacar de esta muger que huyó de mí despavorida. Agotadas mis fuerzas por el cansancio y el dolor me tiré al suelo y empecé á maldecir mi existencia, lamentándome de no haber perecido en la aldea tan fatal para los míos. En fin, despues de muchos esfuerzos llegué á un arroyo cuyas aguas estaban heladas.

Bebí con avidez; bañé en sus aguas mi pié, y descubrí horrorizado que los gusanos y la gangrena habian invadido la llaga que se abría debajo del tobillo. La raspé con mi navaja y tuve el pié metido en el agua mas de dos horas. Con esto experimenté un gran alivio, y me sentí tan feliz que casi me dejé vencer por el sueño; pero recordé que hacia dos dias que no habia comido, y me preparaba á marchar dirigiéndome lo mejor que me era posible hacia la Suiza, cuando vino una bala á tronchar una rama que estaba cerca de mí. Siguiéron otras detonaciones y comprendí que estaba sirviendo de blanco á los señores soldados de Hesse.

Conocí que tiraban al abrigo de un espeso vallado; púsemé tambien á cubierto, y viéndoles bajar por la orilla en busca de un vado, descargué contra ellos mis dos pistolas y luego cogiendo mi carabina les hice fuego con ella. Pero habiendo descubierto que iban á hacer un puente con los árboles que derribaban, me retiré rápidamente por un sendero que penetraba en la parte mas sombría del bosque.

Poco despues, durante la noche creí descubrir el fuego de un campamento. ¿Era de amigos ó de enemigos? Acerquéme con precaucion y descubrí que era el fuego de un carbonero. Al verme este se es-

capó. Descubrí un saco que contenía víveres y me puse á examinarlo.

Me hallaba comiendo tranquilamente la provision de aquel pobre hombre, cuando volvió con dos jóvenes armados de hachas. Viendo que no me asustaba al verlos venir, el carbonero empezó á hablarme en aleman. Solo una cosa comprendí en su discurso, á saber: que éramos franceses y que veníamos á traer el desorden á su país. Para calmar su irritacion le enseñé un napoleon en pago de su cema que acababa de devorar, y le pregunté por señas si mis compañeros habian pasado por aquel punto y si estaban muy lejos; él me hizo comprender que habian pasado dos dias antes.

Como el ofrecimiento de un napoleon habia producido su efecto, propúsele darle otro para que me guiase por el camino que seguia la columna. El carbonero me entendió, porque emprendiendo la marcha en el acto me hizo señas para que lo siguiese.

Condujome por una multitud de senderos empalmados unos con otros, y luego llegando á un camino mas ancho me indicó que era el que llevaban mis amigos. Dile la recompensa prometida y me separé de él.

Al despuntar el dia conocí que me hallaba en el verdadero camino. En efecto, encontré fragmentos de periódicos franceses medio quemados y que sin duda habian servido para encender pipas: esto fue para mí un indicio precioso. Al segundo dia tuve un encuentro que me afectó vivamente; me habia metido en un monte bajo para descansar un instante, y allí encontré un cadáver vestido con una blusa gris que me hizo conocer que era uno de los nuestros. Tenia un lado de la cara y una mano enteramente roídas por algun animal silvestre. Este triste espectáculo me quitó enteramente el sueño, y proseguí mi camino. Algunas horas despues llegué á una aldea, á cuya entrada encontré dos centinelas de los nuestros. Nos hallábamos á dos jornadas tan solamente de Suiza.

Tenia una gran necesidad de descanso, pero no

queria volverme á separar de la columna, y habiéndose dado la orden de marcha me puse á andar con los demas. Se nos reunieron algunos hombres de Heerz que nos dieron la noticia de que este gefe habia sido completamente derrotado.

Despues de marchar dos dias por caminos horribles, llegamos á orillas del Rhin, por las cuales tuvimos que seguir marchando para atravesarle en el vado que se halla cerca de Rhinfeld. En este punto era donde nos esperaban las tropas de Hesse, y donde nos atacaron vijorosamente con dos piezas de artilleria y caballeria.

El combate duró desde las siete de la mañana hasta la noche. Los cañones causaban terribles destrozos en nuestras filas, y solo favorecidos por la noche y mucho mas lejos, pudimos atravesar el rio por medio de barcas que nos enviaron los habitantes de Rhinfeld. De mas de 500 hombres que componian la columna, solo 54 se salvaron de la matanza y lograron entrar en Suiza. Pero á lo menos tuvimos la honra de salvar nuestra bandera que enarbolámos en la granja que nos dió provisionalmente hospitalidad.

Al dia siguiente vino á vernos un médico y curó á los heridos, que eran muchos. Los que se hallaban en peor estado fueron conducidos á casa de los habitantes, que les prodigaron las mayores atenciones. Yo tuve la dicha de alojarme en casa de unas gentes honradas que me trataron como si fuera su propio hijo. El médico aplicó el cauterio á mi llaga, y dos dias despues me sentí bastante aliviado para acompañar á mi patron hasta la iglesia: era el domingo de Ramos, y ví con sorpresa que cada habitante llevaba en la mano una rama de pino en lugar de boj como se acostumbra en Paris.

Mi patron me llevó en seguida al tiro federal, donde admiré la destreza de los carabineros suizos.

Al dia siguiente, al despedirme de mi patron le supliqué que aceptase mi carabina, que habia probado la víspera y que le pareció muy buena. Efectivamente, procedia de los cazadores de Vincennes.

Desde Rhinfeld á Basilea, donde debía tomar el camino de hierro de Estrasburgo, pude contemplar despacio esa magnífica cordillera de los Alpes cuyas plateadas cumbres deslumbran al que las mira: los risueños paisajes que entonces se presentaban á mi vista no me hacían echar de menos ese sombrío Bosque Negro en que tan tristes días había pasado.

De vuelta en Estrasburgo encontré allí otra columna de voluntarios alemanes, y la primera columna polaca. Les habían hecho un recibimiento brillante, digno del patriotismo de los habitantes de esta antigua capital de Alsacia.

El mismo día de mi llegada me presenté al coronel Bogenski, Gefe de la primera legión, y me hice inscribir entre los voluntarios que iban á combatir por la independencia de Polonia, puesto que mi presencia en Francia alarmaba al poderoso Prefecto de policía, *y podía turbar la tranquilidad del Estado.*

Al volver á mi *hotel*, me encontré con Herveed, Comandante de la columna alemana, y á quien había conocido en París, donde me había encargado Caussidière que le reclutase voluntarios. Díjome que iba á atravesar el Rhin aquella noche, y me preguntó si quería ser de los suyos.

«Acabo de llegar de Alemania, lo dije, y ya sé á lo que sabe;» y me separé de él para no ceder á sus instancias. Prefería á los polacos: con ellos á lo menos marchaba yo hácia lo incierto, mientras que con los alemanes sabía lo que tenía que esperar por una experiencia demasiado reciente aun.

Pasaron el Rhin, y al día siguiente se oía el cañoneo en la dirección de Kehl, y desde lo alto de la torre de Estrasburgo se veía el humo de un pueblo incendiado. De 700 voluntarios que esta vez también salieron de Estrasburgo, volvieron poco más ó menos unos 20.

Tal fue el resultado de estas locas expediciones, en que murieron una multitud de valientes que no cometieron más crimen que el de adherirse á aventureros celosos unos de otros, quienes á su vez obe-

decían, sin saberlo, al impulso funesto de algunos ambiciosos que el torrente revolucionario había llevado por un instante al poder, y que sabían que no podían conservarlo sin el trastorno general de la Europa.

CAPITULO XXI.

Los Polacos. — El Rey de Prusia. — Las orillas del Rhin. — Magdeburgo. — Eisleben. — Vuelta.

Hacia varios días que la columna polaca se hallaba en Estrasburgo; llegaban otras columnas ó se las esperaba de un día á otro; pero no llegaba la órden de marchar. Esto necesita algunas explicaciones.

Después de Febrero algunos individuos del Gobierno provisional pensaron en emprender la propaganda armada; pero no contando con la mayoría en el Consejo, resolvieron obrar de una manera poco ostensible; y auxiliados por sus agentes secretos, organizaron las partidas de voluntarios cuya suerte hemos visto en Bélgica y en Alemania.

En cuanto á los polacos, el caso era muy diferente; las simpatías que inspiraban, su nacionalidad reconocida anualmente por la Cámara de los Diputados, parecían darles el derecho de fundar las esperanzas más legítimas en el triunfo de la República, triunfo á que habían contribuido combatiendo con gran valor en Febrero. Pero la distancia de la Polonia, y los ahogos inseparables de un Gobierno nuevo, hacían que estas esperanzas fuesen de difícil realización, á lo menos por mucho tiempo: era preciso esperarlas todo de las circunstancias, y aprovecharse de la ocasión favorable en cuanto se presentase.

Pronto pareció que se había presentado esta ocasión: la revolución de Mayo, que expulsaba de Berlín al Rey de Prusia, fue en parte obra de los

Polacos. Todos recuerdan á Mierowslawski llevado en triunfo, y obligando á Federico Guillermo á quitarse el sombrero en presencia de los cadáveres de la gente del pueblo muerta durante la insurreccion. La confianza de los polacos llegó pues á ser legítima, sobre todo cuando el Rey de Prusia, asustado por la influencia que ejercian en Berlin y por la de la revolucion francesa, fingió, para ganar tiempo, abandonar sus derechos al ducado de Posen y declararlo independiente, y sometiéndose por lo demás á la decisioe de la Asamblea alemana que iba á reunirse en Francfort.

El Emperador de Austria, expulsado tambien de Viena, prometió la libertad á la Galitzia. Entonces los polacos esparcidos por la Alemania marcharon de todas partes al ducado de Posen. Mierowslawski al frente de ellos, intimó al Rey de Prusia la órden de cumplir su promesa. Las órdenes salieron, es cierto, de Berlin, para que la ciudadela de Posen le fuese entregada; pero el gobernador, que tenia instrucciones secretas, se negó á obedecer, y Mierowslawski acudió á las armas.

El entusiasmo no habia sido menor en Francia que en Alemania; de todas partes acudían á París los polacos y formaban numerosas columnas, que debian ser mandadas por los antiguos gefes que en 1831 habian hecho temblar al Czar. Los mas impacientes marcharon en pequeños destacamentos, y llegaron á Cracovia, donde fueron muy mal recibidos por los austriacos. Hubo una especie de insurreccion, y unos treinta de ellos perecieron en el combate. Unos se dirigieron á los montes Carpacios, y otros volvieron á París para referir la perfidia del Gobierno austriaco. Sus relaciones, comentadas en los clubs, sirvieron de pretexto á los que organizaron el asunto del 15 de Mayo.

Estos primeros destacamentos habian obtenido su pasaje por el ferrocarril del Norte; pero el Rey de los belgas, que no tenia mucho gusto en ver á estos revolucionarios atravesar su territorio, y temiendo el contagio del entusiasmo, les negó el per-

miso para pasar por sus ferrocarriles. No quedaba, pues, mas camino abierto para penetrar en Alemania que el de Estrasburgo. Pero se perdía un tiempo precioso, y entre tanto empezaban ya á suscitar-se dificultades en el ducado de Poscu. El Rey de Prusia recobraba poco á poco la direccion de los negocios. Los gefes mas prudentes conocieron que se habia perdido la partida, y que era preciso volver á esperar.

Pero no en vano se da movimiento á las masas: se habia dicho á la turba de desterrados: «Vais á volver á ver vuestra patria;» ninguna consideracion podia detenerlos ya. Hubo, pues, una violenta excision entre los moderados y los exaltados; estos resolvieron marcharse á toda costa, y eligieron nuevos gefes.

Marcharon, pues, de Paris con grande acompañamiento: se habia adoptado un uniforme para hacerse notar y excitar el interés por donde quiera que pasase la columna, compuesta en parte de polacos, y en parte de franceses. Atravesaron la Francia en medio de los aplausos de las poblaciones, siempre simpáticas á la causa polaca; se recogieron numerosas suscripciones, de las cuales se apropiaron la mayor parte ciertos gefes. Pero habia sido preciso detenerse en Estrasburgo; los gobiernos alemanes se oponian al paso de tropas tan numerosas en un momento en que su propio país se hallaba profundamente agitado por el espíritu revolucionario.

Cuando yo llegué, uno de los gefes, Madjinski, se hallaba en Francfort para solicitar de la asamblea alemana permiso para pasar al través de los Estados de la Confederacion. Obtuvo, y aun esto difícilmente, que pasaríamos por fracciones de sesenta hombres cuando mas. Se le echó en cara el haber enganchado franceses. Madjinski negó el hecho; y para engañar á la gente se añadió á nuestros nombres la terminacion *ski*: así, por ejemplo, yo me llamaba Chenonski, nacido en Varsovia. El prefecto de Estrasburgo ignoraba sin duda esta pe-

queña superchería, porque firmó nuestros pases.

Sin embargo, la respuesta dada a Madjinski no nos satisfizo: deliberámos, y el resultado de la deliberacion fue que al día siguiente pasaríamos el puente de Kehl, tambor batiente, y sin cuidarnos de los cañones cargados á metralla que defendian el paso, ni de dos regimientos que se hallaban de guarnicion en esa ciudad con motivo de las frecuentes incursiones de los refugiados alemanes.

Esta magnífica determinacion excitó nuestro entusiasmo de una manera increíble: nos disputábam, mos unos á otros la honra de ser los primeros en pasar y de suscitar con nuestra muerte segura pero gloriosa, que tal la considerábamos, una guerra europea. En realidad este era nuestro objeto, porque estábamos persuadidos que de resultas de esta man-tanza, la guarnicion de Estrasburgo y la poblacion entera de esta ciudad estarian resueltas á vengarnos atravesando el Rhin.

Nunca he podido saber lo que pasó entre los gefes de la columna ni lo que pudo hacerles cambiar de determinacion: he creído que quizás no era esto mas que una prueba para asegurarse de nuestro valor. Al día siguiente, en efecto, se resignaron cincuenta y cinco hombres y estos marcharon. Yo me hallaba entre ellos.

Al pasar saludámos el monumento que el ejército del Rhin hizo levantar á la memoria de Dessaix entre el grande y el pequeño Rhin; y luego en mitad del puente nos volvimos para mirar por última vez á la Francia, y juntos lanzamos el grito de ¡viva la República!

Por lo que hace á mí, pensaba con tristeza en los que me amaban, y me esforzaba por olvidarme de los que así me obligaban á abandonar mi patria.

Un momento despues tomábamos el ferro-carril, y pronto me distrajeron de mis tristes pensamientos los hermosos paisajes que se presentaban á mi vista.

Arrastrados por toda la fuerza del vapor, veiamos huir por un lado la elevada torre de Estrasbur-

go, y por el otro desarrollarse el magestuoso panorama de los Alpes del Rhin, cuyas remotas cumbres se perdian en el horizonte. Pasamos por Bastadt, sitio que posteriormente debia ser tan funesto á algunos polacos de nuestra compañía, que fueron fusilados allí en la última insurreccion del ducado de Baden. Tambien vimos á Carlsruhe y su parque magnifico, y pronto llegamos á Mannheim, una de las ciudades mas bonitas de Alemania.

Se nos habia preparado un recibimiento que debia ser brillante; pero las autoridades, temiendo algun desorden, nos metieron en coches al salir del ferro-carril haciéndonos atravesar rápidamente la ciudad. Al pasar nosotros gritaban: ¡Viva la Polonia! y las señoras agitaban sus pañuelos en testimonio de simpatía.

En seguida nos embarcamos en un vapor, en que se nos sirvió una comida muy *confortable* en nombre del gran duque. Llegamos á Maguncia hácia las cinco de la tarde; era el dia de Pascua, y toda la poblacion, que sabia nuestra llegada, nos esperaba en el muelle. Cada uno de nosotros fue arrebatado por los habitantes, que liberalmente se disputaban la honra de poseernos. A mí me ofreció la hospitalidad Mr. Sehmair, fondista, calle de los Santos Sepulcros; este buen hombre me recibió como si fuese su antiguo amigo; se apresuró á hacerme reconocer la ciudad, en la que observé sobre todo la catedral con sus antiguas curiosidades, la estatua de Guttenberg, cuya cuna se disputaban tres ciudades: Maguncia, Estrasburgo y Harlem. Mis patronos, en cada una de estas tres ciudades, me aseguraron que el célebre inventor de la imprenta era su compatriota.

Después de cenar, su hijo me hizo asistir á varios clubs celebrados al aire libre. Uno entre todos, compuesto de milicianos armados, reunido bajo un farol, excitó mucho mi curiosidad. Discutiábase la próxima reunion de la orilla izquierda del Rhin á Francia. «Que la Francia, gritaba un fogoso orador, nos envíe dos regimientos, y expulsaremos á esos *peleles*!» Y señalaba con desprecio á una pa-

trulla de austriacos que pasaba á la sazón. «Irenos, añadia, á llevar al campo de Marte el pabellón del departamento de Mont-Tonnerre.» Nuestra presencia, como se ve, habia calentado los cascos.

Esta fue ciertamente la mejor ocasion que pudo tener Francia para recobrar sus antiguos límites; las poblaciones, que aun son francesas, á pesar de su larga reunion á la Alemania, nos llamaban con toda su alma, y se hubieran levantado como un solo hombre al acercarse nuestros ejércitos. El Rey de Prusia de buena gana habria cambiado su título de Rey por el de Emperador de Alemania, y la República francesa, apoyando su pretension contra el Austria y la Rusia, hubiera obtenido fácilmente en cambio de su apoyo la orilla izquierda del Rhin, su frontera natural.

Pero una pandilla eligió por Embajador en Prusia á un hombre que lo seria todo menos diplomático, y que en lugar de dar estímulo á las patrióticas inspiraciones de Federico Guillermo, prefirió formar alianza con los clubistas y demagogos de Berlín. El Rey, viendo que no se podia contar con el apoyo de un Gobierno que se hacia representar de una manera tan poco hábil, se entregó á pesar de sí mismo, y á pesar de la voluntad enérgicamente manifestada de su pueblo, en los brazos de la Rusia.

La fraccion turbulenta del Gobierno provisional no soñó sino con la alianza de repúblicas microscópicas é imaginarias, y no quiso comprender que el único y verdadero aliado de Francia era el imperio alemán. Era un poderoso dique opuesto á las invasiones de la Rusia, y un paso dado hácia la reconstitucion de todas las nacionalidades europeas.

Esta observacion es resultado de mis conversaciones con ciertos elevados personajes á quienes tuve ocasion de tratar durante mi permanencia en Alemania.

Todos los habitantes de Maguncia habian salido á recibirnos cuando llegamos; al dia siguiente á las cinco nos volvieron á acompañar al vapor que nos esperaba. La noche se habia pasado en festejos.

La parte mas bella del viaje por el Rhin es indudablemente la que se halla comprendida entre Maguncia y Colonia. El rio corre entre dos montañas, cuyas cumbres, á veces inaccesibles, se hallan coronadas por ruinas de castillos, últimos vestigios del poder feudal. Toda la parte que mira al mediodía está cubierta de viñas muy ricas. Allí está el famoso lago de Johannisberg, que pertenece al Príncipe de Metternich. Los marineros nos hicieron la galantería acostumbrada al pasar por un eco producido por dos gargantas entre las montañas y que se repite cuatro ó cinco veces; tiraron dos tiros con un cañoncillo destinado á este objeto.

Solo entrevimos á Coblenza y la fortaleza de Erhinbrestein, así como otras varias ciudades que cubren la orilla del Rhin por ambos lados, y llegamos á Colonia.

La primera cosa que busqué al entrar en esta ciudad fue la casa de *Juan María Farina*; mas cuál no sería mi asombro al descubrir que esta ciudad no está poblada mas que por descendientes del célebre inventor del agua de Colonia, y que todos tienen escrito en la muestra: *Juan María Farina, único poseedor de la verdadera agua de Colonia. No confundir mi establecimiento con los de los charlatanes que me rodean.*

Colonia es una ciudad grande y hermosa; su catedral merece la reputacion que tiene.

Al salir de Colonia pasamos el Rhin por un puente de barcas. En esta parte tiene el rio su mayor anchura. Tomamos el ferro-carril que nos condujo, pasando por Dusseldorf, hasta Minden, ciudad fortificada de la Westfalia. Allí fuimos arrestados por orden del gobierno prusiano. Este cambio brusco en su conducta con respecto á nosotros tenia por causa la encarnizada guerra que Mierowslawki hacia á la Prusia en el ducado de Posen. Así permanecimos durante ocho dias alojados en una barraca del ferro-carril, alimentados por los habitantes cuya hospitalidad recompensábamos por medio de conciertos muy concurridos por las señoras de la ciudad.

En fin, cansados de esta permanencia que amenazaba prolongarse de una manera indefinida, una mañanita nos escapamos sin meter ruido y volvimos á emprender nuestro viaje á pié, atravesando una parte de Hannover y los pequeños ducados.

Durante esta marcha fue cuando pudimos examinar varios campos de batalla immortalizadas por nuestros padres; los nombres franceses, grabados sobre las tumbas, nos recordaron la patria ausente, y saludamos estos heroicos restos con el himno que conducia en otras épocas nuestros ejércitos á la victoria: con piadoso recogimiento entonamos *La Marsellesa*.

Así marchamos durante cuatro días hasta Hildesheim, donde se nos volvió á conceder el ferro-carriil, que nos condujo á Magdeburgo pasando por Brunswick. Se nos hizo atravesar silenciosamente la ciudad, y se nos alojó en los fosos de la ciudadela, y en seguida se nos envió por compañías á diferentes ciudades de la Sajonia prusiana.

Enviaron á mi compañía á catorce leguas de Halle, en una ciudad de mineros llamada Eisleben. Muy pronto nos hicimos amigos de los excelentes habitantes de esta ciudad. En ella nació Lutero, y allí se conserva religiosamente su casa en el mismo estado en que estaba cuando él vivia en ella: se ha convertido en un pequeño museo.

Visité las minas de plata, que son muy profundas, poco productivas, y que dan ocupacion sin embargo á 44,000 mineros: es la única riqueza del país.

El 18 de Mayo supe los acontecimientos que acababan de ocurrir en Paris y la derrota de Causidière. Me apresuré á pedir mi pasaporte para Francia, donde ya me era lícito entrar. Me llevé conmigo á diez y nueve de mis compañeros; en nuestro camino se hallaba el lago de Mansfeld, que tuvimos que atravesar por una estrecha calzada que lo divide en dos partes. Una fuerte tormenta habia agitado sus olas, y como la noche era muy oscura no conocimos el peligro hasta que nos hallábamos en la mi-

tad de la calzada. Por poco nos arrebató una ola enorme que la harria, y solo con los mayores esfuerzos logramos reunirnos á la otra extremidad del camino.

Volví á Francia atravesando la Bélgica. Cuando llegué á Lila me dieron un pasaporte en que, á pesar de mis enérgicas reclamaciones, se me calificaba de refugiado polaco, señalándome como punto de residencia la ciudad de Méaux. Me dirigi pues á esta ciudad á marchas forzadas, y á pesar de la prohibicion expresa del Prefecto de Lila me fuí directamente á Paris.

CAPITULO XXII.

El club de los Montañeses de Belleville. — Insurreccion de Junio de 1848. — La comision de Investigacion.

En cuanto llegué resolví buscar á Caussidière y tener una explicacion con él. Le escribí una carta que le hice entregar por un amigo comun. Le daba una cita en el club de los Montañeses de Belleville.

Lo esperé en vano.

Si no vi á Caussidière tuve á lo menos el gusto de oír á Cabet. Pero no reconocí en él mi Cabet de 1832; me lo habian cambiado. Ya no era aquel orador fogoso de otros tiempos, ansioso de conquistar la popularidad por la violencia de sus ataques contra el poder. Ya se veia que se habia convertido en gefe de secta, en patriarca de la iglesia icariana. Su palabra era melosa, sus ojos se dirigian devotamente al cielo, sus movimientos eran pausados; toda su persona en fin respiraba una manse-dumbre evangélica. Verdaderamente me edificó. Sin embargo hablaba de alejar á la Guardia móvil de Paris, y deduje de esto que no habia cambiado tanto como al principio creí, y sí solo que el tigre escondia sus uñas.

Yo habia vuelto á ocuparme en mi trabajo cuando estalló la fatal insurrección de Junio. Cogí mi fusil para unirme á la Guardia nacional; pero desgraciadamente el puente del canal estaba cerrado y tuve que volverme.

Entre los insurgentes que empezaban á hacer barricadas se hallaban algunos hombres que habian servido en la compañía del 24 de Febrero. Conociéronme y me obligaron á unirme á ellos, añadiendo que yo siempre era su jefe. En esto se presentó una mujer suplicándonos que lo abriésemos el puente á fin de poder ir á ver á su hija que estaba enferma de mucho peligro. Hice uso de mi influencia para que se accediese á sus ruegos, y posteriormente ella me manifestó su gratitud declarando al juez de la causa que yo era el jefe de los insurgentes de aquel barrio.

Una hora despues nos atacaron los dragones que hicieron fuego á uno de nuestros parlamentarios y nos cargaron vigorosamente sable en mano. Recibidos con una fuerte descarga que derribó á uno de ellos, se vieron forzados á retirarse hácia la calle de Menilmontant; pero rechazados tambien por esa parte, volvieron hácia nosotros y fueron desarmados.

En seguida me retiré á mi casa para no tomar parte en esta lucha fratricida. Sin embargo, me prendieron un mes despues acusándome de la muerte de dos dragones. Condujéronme á la Prefectura y sufrí un interrogatorio en que se trató de hacerme decir lo que sabia de Caussidière y de sus amigos.

En la forma de las preguntas que se me dirigieron descubrí de dónde salía el tiro. Elouin y Allard, que habian empujado á Caussidière contra mí, querian entonces valerse de mí justo resentimiento para perderlo á él. Pero permaneci mudo, decidido á vengarme de él salvándolo con mi silencio de las maquinaciones urdidas por estos dos respetables ciudadanos, antes sus mas fervientes adaladores. Además yo sabia demasiado bien lo que les debia para querer proporcionarles esta satisfacción.

Al salir del interrogatorio encontré á Grandmes-

nil, quien sin duda contó á los otros prisioneros mis reyertas con Caussidière y su supuesta causa.

Un detenido me previno en secreto que se tenían sospechas de mí, y que se preparaban á darme un mal rato. En efecto pude oír las injurias y aun las amenazas que se proferían contra mí. Tuve bastante valor para permanecer insensible á ellas; pero Vatripont se vino en línea recta á mí y me insultó delante de todos.

Al principio traté de probarle lo absurdo de sus acusaciones; pero se empeñó en no comprender. Su insolencia me irritó é iba á castigar en él la necesidad de haberse hecho intérprete de mis cobardes enemigos, cuando el director, sabedor de lo que pasaba, me mandó llamar; me declaró que no podía dejarme ya en el patio despues de lo que acababa de suceder, y me hizo meter sencillamente en un calabozo mientras tanto, decia él, que se adoptase una determinación en lo que me tocaba.

El juez se aprovechó hábilmente de esta circunstancia para someterme á un segundo interrogatorio. Furioso al ver que las calumnias de Caussidière me perseguían hasta en la cárcel, recordando todos los males que me habia hecho sufrir, no vacilé mas. «No los desmentiré,» exclamé, y rompiendo con el partido declaré lo que se ha leído en el informe de la comision de Investigacion.

Hundido, aplastado por esta declaracion, Caussidière hizo preparar por una pluma diestra la exposicion que leyó en la Asamblea nacional, y la cual acumuló contra mí las mas repugnantes calumnias. Pero los representantes del pueblo sospechaban de antemano cuanto yo habia revelado, y se concedió la autorizacion de proceder contra él.

Posteriormente fui llamado á figurar como testigo en la causa de Bourges, y se esperaba una escena escandalosa; pero el chasco fue grande, porque solo pude decir una cosa, y es que yo no me hallaba en Francia cuando ocurrió lo del 15 de Mayo. Entonces se pudo conocer que yo no hablaba mas que de aquello que habia visto, que era libre y que

ninguna voluntad dictaba mis declaraciones. Mi corazón se comprimió cuando ví á Albert, á quien tanto habia querido, é hice muy tristes reflexiones sobre los azares de las revoluciones y la suerte de los conspiradores.

He terminado mi tarea, y repito aquí el juramento que me he hecho á mí mismo de vivir pacíficamente del fruto de mi trabajo, lejos de las luchas políticas que tanto han agitado los mejores años de mi existencia. Si mi ejemplo puede servir de lección á algunos imprudentes que pueden caer en la tentación de seguir la fortuna de los conspiradores, me consideraré feliz por haber publicado estas Memorias.

RESPUESTA AL CIUDADANO CAUSSIDIÈRE.



CIUDADANO:

No tengo intencion, al escribiros estas Memorias, de rehabilitarme á los ojos de los republicanos rojos, porque no merecen la pena de que yo me ocupe en semejante obra hombres prostituidos, conspiradores de oficio, escoria de la sociedad. ¿Qué me importan sus invectivas? Yo los desprecio altamente, y ni siquiera pretendo conducirlos á su arrepentimiento: por el contrario, su odio ó sus necias amenazas no hacen mas que conservar en mí la idea de verles un dia de cerca. Esta es la única satisfaccion que me prometo, si, como ellos anuncian, se atreven todavía á arrojar el guante á la sociedad. Desde ahora, pues, me abstendré de tomar parte en ningun acontecimiento político.

A los verdaderos republicanos, á las gentes honradas de este partido es á los que me dirijo en este momento á fin de que juzguen con cuánta deslealtad he sido atacado por vos, ciudadano Caussidière.

Yo tengo el derecho de levantar mi voz porque tengo las manos llenas de pruebas con que protestar contra vuestras imputaciones. Esta brusca y

enérgica determinacion de mi parte, sorprende, ¿no es verdad? Habia sufrido con paciencia hasta hoy todas las infamias de que me habiais hecho objeto: os he dejado destilar á placer vuestro veneno y derramar sobre mí vuestra baba: vuestros correligionarios habian reproducido á porfia vuestras acusaciones, y yo pobre paria, encorvaba silenciosamente mi cabeza bajo el peso de la reprobacion universal. Y sin embargo podia de un soplo destruir todo el tropel de vuestras calumnias! Pero era preciso para esto revelar las torpezas y las faltas de un partido al cual he pertenecido largo tiempo, atacar á personas que no han tenido mas que la desgracia de dejarse inspirar por vuestros malos principios, y de los cuales particularmente yo no me podia quejar.

Dudaba, pues; hice abnegacion de mí mismo hasta el punto de querer expatriarme voluntariamente esta vez, para no ceder á la tentacion de usar de represalias; pero los hombres de vuestra calaña, lejos de comprender mi reserva se han encarnizado contra mí y han jurado perderme en la opinion pública. Llevar mas allá la paciencia fuera debilidad; héme pues decidido á justificar, á escribir tambien mis Memorias, pero cuidando de no amontonar mentiras como vos habeis hecho.

Pero antes de publicarlas he creido deber hacer la última prueba: hablé con Mr. Michel Lèvy, vuestro editor, y le demostré presentándole documentos justificativos, toda la perfidia de vuestras imputaciones, y en vista de ellos me prometió escribiros en el mismo dia pidiéndoos una retractacion para que yo pudiera insertarla en los periódicos: satisfecho con esta reparacion, esperaba vuestra respuesta, y la esperaba en vano, hasta que pasado un mes volví á casa de Mr. Lèvy de quien supe que nada podia esperarse de vos.

Puse entonces manos á la obra y solo yo, á pesar de mi ignorancia, con la cual habiais sin duda contado, he emprendido con valor esta tarea difícil, consolándome con que la verdad no necesita de ornamentos. Yo sé muy bien que mi estilo no es tan

brillante como el del ex-secretario de Mr. Guizot que preparó vuestra defensa delante de la Asamblea nacional: tampoco tengo la habilidad y la facundia del ciudadano Thoré que ha puesto á vuestra disposición su talento de periodista para redactar vuestras Memorias. Habria podido empero para suplir mi inexperiencia en el arte de escribir buscar entre vuestros amigos, en la *Reforma* misma, un escritor democrático de fama que por algunos dineros hubiera consentido de buena gana en enriquecer mi libro con mordaces sátiras.

Debo confesar, sin embargo, que algunos Montañeses, vuestros fieles amigos de otro tiempo, se han comprometido á darme ciertas noticias que me eran necesarias, porque ellos tambien tienen quejas contra vos; tambien os echan en cara graves pecados. Ellos condenan altamente vuestra defeccion en Mayo y Junio de 1848: habiais, dicen ellos, organizado la empresa del 15 de Mayo, y despues de haber comprometido á Barbés, Albert y Sobrier, los dejasteis abandonados en el momento crítico.

Estaban sin embargo dispuestos á perdonaros á la vista de vuestras solemnes protestas para el porvenir, y en efecto, bajo vuestra inspiracion los clubs, las sociedades secretas trabajadas por vuestro estado mayor y los Montañeses, prepararon las sangrientas jornadas de Junio. Llega el momento, y empieza el combate y se os proclama jefe de la insurreccion; pero vos os conservais á una prudente distancia por no comprometeros. Esperais á que los insurgentes venzan y os lleven á la presidencia en triunfo, y mientras tanto preparais la coartada para el caso de un mal éxito, y respondeis á los que os reconvieneen porque vuestro nombre ha servido de bandera á la insurreccion:

«Eso no tiene relacion ninguna conmigo; yo no soy responsable de todos los desórdenes de que puede hacerse culpable la cola de mi partido; hace mucho tiempo que he roto con los que la componen porque son demasiado turbulentos.»

Así, añaden los *Montañeses*, no satisfecho de ha-

hernos abandonado, nos insulta y nos denuncia. ¡Necios! Habian olvidado que ya no érais horterillas y tenderos de baja esfera, y que el ex-corredor de periódicos tenia que conservar su sueldo de representante.

Otra reconvencion que os dirigen vuestros amigos, y mas que nadie Raspail, es la de haber arrancado algunas hojas del libro rojo en que estaba inscrito vuestro nombre con pormenores bastante curiosos. Dicen que allí se referian todas las hajezas que hicisteis para obtener la autorizacion de residir en Paris despues de vuestra condena, y allí constaban las sumas que os pagaba la policia con el titulo de socorros mensuales.

Os habeis aprovechado tambien de vuestra permanencia en la Prefectura para hacer desaparecer, como un ladron, vuestro expediente que se hallaba en los archivos. Tomisteis sin duda que á alguno de vuestros sucesores se le ocurriese la idea de saber la historia de vuestra vida y milagros. Sobre todo, habia cierta nota que hubiera dado una alta idea de vuestra moralidad; se referia al doto de vuestra muger, que habeis malgastado en innobles orgias.

Estas mismas personas preguntan ademas de dónde salen los recursos con que estais sosteniendo el lujo con que vivis en Lóndres. Es verdad que hicisteis correr la voz de que un banquero os pagaba una pension alimenticia por gratitud á algun servicio que le hicisteis; sin duda será Mr. Rotschild. Efectivamente, este banquero debe estaros muy agradecido. Viendo que nadie crea esta fábula, vos mismo la habeis desmentido, y entonces habeis apelado á las supuestas ganancias que os proporcionaba la venta de vuestras *Memorias*. Todos saben perfectamente que habeis ostigado á vuestro librero por todos los medios posibles: regalos, alfileres, adelantos de fondos, á todo habeis apelado. Pero todo esto no ha producido grandes resultados, porque M. Lévy se ha cansado muy pronto de vuestros pedidos incesantes.

Confesad pues que habeis realizado *algunas economías* con los fondos secretos. En vuestra obra ha-

blais á menudo de vuestra policia secreta y de las sumas enormes que os costaba, al paso que está probado hoy que jamás habeis empleado mas que una docena de agentes. Si no habeis llenado vuestros propios bolsillos, habeis enriquecido á esos agentes.

Por lo que hace á mí, si os he llamado *ladron*, es porque conocia perfectamente vuestros robos; solo citaré á Cárlos Grenache entre vuestras numerosas víctimas. Banqueros, comerciantes, hasta artesanos, todas las clases de la sociedad poseen algunos de vuestros acreditados y excelentes pagarés, y los mas testarudos se atrevieron á embargar vuestro sueldo cuando érais Prefecto de policia: los documentos existen, y estos son testigos irrecusables.

Si os he llamado falsario, es porque sabia que habiais cometido falsificaciones. ¿Os hablaré de Mignotti, que delante de los *Montañeses* decia que os tenia en un puño porque sabia todas vuestras hazañas? Tenia á mucha honra haber sido cómplice vuestro en la perpetracion de algunas de ellas. Y por cierto que supo explotar bien el conocimiento que tenia de vuestros secretos. Para él érais una mina inagotable. ¿Quién no se acuerda de haberlo visto entrar en vuestro salon, cubierto de fango, y deciros con aire insolente y con la gorra puesta:

—Caussidière, dame cinco francos.

Devorando vuestro rubor se los dábais riendo, y añadiáis:

—Es un buen patriota.

¿Y Dupouy, el sastre de Rouen? Ese os amenazó de enviaros á presidio si no rasgábais en el acto el auto de prision expedido contra él. A pesar de vuestra omnipotencia, bajásteis la cabeza ante su amenaza, y delante de varias personas que asistian á esta escena rasgásteis la orden de prision. Bachellet, abogado de Rouen, paseó durante quince dias vuestro billete falsificado por toda la ciudad, y solo abandonó este asunto merced á las súplicas de los patriotas. Pilhes, en Montlucon, os llamó falsificador en pleno café, porque habia visto el documento que habiais falsificado. No soy yo quien ha inventado todo

esto: es público y notorio que antes de Febrero no viviais sino con recursos vergonzosos. Siempre habeis tenido la reputacion de ser un Robert Macaire.

Paso ahora á las acusaciones que me habeis lanzado. Veremos si os han sido inspiradas por el amor de la verdad, ó si lo ha sido mas bien por un ardiente deseo de venganza.

1º Decis que en mi deposicion ante la comision investigadora me atribuí un papel que era incapaz de desempeñar. Ignoro si han creído algunos que mi deposicion era afectada: lo que sé es que es conforme con la verdad. ¿Qué he dicho? Que los individuos del Gobierno provisional nombrados en la redaccion de la *Reforma* el 24 de Febrero eran casi todos desconocidos. Vos, por ejemplo, que fuisteis elevado á un empleo superior, ¿quién os conocia en Francia? ¿Quién érais? un desdichado dependiente de comercio que viajaba con muestras de mercancías, *perdido de deudas y cubierto de protestas, tan desnudo como Job sobre su basurero*. Cito textualmente un pasaje de vuestras *Memorias*.

2º Que me introduje como un intruso entre los *Montañeses*.

Pero he combatido durante diez y seis años por vuestra causa; he sufrido tres condenas políticas. El día mismo en que me instalé en la Prefectura me nombrásteis capitán, poniendo el sello de la Prefectura al pié de mi despacho. Me iniciásteis en los mas terribles secretos; yo firmé el acta en la causa de Delahode; y ¡no me conociais! No digo esto mas que para probar que mentis á menudo, porque yo no me envanezco de haber sido vuestro amigo.

3º En cuanto á un supuesto robo de 300 francos á mi compañía, y á la queja que decis que hubo contra mí, conocéis vos mismo de tal modo su falsedad que añadís: *no habiéndose probado el robo plenamente, no hubo lugar á encausar*. ¿No es esto proclamar mi inocencia? Temiendo que aun os queden dudas relativamente á mi probidad, os voy á recordar algunos pormenores sobre este asunto que pareceis haber olvidado.

Habia dado, con recibo que aun conservo, una suma de 425 francos á mi sargento para pagar á los abastecedores de la compañía, y no 300 francos como decís. Si habeis puesto 300 francos en vuestro presupuesto de gastos, habeis robado 475.

En cuanto descubri que no se habia pagado á los abastecedores, pregunté á mi sargento Tabary qué razon habia habido para ello, y este, despues de muchos rodeos, acabó por confesar que habia perdido esa suma ó que se la habian robado. Como esta respuesta no me pareció satisfactoria, lo hice meter provisionalmente en un calabozo, y los oficiales del cuartel, reunidos en consejo, decidieron que Tabary habia robado á la compañía y debia ser entregado á la justicia: al saber esta determinacion, me rogásteis que no diese curso á este negocio, y lo hicisteis poner en libertad. ¡Admirable simpatía!

4.º Decís que formé parte de la policia secreta de Luis Felipe, y en prueba de ello dais vuestra palabra: en opinion de varias personas, esta no tiene mas valor que vuestra firma. ¿Habeis encontrado relativamente á mí informes como los que encontrásteis relativos á Delahode? No: no habeis tenido mas que una cobarde denuncia de un agente de policia, y entre ellos hay uno á quien segun decís rompí yo un brazo un día que me quiso arres-
tar; en cuanto á los demas, ya me habian hecho condenar á tres meses de cárcel, con motivo de una riña en que los habia maltratado mucho. Tambien conoceis que no se puede creer en semejantes testimonios, que declarais que yo lo confesé todo cuando me amenazásteis de entregarme á los *Montañeses*.

Preciso es confesar que para un magistrado sería éste singular medio de descubrir la verdad. Tanto hubiera montado amenazarme con darme torniento, porque entregarme á los *Montañeses* cuya ferocidad es proverbial, era medio seguro de hacerme confesar todo lo que se quisiese á pesar de mi inocencia.

Felizmente para vos y para mí esta idea no se

os ocurrió sino mucho despues. La verdad es que, muy lejos de haber encontrado en los archivos de la policía el menor informe dado por mí, no habeis encontrado mas que denuncias en que se me indicaba como conspirador peligroso.

Decís que despues de esta confesion os pedí licencia para ir á Bélgica prometiendo hacerme hombre de bien. ¿En dónde, hacedme el favor de decírmelo, habia yo perdido el derecho á ese título? Sin duda fue al negarme á arrojar por la ventana á los individuos del Gobierno provisional que se oponian á vuestros proyectos. Yo me honro, al contrario, con esta negativa, que me atrajo vuestro odio.

Estais agradablemente chistoso al hablar de lo que llamais mi marcha voluntaria á Alemania, y que yo llamo un acto de la mas violenta arbitrariedad. Teniais la esperanza de que yo moriria en alguna de esas peligrosas expediciones. Pero la Providencia ha permitido que vuelva, no para ocuparme de nuevo en denuncias, como decís, sino para entregaros al desprecio y á la execracion de la gente honrada de todos los partidos.

3º Llegamos á la mas grave de vuestras acusaciones, y espero, al pulverizarla, probar á los mas ciegos que sois un vil calumniador. Me llamais presidiario á quien se han perdonado años de presidio por desercion y robo. Para convenceros de que no sois mas que un miserable, he aquí las pruebas que tengo á vuestra disposicion:

En primer lugar, licencia absoluta y mi certificado de buena conducta dado en 1844 con el testimonio de todos los gefes del undécimo regimiento de infanteria ligera, y á propuesta de mi capitán, atestiguando que serví siempre con honor y fidelidad.

No direis que estos documentos han sido fraguados posteriormente, porque tienen la fecha de 1844. Los obtuve con motivo de haber vuelto á entrar voluntariamente en el cuerpo y mediante los pasos dados por mi familia cerca del comandante de la primera division militar, que me dispensó como á jó-

ven soldado, de ser juzgado por el simple caso de desercion.

Con el apoyo de estos documentos puedo trascribir aquí un certificado del jefe del tribunal militar que acredita que «M. Chenu (Jacobo Esteban Adolfo) que ha servido en el undécimo regimiento de infantería ligera de que ha sido despedido con certificado de buena conducta el 9 de Diciembre de 1844, no ha sido encausado en todo el tiempo en que ha seguido sus banderas. *Firmado. Chenier.*»

A esto añadiré esta carta del Ministro de la Guerra: «Para satisfacer á la peticion contenida en vuestra carta del 3 del corriente, os dirijo el estado de vuestros servicios en el regimiento núm. 44 de infantería ligera; añadiré, para completar las noticias que se refieren al hecho de desercion que se cita, que el 24 de Noviembre de 1844 os presentásteis voluntariamente á la autoridad militar, y que el general comandante de la primera division, en virtud de los poderes que le confiere el decreto de 23 de Enero de 1822, os dispensó de ser sometido á juicio. Resulta de este estado de cosas, así como del exámen de los registros en que se escriben las sentencias militares, que ninguna ha sido pronunciada contra vos durante todo el tiempo de vuestro servicio, ya fuese por desercion, ya por otro delito. Tengo la honra de saludaros. = *El Ministro de la Guerra.*»

Así, ya lo veis, hubiera podido obtener de la justicia una reparacion elocuente y haceros condenar como calumniador.

Si creéis que me he apartado de la verdad en esta obra, podéis exigirme la responsabilidad cuando volváis de vuestro destierro, lo que deseo de todas veras. En cuanto á la gente menuda que quiera tomar vuestra defensa esperándoos, evitaré en lo posible todo contacto con ella; pero si es necesario, sabré imponerle silencio.

ÍNDICE.

PRIMERA PARTE.

Las sociedades secretas.

Capítulos.	Págs.
I. <i>Insurreccion de Junio de 1832.</i>	3
II. <i>Sucesos de Abril.—La calle de Ménétriers.</i>	11
III. <i>La sociedad de las Estaciones.—Insurreccion del 12 de Mayo de 1839.—Barbés y Blanqui.</i>	13
IV. <i>Cabet.—Viaje á Icaria.—Disensiones en el partido.</i>	18
V. <i>Suceso de la calle Pastourel.</i>	22
VI. <i>La fiesta en la Gran Chaumière.—Medios de existencia del ciudadano Caus-sidière.</i>	27
VII. <i>Cuna del Socialismo.—Coffinéau y su partida.</i>	31
VIII. <i>El Comité disidente.—Las bombas incendiarias.</i>	35
IX. <i>La revolucion de Febrero.—Cómo se forma un Gobierno provisional.</i>	47

SEGUNDA PARTE.

La Prefectura de policia regida por Caussidière.

X. <i>La noche del 24 de Febrero en la Prefectura de policia.</i>	54
XI. <i>Primer encuentro de los Montañeses con los alguaciles.—Los Comisarios de policia Pornin y Caussidière.</i>	62
XII. <i>Entierro de las victimas de Febrero.—Los presos políticos.—Visita á San Lázaro.—Orgia en la Prefectura.</i>	69
XIII. <i>Robo en perjuicio de los heridos de Fe-</i>	

<u>Capítulos.</u>	<u>Págs.</u>
	brero.—El comandante Pornin y los de la Montaña.—Una ronda infernal.—Caussidière trágico..... 77
XIV...	Tratado de paz entre los de la Montaña y los guardias municipales.—Una comida en la Prefectura de policía.—Caussidière y los cocineros clubistas.. 82
XV...	Expulsion de la guarnicion de las Tullerías.—Caussidière y Mr. Rostchild.—Vénganse de un agente de policía..... 87
XVI...	Los árboles de la Libertad.—Pornin y Grandmesnil.—Una lista de candidatos.—Los gefes de clubs..... 94
XVII...	El tribunal secreto de Luxemburgo.—Proceso de Delahode..... 97
XVIII..	Los gorros de pelo.—Blanqui.—Caussidière y el Hôtel-de-Ville.—Salida para la Bélgica..... 103

TERCERA PARTE.

Los cuerpos francos.

XIX..	Risquons-Tout.—Vuelta á Paris.—Arresto.—Pornin otra vez.—Entrevista con Allard.—Salida para Polonia... 109
XX...	Combates en la Selva negra.—La Suiza.—Vuelta á Estrasburgo..... 115
XXI..	Los polacos.—El Rey de Prusia.—Las orillas del Rhin.—Magdeburgo.—Eisleben.—Vuelta..... 122
XXII..	El club de los Montañeses de Belleville.—Insurreccion de Junio de 1848.—La comision de Investigacion..... 130
	Respuesta del ciudadano Caussidière... 134

